Altaya

Elogio de la locura

Rotterdam

ERASMO
de Rotterdam

Elogio de la locura

Altaya

Grandes Obras del Pensamiento

ERASMO
de Rotterdam

Elogio de la locura

Altaya

Título original:
ΜΩΡΙΑΣ ΕΓΚΩΜΙΟΝ ID EST STULTITIAE LAUS. ERASMI ROTERODAMI DECLAMATIO

Título en castellano:
Elogio de la locura

Traducción y notas:
Pedro Rodríguez Santidrián

Dirección Editorial: Julià de Jòdar
Director de Producción: Manuel Álvarez
Diseño de la colección: Víctor Vilaseca

Travesera de Gracia, 17. 08021 Barcelona

ISBN Obra Completa: 84-487-0119-4
ISBN: 84-487-0125-9
Depósito Legal: B. 28871-93
Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Litografía Rosés, S.A. (Barcelona)
Encuadernación: S. Mármol, S.A. (Sabadell-Barcelona)

Indice

Prólogo

Erasmo de Rotterdam a su amigo Tomás Moro.

En mi reciente viaje de Italia a Inglaterra no quise perder el tiempo, obligado como estaba a ir a caballo, en conversaciones vanas y *de poca monta.* Preferí dejar que mi pensamiento discurriera sobre nuestros intereses comunes, y deleitarme con el recuerdo de amigos tan doctos como amables que había dejado en la Isla. Y entre todos, mi querido Moro, tú ocupabas el primer lugar; ya que tu ausencia ha llenado siempre mi recuerdo tanto y más que cuando disfrutaba de tu compañía. Y te puedo jurar que nada me es más grato que una amistad como la tuya.

Me di cuenta, no obstante, que debía hacer algo, aunque la ocasión no fuera propicia para una reflexión seria. Así decidí entretenerme ensayando el *Elogio de la Moría* [1].

[1] *Moriae Encomium*: elogio de la *Moría*. Aquí Erasmo traduce al latín el título griego de la obra: *Morías Encomion.* Significa elogio, loa alabanza, exaltación de la necedad, estulticia, insensatez. Conservamos la traducción clásica y popular castellana: *Elogio de la locura.*

Quizá me preguntes: ¿Qué diosa Minerva te metió tal idea en la cabeza? [2]

En primer lugar, tu apellido de Moro. Está tan cercano a la palabra griega *Moría* [3], como estás tú lejos de su significado, o diría mejor, que, según la opinión común, eres el más alejado de ella. Pensé, además, que este juego de mi ingenio te caería bien, ya que, si no me engaño, gustas de ese tipo de humor en que está presente el talento y la agudeza. Y no me negarás que tampoco en las cosas de la vida diaria te gusta hacer el papel de Demócrito [4]. Tu ingenio agudo y original te pone fuera del alcance del vulgo. Pero tus modales tan finos y cordiales tienen la rara habilidad de hacerte amigo de todos los hombres y divertirte con ellos.

No me cabe duda, por tanto, que recibirás con alegría este pequeño discurso, como «memento» de tu amigo. Y no dudo tampoco que estarás dispuesto a defenderlo. Te lo dedico; es tuyo, pues, y no mío. No faltarán, en efecto, criticones que se apresuren a denostarlo. Habrá quien diga que mis fruslerías son demasiado frívolas para un teólogo. Otros pensarán que su sarcasmo se compadece mal con el decoro cristiano. Gritarán que estamos resucitando la Comedia Antigua o a Luciano y que arremetemos y ponemos en solfa todas las cosas [5].

[2] Alusión a *Odisea* 21, 1. *Minerva,* diosa de la inspiración, de las artes y de los poetas.

[3] *Moría.* Erasmo juega aquí con las palabras *Moría-Moro,* fonemas parecidos, pero de muy distinta significación. Nada hay, en efecto, en la persona de Moro que se parezca a la moría, estupidez e insensatez. Hace de él el mejor de los elogios como humanista y le dedica la obra.

[4] *Demócrito.* Siglo v a.C. A lo largo de toda esta obra aparece la figura de Demócrito como crítico de la condición humana tal como nos lo presentan Juvenal y Séneca.

[5] *Aristófanes.* Siglo v a.C. Es el principal representante de la *Comedia Antigua.* Sabido es que ésta se centraba en la invectiva y sátira personal, en lo fantástico y burlesco.

Luciano. Siglo II d.C. Luciano de Samosata es uno de los autores favoritos de Erasmo y de Moro. Los dos tradujeron sus *Diálogos.*

Quienes se sientan ofendidos por la frivolidad y la zumba de un tema, piensen que yo no soy el inventor del género: Lo mismo hicieron antes que yo autores famosos en el pasado. Hace mucho tiempo que Homero se rió de la *Batracomiomaquia;* Virgilio de su *Mosquito* y la *Salsa de Ajo*; Ovidio de *La nuez.* Sabido es que Polícrates hizo el elogio del tirano Busiris, haciendo lo mismo su crítico Isócrates. Glauco ensalzó la injusticia; Favorino levantó por las nubes a Tersites y a las fiebres cuartanas. Sinesio alabó la calvicie y Luciano a las moscas y a los parásitos. Séneca se mofa de la *Apoteosis* del emperador Claudio, y lo mismo hace Plutarco en su diálogo con Grilo y Ulises. Luciano y Apuleyo escriben zumbonamente sobre el asno. Y alguien, cuyo nombre no recuerdo ahora, nos ha transmitido la última voluntad y testamento del cochinillo Grunnius Corocoa. Esto último está tomado de san Jerónimo [6].

Si quieren, que se imaginen que me he divertido jugando a las damas, o si prefieren, cabalgando en mi escoba. ¿No es a todas luces más injusto dejar que cada uno se divierta como quiera y se critique a los estudiosos, máxime cuando la chanza puede conducir a algo serio? ¿No pueden las bromas dar pie para que cualquier lector

[6] En este párrafo, aparte de la zumba pedante, se ve el deseo de Erasmo de insertar su obra dentro de la tradición literaria y satírica: La *Batracomiomaquia* es una obra apócrifa atribuida a Homero, pero que data del siglo IV a.C.; *El mosquito y la Salsa de Ajo* son también apócrifos atribuidos a Virgilio; *La Nuez,* obra probablemente apócrifa atribuida a Ovidio; *Polícrates,* retórico del siglo IV a.C. que escribió varios encomios o elogios del tipo de Busiris, rey legendario de Egipto; *Favorino,* favorito del emperador Adriano, cuyas obras se han perdido; *Tersites,* personaje de la Ilíada, célebre por su fealdad, que fue exaltado por Favorino; *Sinesio,* obispo cristiano del siglo V que hizo el elogio de la calvicie; *Séneca,* filósofo estoico del siglo I, que escribió humorísticamente sobre la deificación del emperador Claudio, que se convierte en calabaza; *Plutarco,* historiador del II d.C., que ejerció una gran influencia en el Renacimiento (aquí se le cita como escritor de un diálogo de Grilo, convertido en cerdo por Circe, con Ulises); *Apuleyo,* es el autor de la única novela latina *El Asno de Oro; San Jerónimo,* siglo III, monje y escritor, traductor de la Biblia al latín, sus obras fueron editadas y comentadas por Erasmo.

que no sea romo saque más provecho que de los argumentos oscuros y caprichosos de personas que conocemos? Tal es el caso de los que no cesan de pregonar enfáticamente las excelencias de la retórica o de la filosofía, o del que hace la apología de un príncipe, y de ese otro que hace campaña a favor de la guerra contra el turco [7].

Otros, a su vez, predicen el futuro, o finalmente se lían en una serie de discusiones disparatadas partiendo la lana de las cabras [8].

Nada hay más trivial que tratar las cosas serias en broma. Pero tampoco hay nada más divertido que tratar los temas banales y ligeros de forma que parezca que no lo son. La gente puede juzgarme como quiera. Pero, si mi *amor propio* no me engaña, mi elogio de la estulticia no ha sido tan fatuo [9].

Responderé ahora de la mordacidad que se me achaca. Y digo que el ingenio siempre ha gozado de libertad para meterse con la vida de los hombres. Siempre, claro está, que se mantenga dentro de unos límites razonables. Me maravilla, por tanto, esa hipersensibilidad de algunos hombres de hoy, a quienes hiere todo lo que no sea títulos honoríficos. Se da también el caso de mucha gente con el sentido religioso tan estragado que encuentran más soportables las más horribles blasfemias contra Cristo que el más ligero chiste sobre el Papa o el príncipe, sobre todo si, por tal chiste, ven amenazado *«su pan de cada día»*. Y pregunto: Criticar la vida de los hombres ¿es sarcasmo o más bien advertencia o consejo? ¿No ejerzo yo

[7] *Cabalgando en mi escoba.* La expresión hace referencia a Horacio (*Sátiras* 2, 3). La alusión a la guerra del turco recoge una preocupación del tiempo. Eran muchos los que pedían una movilización contra los turcos invasores de Europa.

[8] Alusión a Horacio (*Epístolas* 1, 18). Con esta expresión se critican y reprueban las prácticas supersticiosas antinaturales y anticristianas, sobre las que volverá Erasmo repetidas veces en esta obra.

[9] *Filautía*: amor propio, en griego en el original, término empleado por Horacio y Plutarco, quienes ponen de relieve la ceguera que causa.

Encomio de la *Moría* [12] o *Elogio de la locura*

Declamación de Erasmo de Rotterdam [13]

Habla la Estulticia

[1] Sé muy bien lo que dice de mí la gente, pues no se me oculta la mala fama que tengo, aun entre los más necios. Pero yo soy la única, sí, la única, que, cuando quiero, hago reír a los dioses y a los hombres. Y prueba evidente de ello es que tan pronto como he comenzado a hablar ante esta numerosa audiencia vuestros rostros

[12] Morías Encomion: *Encomio de la «moría»*. Stultitiae Laus: *Elogio de la locura.* Título original de la obra.

La palabra Encomion = *Encomium* fue traducida por el mismo Erasmo como Laus: elogio, alabanza, loa, panegírico, exaltación, etc.

La palabra Moría = *Stultitia,* también es interpretada por Erasmo como estulticia, necedad, tontería, insensatez, *locura.* Debemos entender este último término no en la primera acepción que tiene en castellano: estado mental de enajenación, que en latín se dice *insania*: ausencia o falta de control de la razón, falta de cordura. Traducimos *locura,* como sinónimo de insensatez, necedad.

[13] *Declamación.* Como género literario, el encomio es una composición laudatoria en prosa o verso, un canto a los atletas vencedores.

se han iluminado con nueva y no acostumbrada alegría. Habéis desarrugado el ceño, acompañando vuestro aplauso con una risa franca y amable. Al veros me ha parecido que, como los dioses homéricos, estáis borrachos de néctar mezclado con nepenta [14], mientras que antes, aparecíais tristes y hundidos en vuestros asientos, como recién salidos de la cueva de Trofonio [15].

Apenas me habéis visto aparecer se os ha dibujado un nuevo semblante. Algo así como cuando un nuevo sol muestra su rostro resplandeciente a la tierra; o como cuando la primavera, empujada por blando céfiro, renueva la faz de las cosas, les da un calor distinto y les devuelve su juventud. Mi sola presencia ha logrado ya lo que apenas consiguen los grandes oradores con sus largos y cuidados discursos, esto es, disipar las pesadas molestias del espíritu.

[2] En seguida vais a comprender el porqué de mi presencia entre vosotros con este ropaje con que me veis, si no os molesta escucharme con atención. No me refiero a esa atención con que seguís a los predicadores, sino a la que prestáis a los charlatanes de feria, a los juglares y payasos, a esos oídos con que antaño nuestro Midas escuchaba a Pan [16].

Si me permitís quisiera hacer ante vosotros un poco el papel de sofista. Pero, entendedme bien, no al uso de los que ahora se entretienen atiborrando de tonterías la cabeza de los niños y enseñándoles a discutir con más pertinacia que las mujeres. Mi estilo será el de los antiguos que, para evitar el apelativo de sabios, prefirieron que se les llamara «sofistas». Se ocupaban en celebrar

[14] *Nepenta.* Hierba mencionada por Homero en la *Odisea* que mezclada con vino hacía olvidar toda preocupación. *Odisea* IV, 220.
[15] *Trofino.* Asesino de su hermano Agomedes. Fue enterrado en una cueva, lugar del oráculo que llenaba de tristeza y melancolía a los que le consultaban (Ver Luciano: *Diálogos,* 3).
[16] *Midas-Pan.* Alusión a las *Metamorfosis* de Ovidio en que se alude a la leyenda de Midas, a quien Apolo cambió sus orejas por las de un asno por haber preferido la flauta de Pan a su lira.

deponer su triple rayo, mudar su faz tiránica, terror de todos los dioses y ponerse la máscara de simple histrión [24].

Por su parte, los estoicos [25] se creen casi dioses. Traedme, por favor, un estoico que lo sea tres, cuatro y hasta seiscientas veces más que los demás. Pues bien, a este hombre que se deja su barba de chivo como señal de sabiduría, le haré deponer su orgullo, suavizar el ceño, dejar a un lado dogmas diamantinos, e incluso hacer tonterías y extravagancias. Es a mí, y a mí sola, a quien habrá de acudir ese sabio si quiere ser padre.

¿Y por qué no he de hablaros con la franqueza que me caracteriza? ¿Son acaso, decidme, la cabeza, la cara, el pecho, las manos, las orejas, partes que se consideran honestas las que engendran a dioses o a hombres? Pienso que no; en cambio, la propagadora de la raza humana es aquel órgano tan ridículo y absurdo que no se puede nombrar sin echarse a reír; tal es la fuente sagrada de donde todos recibimos la vida y no «¡aquel número cuaternario de los pitagóricos!» [26].

Y si no, decidme: ¿qué hombre ofrecería su cerviz al yugo del matrimonio si, como hacen esos sabios, meditara los inconvenientes de ese género de vida? ¿O qué mujer se entregaría a un varón si conociera o pensara de antemano en los dolores de parto o en las molestias de la crianza de los hijos? Por consiguiente, si debéis la vida al matrimonio, y éste se lo debéis a mi acompañante *Anoia,* la demencia, entonces comprenderéis lo mucho que a mí

[24] *Júpiter tonante!* Zeus, «padre de los dioses y de los hombres», ha pasado a la literatura —Homero, Virgilio— como el dios terrible e inaccesible. No obstante, está sometido y dominado por la locura en un momento importante como es «hacer un hijo» —expresión acuñada por Erasmo.
[25] *Estoicos*: filósofos caracterizados por su *apaceia* o indiferencia ante las circunstancias de la vida. Ni el placer ni el dolor son normas de conducta. La razón y el seguimiento de la naturaleza eran sus normas fundamentales. Séneca es citado de manera particular por Erasmo.
[26] *Pitagóricos*: filósofos griegos (siglos VI-V a.C.) que sostienen que la esencia de las cosas son los números. Los cuatro primeros números son la base del sistema cósmico.

me debéis. ¿Y qué mujer que haya experimentado ya una vez esto, volvería a repetirlo sin la ayuda de *Lethe,* el Olvido? Ni Venus, diga lo que diga Lucrecio *, podría negar que sin la ayuda de nuestro poder su influencia quedaría menguada e inútil.

Resumiendo: de ese juego nuestro, embriagador y ridículo proceden los estirados filósofos y su progenie actual, los que el vulgo llama «monjes» o frailes, los reyes vestidos de púrpura, los piadosos sacerdotes y los tres veces santos pontífices. Y finalmente, toda la corte de dioses cantados por los poetas, tan numerosos que el mismo Olimpo, con ser tan ancho, apenas si puede darles cabida.

[12] De poco valdría haber demostrado que soy el germen y la fuente de la vida, si no os demuestro también que todo lo que hay en ella de placentero se debe a mi munificiencia. ¿Os parece que puede haber, y ser tenida por tal, una vida sin el placer? Veo que aplaudís. Sabía yo que ninguno de vosotros era tan sensato —iba a decir tan insensato, pero diré tan sensato— como para no pensar como yo.

Porque ni siquiera los estoicos desprecian el placer, aunque traten de disimularlo y no cesen de dirigir contra él mil invectivas ante la gente. Con ello sólo buscan aterrorizar a los demás para mejor gozar ellos a sus anchas. Que me digan, si no, por Júpiter: ¿Hay momento alguno de la vida que no sea triste, aburrido, desagradable, estúpido o tedioso, si no le añadís el placer, que es el aderezo de la Estulticia? Testigo justo de ello puede ser el nunca bastante celebrado Sófocles, quien hizo de mí este bellísimo elogio: «*Vida felicísima, / la de los que no piensan en nada*». / *La ignorancia proporciona la vida más feliz* [27].

[27] Los estoicos —y de manera particular Séneca— son blanco de la crítica y de la ironía de Erasmo en este y otros pasajes. La locura rechaza el principio estoico de no seguir el placer para dar por bueno el epicúreo de búsqueda del placer. El verso de Sófocles está tomado de *Ajax,* 5, 554.

* Lucrecio: *De Rerum Natura,* I, 1-49.

[13] Todo el mundo sabe que la edad más feliz y, con mucho, la más alegre es la infancia. ¿Qué hay en los niños que nos empuja a besarlos, abrazarlos y a acariciarlos, y que incluso los mismos enemigos les presten auxilio? ¿No es acaso el candor de la estulticia con que la sabia naturaleza ha dotado a los recién nacidos a fin de resarcir de forma placentera los sacrificios de sus educadores y de los que están a su cuidado? ¡Y qué decir de la juventud que sigue a la infancia! ¡Qué risueña es para todos! ¡Qué desinteresadamente la ayudan todos, cómo se preocupan por abrirle camino, qué amablemente se le tienden las manos! Y ahora pregunto: ¿De dónde le viene ese encanto a la juventud? ¿De dónde sino de mí? Veo, en efecto, que la falta de sensatez en ellos les hace menos irritables.

Mentiría si no dijera que, en cuanto los jóvenes se hacen mayores y adquieren la discreción de los adultos, a través de la experiencia y el estudio, se marchita su belleza, su entusiasmo se desvanece, se enfría su gracia y se tambalea su vigor. Cuanto más se distancian de mí, menos viven, hasta dar con la *molesta vejez* *, tan mal vista para sí misma como para los demás. Ningún mortal podría cargar con ello si yo no estuviera una vez más al quite de tantas miserias. Como los dioses de los poetas acuden presurosos en ayuda de los que están en trance de perecer con alguna metamorfosis, así yo, cuando veo a alguien cercano al sepulcro, lo devuelvo en cuanto me es posible a la infancia. De ahí lo acertado de la expresión popular que llama a la vejez «*segunda infancia*».

Y si alguien está interesado en saber la fórmula de tal transformación, no seré yo quien se la oculte: Los llevo hasta el manantial de nuestro río Leteo (olvido) que nace en las mismas Islas Afortunadas —si bien por el infierno sólo discurre un riachuelo, afluente del mismo—. Allí, mientras beben a grandes tragos el agua del olvido, van desapareciendo poco a poco las preocupaciones del espíritu y se hacen como niños.

* *Ilíada,* VIII, 103.

Pero diréis: es que los ancianos deliran y chochean. Cierto. Y eso mismo es volverse niños. ¿Es que ser niño es algo más que delirar y hacer tonterías? ¿No es precisamente la falta de sentido en ellos lo que más nos agrada? ¿Quién no aborrece y rechaza como algo monstruoso a un niño dotado con la discreción de un adulto? Testigo de ello es el conocido refrán popular: «*Detesto a un chiquillo de precoz sabiduría*», ¿soportaría alguien la relación y trato de un anciano que, a su gran experiencia mundana, juntase parejo vigor mental y agudeza de juicio? Chochea, sí, el anciano y es un favor que yo le hago. Pero este viejo chocho se ve libre, mientras tanto, de la angustia que atenaza al sabio. Gusta también de echar una copa. No siente el tedio de la vida, ese tedio que apenas puede soportar la edad más robusta. A veces, como aquel viejo personaje de Plauto, tiene nostalgia de las tres letras de Amo, ¡pero sería desgraciadísimo, si estuviera en sus cabales! Y, con todo, es feliz gracias a mi favor, sus amigos le quieren y es grato compañero de fiestas. Vemos, en efecto en Homero *, cómo de la boca de Néstor fluía una palabra más dulce que la miel, mientras que la de Aquiles era amarga. Y el mismo autor nos describe a los ancianos sentados al borde de las murallas desgranando «apacibles palabras» **.

Según esto, podemos afirmar que los viejos superan a la misma infancia, edad dichosa, en verdad, pero pueril y carente de un condimento tan importante de la vida como la tertulia. Añádase a esto que los ancianos disfrutan lo indecible con los niños y éstos, a su vez, se lo pasan en grande con los viejos, «*Dios junta a cada oveja con su pareja*» ***. ¿Hay entre ellos diferencia alguna si no son las arrugas del anciano y su mayor número de cumpleaños? Y, por otra parte, todo les iguala: el pelo albino, la boca sin dientes, la estatura pequeña, el gusto por la leche, el balbuceo, la cháchara, las necedades, el olvido, la falta de reflexión; todo en suma. Cuanto más se adentran en la vejez más se asemejan a la infancia. Hasta que, como niños, les llega el momento de emigrar de esta vida sin el tedio de vivir y sin darse cuenta de la muerte [28].

* *Ilíada,* III, 352.
** *Odisea,* XVIII, 218.
*** Plauto: *Mercator,* III, 2, 33 [304].

[14] Venga el que quiera y compare mis favores con las metamorfosis obradas por los demás dioses. No recordaré lo que hacen cuando están airados: diré solamente lo que hacen a aquellos a quienes son propicios. Les suelen convertir en árboles, en aves, en cigarra y hasta en serpiente; ¡como si ser transformados no fuera morir un poco!

Yo, en cambio, restituyo al hombre a la mejor y más dichosa edad de su vida, y estoy segura de que, si los mortales cortaran cualquier contacto con la sabiduría y vivieran siempre a mi lado, no habría vejez, y gozarían de perpetua juventud.

¿No veis a esos hombres sombríos, metidos en problemas filosóficos u otros asuntos graves, ya envejecidos antes de alcanzar la juventud? Debo suponer que las preocupaciones y la excesiva concentración de su cerebro les ha secado el seso y la vitalidad. Por el contrario, mirad qué gordos, lucidos y relucientes están mis bufones, cual si fueran «*puercos de Acarnania*», como se dice vulgarmente. Nunca sentirán las molestias de la vejez, a menos que se contaminen con la compañía de los sabios, como sucede a veces. ¡Qué frágil es, no obstante, la vida humana, que no permite la felicidad plena! [29]

[28] El capítulo 13 es una muestra de la erudición de Erasmo sobre la historia, literatura y mitología clásicas. Muestra al mismo tiempo la concepción de ejemplarismo que lo clásico tenía para los humanistas. En este caso concreto, los textos que la época clásica nos ha dejado sobre la vejez —Virgilio, Séneca, Horacio, Homero y Luciano— son las fuentes que aparecen en este capítulo.

Segunda infancia: es una frase de Luciano; *Lete,* olvido, río que nace y discurre por las Islas Afortunadas; *Cada oveja con su pareja,* verso de Menandro, citado por Apuleyo, Apología II.

[29] *Metamorfosis*: En la primera parte del capítulo 14 se alude a las distintas metamorfosis de hombres en árboles, animales, etc. La más célebre es la de *Dafnis* convertida en Laurel. Ver *Ovidio. Metamorfosis.*

Puercos de Acarnania: «gordo, lucido y reluciente» son los tér-

Añádase a esto el no despreciable testimonio del refrán popular: «Sólo la estulticia es la única que detiene el paso fugaz de la juventud e impide el avance molesto de la vejez.»

Ya es fama que los nativos del Brabante —al contrario de los demás hombres a quienes el paso de la edad les hace más cuerdos— se van entonteciendo a medida que se acercan a la vejez. Ahora bien, no hay otro pueblo que más guste de la diversión y que menos se vea afectado por la tristeza de la vejez. Próximos y vecinos a ellos, tanto por el lugar como por su modo de vida, son mis holandeses. ¿Míos?; sí, míos, y tan entusiastas seguidores míos que con justicia han merecido el apodo que les da el vulgo y del que no sólo no se avergüenzan sino que hasta se glorían.

¡Id, pues, locos mortales, en busca de Medea, de Circe, de Venus y de Aurora y de esa fuente desconocida que devuelve la juventud! ¡Pero sabed que yo sola poseo el secreto y lo abro! Yo tengo aquel famoso filtro con que la hija de Menón prolongó la juventud de su abuelo Titón *. Yo soy aquella Venus que rejuveneció a Faonte para que Safo se enamorara perdidamente de él. Mías son las hierbas, si existen, míos los conjuros, mía aquella fuente que no sólo devuelve la adolescencia perdida, sino lo que es mejor, conserva la perpetua juventud [30].

Si, pues, convenís conmigo en que no hay nada mejor que la juventud ni más detestable que la vejez, creo que me debéis estar agradecidos por prolongar tanto bien y alejar tan gran mal.

---

minos con que Horacio se presenta a sí mismo como cerdo de la piara de Epicuro. Erasmo se refiere aquí a los epicúreos, considerados sin escrúpulos y sin moral en su búsqueda del placer.

[30] *Medea*: se dice de ella que renovó la juventud de Jason, hirviéndole en hierbas; *Circe*: bruja que convierte a los compañeros de Ulises en Cerdos; *Venus*: diosa del amor; *Aurora*, diosa latina del amanecer; *Faonte*: viejo barquero de Lesbos que fue rejuvenecido por Venus; *Safo*: poetisa que se enamoró de Faonte y por amor de él se tiró de una roca.

* Ovidio: *Metamorfosis*, XIII, 576-622.

[15] Y ¿para qué hablar más de los mortales? Escudriñad el cielo y maldecid mi nombre si encontráis a un dios que no sea repelente y despreciable, a no ser que esté confiado a mis cuidados. ¿Por qué veis siempre a Baco como un muchacho de ondulante cabellera? Sencillamente porque es un insensato y borracho; y porque pasa la vida en comilonas, bailes, cantos y juergas, sin tener contacto alguno con Palas. Tan lejos está de ser considerado como sabio que se goza en ser denostado y ser objeto de bromas. No va con él aquel proverbio que le califica de «necio», y que dice: *Más tonto que Mórico*. Se le puso este apodo de Mórico porque los desvergonzados campesinos embadurnaban con mosto e higos la estatua sedente de Baco a la puerta de su templo. ¿Pero es que la comedia antigua deja de lanzar vituperio alguno contra él? «¡Dios estúpido» *, le dicen, «estirpe digna de la ingle de Júpiter!» [31]

Pero ¿no es preferible ser fatuo y estúpido como éste, y estar siempre de fiesta, siempre joven, siempre dispuesto a la juerga y a fomentar la alegría, a ser como aquel Júpiter astuto, para todos temible, o a Pan, que con sus convulsiones todo lo enreda, al tiznado Vulcano, siempre escuálido por el trajín de su fragua, o a la misma Palas, siempre terrible, por su lanza y su Gorgona y su *torva mirada*?

¿Por qué Cupido es siempre Niño? ¿No es, acaso, porque es un bromista que no hace ni piensa nada al derecho? ¿Y por qué la dorada Venus mantiene intacta su belleza? Sencillamente, porque tiene algún parentesco conmigo: pues no hay más que verla la cara para descubrir en ella el calor de mi padre. Por algo la llama Homero «*la purpúrea Afrodita*». Y además siempre está riendo, si hemos de creer a los poetas y a sus émulos los escultores. ¿A qué

---

[31] *Baco*: dios del vino. Recibe varios nombres como Dionisios, Mórico. *Mórico* es el nombre de Baco sometido a irrisión y a ser *embadurnado*. Hijo de Sémele que, alcanzada por un rayo, le dio a luz, siendo encerrado hasta su nacimiento en el muslo de Júpiter.

* Ovidio: *Metamorfosis*, III, 310; VI, 12.

diosa dieron culto más ferviente los romanos que a Flora, madre de toda voluptuosidad? [32]

Por lo demás, si alguien quiere indagar en Homero y en los demás poetas o la vida de los dioses severos, encontrará la estupidez por todas partes. ¿Será necesario que me extienda en las andanzas de los demás dioses, cuando os son de sobra conocidos los amoríos y devaneos de Júpiter tonante? ¿Es que no sabéis cómo la casta Diana, olvidada de su sexo, se dedicaba a la caza de Endimión, perdida como estaba por él? Prefiero que lo oigan de labios de Momo, a quien antaño solían escuchar a menudo. Pero, sabido es también cómo no ha mucho tiempo lo arrojaron a la tierra junto con Ate *, sin duda, porque sus salidas inoportunas resultaban incómodas para la felicidad de los dioses. Desde entonces ningún mortal se digna dar asilo a este desterrado. Mucho más difícil todavía es encontrárselo en los palacios de los príncipes, donde por el contrario reina mi amiga Kolakía, la Adulación, que, por cierto, se lleva tan mal con Momo como el cordero y el lobo. Libres de él, los dioses ya pudieron entregarse más lujuriosa y licenciosamente, sin censor alguno, *a hacer lo que les viniera en gana* **, como dice Homero [33].

¿Qué clase de bromas no gasta este Príapo *** desde la higuera? ¿Quién no se ha divertido con los trucos y juegos de manos de Mercurio? *. El mismo Vulcano acostumbraba a hacer de *bufón* en los banquetes de los dioses y alegraba la ronda de los bebedores no sólo con su cojera, sino con sus ocurrencias y sus chistes ridículos. ¿Y qué decir de aquel viejo verde, Sileno, que gustaba de bailar el «*córdax*» con Polifemo *al son de la lira*? Mientras tanto, las ninfas bailan la «Gimnopaidía», los sátiros semicaprinos representan farsas «atelanas» y Pan hace reír a todos los que prefieren oír su insulsa cancioncilla antes que a las mismas musas, especialmente cuando el néctar empieza a embriagar a los asistentes. ¿Para qué recordar yo ahora lo que hacen los dioses, bien bebidos después de los banquetes? Son cosas tan estúpidas que, ¡por Hércules!, no puedo contener la risa. Pero, quizá, sea mejor recordar a Harpócrates no sea que nos esté espiando algún dios desde el Parnaso córico cuando contamos cosas que ni el mismo Momo pudo contar impunemente [34].

[16] Es hora ya de dejar a los dioses en el cielo para regresar a la tierra, como hace Homero, donde, por cierto, nada alegre y placentero veremos que no sea por favor mío. Y lo primero que se observa es cuán sabiamente la Naturaleza, madre y artífice del género humano, ha cuidado de que no falte el aderezo de la estulticia o sinrazón.

Si aceptamos la definición de los estoicos, sabiduría no es otra cosa que dejarse llevar por la razón; y necedad vale tanto como ser arrastrado por las pasiones. ¿Cómo se explica entonces que para que la vida no sea tan triste y sombría haya puesto en ella Júpiter más dosis de pa-

---

[32] *Júpiter astuto, tortuoso,* definido así por Homero; *Pan*: dios de los bosques; *Vulcano*: dios del fuego y de los metales; *Palas Atenea*: diosa de la guerra; *Gorgona*: medusa, cuya monstruosa cabeza se representaba en el escudo de Minerva; *Afrodita,* nombre clásico de Venus; *Flora*: diosa de las plantas. Ver Ovidio, *Fastos,* V, 195.

[33] Los amoríos de Júpiter fueron conocidos en toda la antigüedad; *Diana,* diosa de la luna, se enamoró del cazador Endimión, terminando en el sueño de ambos en un abrazo perpetuo (Juvenal: *Sátiras,* X); *Momo,* personaje literario, que se ríe de los hombres; *Até,* personificación de la ceguera y fatuidad, es arrojada por Júpiter a la tierra por enredadora.

* Homero: *Ilíada,* XIX, 91.

** *Ilíada,* VI, 138.

*** Horacio: *Sátiras,* I, 8.

[34] *Príapo*: dios de la fertilidad, pintado como dios grotesco o representado como un palo de higuera; *Mercurio*: dios del comercio y consiguientemente del robo; *Sileno*: compañero de Baco, siempre borracho; *Córdax al son de la lira*: danza obscena como efecto de la borrachera, que incorporó la Comedia Antigua; *Polifemo*: cíclope homérico; *Gimnopedia*: baile con los pies desnudos, tomado de Luciano en *De saltatione,* 12; *Farsas atelanas*: danzas célebres por su obscenidad, ritualizadas y con personajes contratados; *Harpócrates*: dios del silencio; *Dios de Córico*: cueva en el monte Parnaso, vinculada al intento inútil de ocultar lo que uno hace.

* Horacio: *Carmina,* I, 10.

sión que de razón? ¿No equivale a comparar una onza con una libra?

Además, si bien se piensa, relegó la razón a un estrecho rincón de la cabeza, mientras dejó el cuerpo al imperio de las pasiones. En el interior de cada uno de nosotros enfrentó a dos tiranos fortísimos: la ira, depositada en el castillo del pecho, para así dominar mejor el corazón, fuente de la vida; y la concupiscencia, que extiende su vasto imperio hasta los genitales.

La vida del hombre muestra bien a las claras lo que puede hacer la razón contra el ímpetu combinado de estas dos fuerzas enemigas. Lo único que puede hacer es gritar hasta enronquecer, dictando normas de honestidad. Pero ellas mandan a paseo a su reina y soberana y gritan más desaforadamente, hasta que cansada cesa y se entrega.

[17] Para que el hombre pudiese tomar resoluciones dignas de él —pues está llamado a manejar los asuntos de la vida— debía agraciársele con un poquito más de razón. A tal fin me llamó Júpiter a deliberar y, como en las demás cosas, le di un consejo digno de mí. Le sugerí que le diera una mujer —animal en verdad estulto e inepto, pero lleno de gracia y dulzura—. Su presencia en el hogar sazona y endulza con su necedad la rigidez del talante varonil. La duda que Platón * parece abrigar sobre si se ha de catalogar a la mujer entre los animales racionales o los brutos, no busca más que mostrar la superlativa estupidez de su sexo. Y si alguna mujer, por casualidad, quiere ser tenida por sabia, no consigue más que ser doblemente estúpida, como si —mal que le pese a Minerva— alguien tratara de arrastrar a un buey a luchar en la palestra. Pues, en efecto, todo el que contra la naturaleza violenta su modo de ser y adopta unas cualidades aparentes, duplica su defecto. Ya lo dice el refrán griego: «Una mona es una mona, aunque se vista de púrpura», y una mujer será siempre mujer, es decir, necia, cualquiera que sea la máscara que adopte.

* *Timeo,* 90, 2.

Creo, no obstante, que las mujeres no son tan tontas como para enfadarse conmigo por el simple hecho de que yo misma, mujer, la Estulticia, les reproche su necedad. Pues, si lo piensan bien, se darán cuenta de que gracias a la estupidez son en muchos aspectos más afortunadas que los varones. Tienen, en primer lugar, el encanto de su belleza —que ellas saben estimar por encima de todo—, con cuyo hechizo tiranizan a los mismos tiranos. ¿No es acaso el talante de cordura el que impone al varón esa apariencia de desaliño, la piel de oso, la barba hirsuta y el aspecto prematuro de viejo? ¿No mantiene la mujer las mejillas tersas, la voz fina, la tez delicada, recuerdo constante de la perpetua juventud?

¿Y qué otra cosa buscan en esta vida más que agradar lo más posible a los hombres? ¿Con qué fin, si no, tanto cuidado, tanto maquillaje, baño y peinado, tantas cremas y perfumes, y ese componerse, pintarse y ensombrecer la cara, los ojos y el cutis? Y pregunto, ¿no es esa loca coquetería lo que las hace imponerse a los hombres? Nada hay que los hombres no toleren a las mujeres. Y ¿a cambio de qué? Sólo el placer. Sólo su loca coquetería es lo que les agrada en ellas. Pues nadie negará —piense de ello lo que quiera— la sarta de tonterías que dice el hombre a una mujer y las bobadas que hace cuando trata de conquistarla y poseerla [35].

[18] Hay hombres —viejos sobre todo— que prefieren el vino a las mujeres, y que disfrutan en las mesas de bebedores. Decidan otros si puede haber un gran banquete sin mujeres; pero una cosa es cierta: no hay comida buena si no va salpicada de cierta necedad. De hecho, si no hay comensal que con humor verdadero o fingido mueve a risa, se paga a un bufón o se invita a un gorrón ridículo

[35] No está claro el pensamiento de Platón ni el de Erasmo sobre las mujeres. La tradición los ha incluido entre los antifeministas. En cualquier caso, en este y otros pasajes de la obra, Erasmo juega, ironiza y se divierte a cuenta de la condición femenina atribuyendo a la mujer la mayor sabiduría: dejarse llevar por la estulticia.

para que con sus estúpidas ocurrencias ahuyente el silencio y la tristeza de la sala. ¿Tiene algún sentido, decidme, llenar el estómago de dulces, golosinas y platos exquisitos, si al mismo tiempo ojos, oídos y espíritu no se apacientan con risas, bromas y chistes?

Y reconoceréis que, metidos en harina, yo soy la única que dirijo el cotarro. ¿Quién sino yo ordena la ceremonia del banquete, la elección a suertes del rey, los dados, los mutuos brindis, la ronda interminable de los vasos, los cantos, bailes y gestos de los invitados coronados de mirto? No fueron inventadas por los siete sabios de Grecia, sino por mí, para solaz del género humano. Se diría, entonces, que cuanta más estupidez acumulan estos entretenimientos tanto más favorecen a la vida humana que, si es triste, ni merece llamarse vida. Y no dejará de ser triste hasta que con esta clase de diversiones ahuyentéis el tedio, gemelo de la tristeza.

[19] No ignoro que hay personas que desprecian este tipo de placeres y que buscan solaz en el afecto y compañía de los amigos. La amistad, dicen, está por encima de todo, ya que ni el aire, ni el fuego, ni el agua pueden comparársele. Es tal su alegría que quitarla sería como quitar el sol; y tan noble —si es que esto hace al caso— que ni los mismos filósofos dudan en catalogarla entre los bienes más esenciales. Y... ¿si demuestro que yo soy también la proa y la popa de este gran don? Y a fe que lo demostraré, no por el silogismo del *cocodrilo,* ni del *sorites* cornudo, o del *ceratines,* o con cualquier otra argucia dialéctica, sino de forma vulgar y apuntando con el dedo. Pues, ¿no se parece un poco a la estulticia, la connivencia, el disimulo, la alucinación y debilidad, esa especie de admiración y cariño por alguno de los defectos de los amigos como si fueran virtudes? [36]

[36] *Silogismo del cocodrilo, sorites cornudo, ceratines, etc.*: argumentaciones dialécticas de que nos hablan, respectivamente, Quintiliano, en su *De Institutiones rethorica,* 1, 10, 5 y Cicerón, en *De divinatione* 11, 4. Aquí las recuerda Erasmo como formas caducas de la lógica menor empleadas por la filosofía y teología escolásticas. Parecidas frases encontramos en la *Utopía* de Moro.

¿Qué es sino estulticia ese beso en el lunar de la amiga, o el deleitarse en la verruga nasal de su corderita? ¿O cómo calificar ese estrabismo del padre que ve a su hijo levemente tuerto? Dígase dos y tres veces que es pura necedad y, no obstante, reconozcamos que es la única que une y mantiene unidos a los amigos *.

Hablo, naturalmente, del común de los mortales, de los que nadie nace sin defectos y el mejor es el que menos se ve molestado por ellos. Pero, entre esos sabios endiosados, la amistad no se fragua o discurre de forma tediosa o sombría. Y sólo entre unos pocos. Aunque fuera mejor decir ninguno, ya que la amistad sólo se da entre iguales y la mayoría de los hombres tiene sus momentos locos y desvaría de múltiples modos. Si alguna vez surge entre estos varones austeros una mutua benevolencia, nunca puede ser duradera y estable, lo que no ha de extrañar en gente tan recelosa y con vista tan fina como el águila o la serpiente de Epidauro ** para descubrir los defectos de los amigos. Los engaños impiden ver sus propias faltas y no ven la alforja que les cuelga a la espalda. Así es la naturaleza humana, que ni a los genios les deja sin grandes defectos. Y existe, además, tanta diferencia de edades y de interés, tantas caídas y errores, tantos cambios en la vida que uno se pregunta: ¿Es posible que entre estos Argos pueda existir, ni siquiera durante una hora, la alegría de la amistad sin eso que los griegos llamaban *euezeia* que puede traducirse como simpleza, o buenas maneras? ¿No es, acaso, Cupido, ciego él, responsable y mantenedor de toda relación amistosa, él que ve lo *feo como hermoso*? ¿Y el que hace que cada uno de nosotros encuentre hermoso lo que tiene, que el viejo ame a su vieja y el muchacho a su chica? Todo el mundo conoce y

* Ejemplos tomados de Horacio: *Sátiras,* 1, 3, 44, 54, 68.
** Horacio: *Sátiras,* 1, 27.

ríe estas cosas, y, sin embargo, por ridículas que sean, hacen la vida amable y unen y aglutinan a los humanos [37].

[20] Lo dicho de la amistad hay que trasladarlo con mucho más motivo al matrimonio. ¿Qué es el matrimonio, sino la unión de por vida de dos personas? ¡Qué divorcios habría, dios santo, o cosas peores que divorcios, si el trato doméstico diario de marido y mujer no se mantuviera y alimentara a base de adulación, carantoñas, perdones, astucias y disimulos! ¿Creéis que habría matrimonio si el novio indagase con prudencia a qué clase de juegos se había entregado esa muchachita, tan modosa y recatada al parecer, antes de casarse? Y ¿pensáis que muchos de ellos permanecerían unidos si muchas de las andanzas de las mujeres no quedaran ocultas por la estúpida negligencia de sus maridos?

Todo esto se atribuye justamente a la estulticia. Y debemos concederle además que, gracias a ella, la esposa resulte agradable al marido y éste a su mujer, la casa permanezca tranquila y haya concordia. Es objeto de risa y de burla, se le llama cornudo, *curruca* * y qué sé yo cuántas cosas más, y mientras, bebe las lágrimas de la muy puta. Pero, ¿no es mejor y más feliz vivir así engañado que llevar consigo unos celos interminables que todo lo revuelven y lo toman por la tremenda? [38]

[21] Os diré, resumiendo, que sin mí no existiría ningún tipo de sociedad ni relación humana agradable y

---

[37] *Vista tan fina como el águila o la serpiente de Epidauro*. Es proverbial la vista del águila. En cuanto a la serpiente de Epidauro, alude a Asclepeio o Esculapio, héroe y dios de la salud, simbolizado por una serpiente, situada en Epidauro, lugar de su santuario. *Argos*: tenía ojos en la parte posterior de la cabeza y así lo podía ver todo. *Cupido* o *Eros*: dios del amor es representado ciego, por eso el amante no ve los defectos del amado. Habla aquí Erasmo del amor como vínculo del mundo, idea que tanta importancia tuvo en los humanistas platónico-cristianos.

[38] *Curruca*: especie no identificada de aves; *cuculus*: imbécil, holgazán, ciervo, cornudo.

* Juvenal, VI, 276.

sólida. Sin mí el pueblo no aguantaría por mucho tiempo a su príncipe, ni el amo al criado, la criada a la señora, el maestro al discípulo, el amigo al amigo, la mujer al marido, el casero al inquilino, el camarada al camarada, el anfitrión al invitado. Ciertamente no podrían aguantarse si no se engañaran mutuamente, adulándose unas veces, condescendiendo otras, y finalmente —digámoslo así— untándose con la miel de la estulticia. Sé que esto os parece ir demasiado lejos por mi parte, pero oiréis cosas mayores todavía.

[22] Os pregunto: ¿puede amar a alguien el que a sí mismo se odia? ¿Puede estar de acuerdo con una persona el que no está de acuerdo consigo mismo? ¿Qué alegría puede proporcionar a otro quien se siente pesado y molesto? Creo que nadie respondería afirmativamente, de no ser más necio que la necedad misma.

Pero, ¿qué pasaría si quisierais prescindir de mí? Que nadie podría soportar a otro. Y, además, cada uno tendría tal asco de sí mismo, que sus cosas le parecerían viles y resultaría intolerable a sí mismo. Fijaos en la naturaleza, en muchos aspectos más madrastra que nadie, y veréis cómo ha sembrado en el talante de los hombres, sobre todo en el de los más alocados, el vicio de afligirse de lo suyo y de admirar lo ajeno. Ello hace que todas las cualidades, todo el encanto y belleza de la vida se vicie y desaparezca. ¿De qué sirve tener buen tipo, principal don de los dioses inmortales, si está podrido por la envidia? ¿Para qué vale una juventud corroída por el morbo senil de la tristeza? Si no existiera esta Filautía o amor propio, a quien reconozco como mi hermana legítima —y que en todas partes encuentro—, ¿qué de noble podrías realizar en tu vida y en la de los demás? Pues es propio no sólo del arte, sino de toda acción, obrar con decoro —¿puede haber algo tan necio como gustarse y sentir admiración por uno mismo?

¿Piensas, por el contrario, que se puede hacer algo bello, con gracia y sal si te desprecias a ti mismo? Quita esa salsa de la vida y al instante la palabra del orador será

fría, el músico dejará con sus notas insensible al público, se silbará la gesticulación del cómico, se mandará al carajo al poeta con sus Musas, la rechifla hará ensordecer al pintor con su arte y el médico se morirá de hambre con sus potingues. En fin, aparecerás feo como Tersites y viejo como Néstor en vez del elegante Nireo y del joven Faón; un cerdo en vez de Minerva, un mudo y un rústico en vez de un hombre elocuente y ciudadano: lo que demuestra la necesidad que cada uno tiene de una buena opinión propia, amén de procurarse una pequeña estima antes de que pueda ganar la de los demás [39].

Y para terminar diré que si la parte más principal de la felicidad consiste en ser lo que se quiere ser, entonces, mi querida Filautía ha provisto esto con creces. Ella, en efecto, hace que nadie se arrepienta de su figura, de su talante, familia, lugar, posición, ni de la patria. Hasta tal punto que ningún irlandés querría cambiarse por un italiano, ni un tracio por un ateniense, ni el escita por los habitantes de las Islas Afortunadas. ¡Tan grande es la solicitud de la naturaleza que en medio de tanta variedad todas las cosas están niveladas! Y donde ella se ha mostrado menos generosa en sus dones allí mismo mi Filautía suele añadir una chispa más de ingenio. Pero qué tontería estoy diciendo. Si lo pensamos bien, la Filautía es su mayor bien. Diré, para terminar, que no encontraréis ninguna obra realizada sin mi inspiración, ni se ha acometido ninguna empresa noble sin ser yo responsable.

[23] ¿No es acaso la guerra la semilla y el origen de las hazañas más celebradas? Pero ¿hay algo más descabellado que lanzarse a una lucha de este tipo sean cuales sean las razones, si las partes en contienda sacan siempre más daño que provecho? De los que caen, *ni una palabra,* como sucedió con las de Megara. Y después cuando se enfrentan los ejércitos armados, y *resuena la ronca música de las trompetas,* * ¿para qué, decidme, sirven esos sabios cargados de problemas, cuya sangre fría y sin vida apenas si les mantiene en pie? Jóvenes robustos y sanos es lo que necesitamos para el caso. Hombres llenos de audacia y con un mínimo de seso. Siempre habrá, por supuesto, quien prefiera a Demóstenes, que siguiendo el ejemplo de Arquíloco apenas divisó al enemigo tiró el escudo y huyó: ¡Tan poco valiente soldado como brillante orador!

Se dirá que las guerras las gana el talento y el juicio. Cierto, si se trata del general, que ha de tener un talento militar, no filosófico. Por lo demás, sabido es que hazañas tan preclaras no las realizan las lumbreras de los filósofos. Son más bien obra de parásitos, rufianes, ladrones, sicarios, villanos, desaprensivos, deudores y toda esa ralea humana [40].

[24] Como ejemplo de inutilidad de estos filósofos para las cosas de la vida, sirva el mismo Sócrates, juzgado por el oráculo de Delfos como el único hombre sabio, aunque sin ninguna razón. Pues, cuando en cierta ocasión trató de defender en público cierto asunto, tuvo que retirarse en medio de la carcajada general. Digamos, sin embargo, que en un punto este hombre fue lo suficientemente sensato como para rechazar el calificativo de «sabio», atribuyéndoselo a Dios. Sostenía, además, que el hombre sabio debía estar apartado de la política. Aunque quizá debiera haber ido más lejos y aconsejar a todo el que quiera contarse en el número de los hombres que renunciase a la sabiduría. ¿Qué fue sino la sabiduría la que le llevó a beber la cicuta después de las acusaciones? Cuando filosofaba sobre las nubes y las ideas, cuando medía el

---

39 *Tersites,* según Homero, era el hombre más feo de los griegos; *Néstor,* según la leyenda vivió más de doscientos años; *Nireo*: Homero nos dice que era el más elegante de los griegos después de Aquiles; *Faón*: viejo barquero rejuvenecido por Venus.

40 *Los de Megara*: Batalla de Megara en la guerra del Peloponeso entre las ciudades griegas (431-404 a.C.). *Demóstenes* huyó de la batalla de Queronea (338 a.C.) en que fueron derrotados los griegos por Filipo de Macedonia. *Arquíloco* confiesa haber arrojado el escudo y haber huido.

Aparece aquí un tema favorito de los humanistas: el rechazo de la guerra. Lo mismo hará Moro en *Utopía.* Erasmo comparte la idea con Colet y la tradición del evangelismo neoplatónico.

* Virgilio: *Eneida,* VIII, 2.

salto de una pulga o estudiaba el zumbido de un mosquito *, se le escapaba todo lo relativo a la vida.

¿Y qué decir de su discípulo Platón, excelente abogado, que acudió a defenderle cuando peligraba su cabeza? Desorientado y aturdido por el tumulto de la chusma, apenas si pudo pronunciar el primer período. Y ¿para qué hablar de Teofrasto? Cuando se adelantaba a hablar ante una asamblea, se quedó de repente mudo como si hubiera visto al lobo. En tiempo de guerra, Isócrates habría electrizado a los soldados, pero era tan tímido que nunca se atrevió a abrir la boca **. Cicerón, padre de la elocuencia romana, siempre comenzaba a hablar en un estado de nervios increíble, casi como un niño balbuciente. Fabio Quintiliano explica el hecho como señal de un orador inteligente y consciente del riesgo que corría ***. Pero, al hablar así ¿no está admitiendo abiertamente que la sabiduría se opone a la buena gestión de los asuntos? Si la gente se desmaya de miedo cuando tiene que luchar con las simples palabras, ¿qué haría si tuviera que empuñar las armas?

Y lo que más admira es que todavía se siga celebrando, Dios santo, aquella célebre frase de Platón: «Felices los estados en que los filósofos son reyes o los reyes filósofos» ****. Porque si observas la historia, te darás cuenta de que no ha habido peor peste para los estados que cuando el poder ha caído en manos de gobernantes tocados por la filosofía o aficionados a la literatura. Prueba de ello son los dos Catones: el uno perturbó la paz de la república con sus insensatas delaciones, y el otro llevó a la ruina la libertad del pueblo romano al querer defenderla con excesiva sabiduría. Puedes añadir a éstos los Brutos, los Casios, los Gracos y al mismo Cicerón, que fue no menos pernicioso a la república romana que lo fuera Demóstenes para Atenas. Por lo que atañe a Marco Aurelio, concedamos que fue un buen emperador, cosa que yo

* Aristófanes: *Las Nubes,* sátira alusiva a Sócrates.
** Ver Cicerón: *De Oratore,* II, 3, 10.
*** *De Institutione Oratoria,* XI, I, 43.
**** *República,* V, 473d.

podría rebatir diciendo que su misma condición de filósofo le hacía impopular y molesto a sus ciudadanos. Admitamos que fue bueno, pero indudablemente hizo más mal a Roma, dejando el hijo que dejó, que beneficio con su administración.

De hecho, este tipo de hombres entregados día y noche a la sabiduría son desdichadísimos en todo, en especial a la hora de engendrar hijos. Me imagino que la naturaleza quiere asegurarse con ello de que el mal de la sabiduría no se extienda entre los hombres. Pues es sabido que el hijo de Cicerón fue un degenerado *, y que los hijos de aquel gran Sabio que fue Sócrates se parecían más a su madre que a su padre, es decir, que como alguien escribió certeramente: eran necios [41].

[25] En cualquier caso, resultaría tolerable que estos filósofos fueran como *asnos tocando la lira* en los asuntos públicos, si no fueran también incompetentes en los demás problemas de la vida. Invita a comer a un sabio y aburrirá al más pintado con su lúgubre silencio o con preguntitas quisquillosas. Llévalo a una fiesta, y te parecerá un camello dando vueltas. Lánzalo a un espectáculo público y su misma cara desvanecerá la alegría del pueblo. Como el sabio Catón, tendrá que dejar el teatro sin poder desarrugar el entrecejo. Su intervención en una charla es como la del lobo en la fábula; si se trata de comprar, de hacer un contrato, o en resumidas cuentas, cuando hay que hacer una de esas cosas indispensables de la vida cotidiana, no es un hombre lo que tienes delante, sino un tronco. Tan inútil es para sí mismo, para su familia y para el país, porque ignora las cosas más elementales, y está alejado de la opinión pública y de las costumbres del pueblo.

No ha de extrañar, pues, que engendre la animosidad contra él, sobre todo por la discrepancia de vida y de ideas. ¿Es que sucede algo en este mundo que no sea

[41] Con testimonios contradictorios de Platón y de Aristófanes nos presenta la figura discutida de Sócrates, cuya inutilidad para las cosas de la vida parece evidente.
* Plinio: *Historia Natural,* XIV, 28, 7; Séneca: *Suasoriae,* 7, 13.

necedad, hecho por necios y entre necios? Si alguien, pues, quiere ir contra corriente, yo le aconsejaría que siga el camino de Timón y se retire al desierto, donde pueda gozar a solas de su propia sabiduría [42].

[26] Volveré a mi tema, preguntando: ¿Qué impulso ha llevado a hombres salvajes salidos de la roca y de los árboles a formar una sociedad sino la adulación? Eso y no otra cosa es lo que significa la lira de Anfión y de Orfeo. ¿Y qué es lo que llevó a la concordia ciudadana al populacho romano, cuando parecía inevitable lo peor? ¿Acaso un alegato filosófico? De ninguna manera. Fue una fábula tonta e infantil sobre el vientre y otras partes del cuerpo *. Igual suerte tuvo el cuento de Temístocles sobre la raposa y el erizo **. ¿Es que el discurso de cualquier sabio hubiera tenido tanto efecto como tuvo la ficción de la cierva de Sertorio ***, o la de los dos perros de Licurgo **** y aquella otra, tan risible, sobre el modo de arrancar los pelos de la cola del caballo? ***** Nada diré, de Minos ****** y de Numa, que gobernaron a la masa estulta a base de ficciones fantásticas; necedades como éstas son las que exaltan a esa bestia potente e inmensa que es el pueblo [43].

[42] *Asnos tocando la lira*: en griego en el original, alusión a la fábula de Esopo; *Catón el Censor,* enemigo de Escipión y de los cartagineses (243-119 a.C.). *Timón* de Atenas huyó del mundo y no quiso ver más que a Alcibíades (siglo IV a.C.), conocido como el sabio misántropo.

[43] *Anfión y Orfeo*: los dos seres míticos cultivadores de la música, cuyos efectos amansaban a las fieras, los árboles y las rocas; *Fábula tonta sobre el vientre*: fábula legendaria que calmó a los romanos y los hizo volver a Roma; *Temístocles*: general y estadista ateniense que, según Plutarco, disuadió a los atenienses de sacudir el yugo de los impuestos con la fábula de la raposa y el erizo; *Sertorio,* según Plutarco, convenció a los españoles de que estaba en comunicación con las divinidades por medio de una cierva blanca (*Vidas paralelas,* XI, 20); *Licurgo*: también, según Plutarco, demostró a los espartanos la importancia de la educación poniéndoles el ejemplo de dos perros, uno amaestrado y otro no; *Los pelos de la cola del caballo*: Sertorio hizo ver al ejército bárbaro que no podrían vencer a los romanos en una sola batalla, sino paso a paso, como la cola del caballo, pelo a pelo; *Minos,* de quien se creía que se retiraba cada nueve años a su gruta a meditar y allí era inspirado por Júpiter; *Numa Pompilio,* segundo rey de Roma, de quien se decía que recibía la inspiración de una ninfa, subido en un árbol; *La masa estulta*: un lugar común o tópico de la literatura clásica y del Renacimiento, a la que se identifica con la ignorancia y en Erasmo con la felicidad.

* Tito Livio, II, 16, 7; II, 32, 8.
** Plutarco: *Temístocles,* XII.
*** Ibidem, *Sertorio,* XI, XX.
**** Horacio: *Epístolas,* I, 2, 65.
***** Valerio Máximo, VII, 36.
****** Ver *Odisea,* XIX, 178; Tito Livio, I, 19, 21.

[27] Repito: ¿qué sociedad hizo suyas las leyes de Platón o Aristóteles o las enseñanzas de Sócrates? ¿Se puede saber qué es lo que movió a los Decios a ofrecerse en sacrificio a los dioses manes? ¿No fue la vanagloria la que arrastró hasta el abismo a Quinto Curcio, la más dulce de las sirenas, y también la más denostada por estos sabios? Pues nada hay tan estúpido —dicen ellos— como que un candidato halague al pueblo y trate de comprar su voto con dádivas, corra tras el aplauso de un rebaño de necios, se sienta satisfecho de sus aclamaciones y se deje llevar en cortejo triunfal, como pendón al viento, para terminar representado en el foro en estatua de bronce. Pon la adopción de nombres y apellidos. Pon los honores divinos tributados a este hombrecillo, y añade que en ceremonias oficiales se eleve al rango de dioses a los tiranos más criminales. ¿Quién puede negar que todo esto es totalmente absurdo, y que no bastaría el mismo Demócrito para ridiculizarlo? Y, sin embargo, de aquí surgieron las hazañas de héroes colosales, puestos por las nubes en los escritos de tantos hombres ilustres. Esta misma insensatez crea naciones y mantiene imperios, autoridades, la magistratura, la religión, los consejos y los tribunales. Toda la vida humana, en fin, no es más que una especie de deporte de la insensatez [44].

[44] *Decios*: tres miembros de la familia de los Decios que se sacrificaron a los dioses por la patria; *Quinto Curcio,* mejor Marco Quinto, caballero romano que se lanzó a un abismo en el Foro, abismo que sólo se cerraría si se echaba a él el caballero más noble de Roma.

[28] Hablemos ahora de las artes. ¿No es la sed de gloria la que inspira al ingenio de los mortales a descubrir y a poner a disposición de la posteridad tantas disciplinas tenidas por tan excelsas? Ha habido hombres que se han impuesto vigilias, trabajos y sudores para conquistar un poco de gloria —la más vana de las adquisiciones—, demostrando con ello ser completamente insensatos. Y, sin embargo, debéis a la Insensatez o estulticia una egregia facilidad de la vida, don dulcísimo, cual es el poder gozar de la insensatez ajena.

[29] Y bien, ¿qué os parece si ahora reivindico la prudencia, tras haber hecho mía la gloria del valor y del ingenio? Quizás alguien diga que de este modo es lícito mezclar el agua y el fuego. Pero estoy seguro de conseguirlo si seguís prestando vuestros oídos y atención como lo habéis hecho hasta aquí.

De entrada, diré que, si la prudencia es fruto de la experiencia, a quién cabe aplicar tal honor, ¿al sabio incapaz de emprender nada, bien por su sentido de la dignidad, bien por su natural timidez, o al insensato, que no se para en barras ante nada, ni por propia dignidad, que no tiene, ni por temor al peligro, que no ve?

El sabio se refugia en los libros de los antiguos, de los que aprende meras sutilezas de palabras. El insensato, en cambio, lo prueba todo, y se enfrenta a los peligros cara a cara, y con ello, si no me engaño, adquiere la verdadera prudencia. Esto ya lo vio Homero, aunque era ciego, al afirmar que el «*necio aprende por los hechos*» * Pues hay dos obstáculos principales para alcanzar la experiencia de las cosas: cierto pudor que obnubila la mente y el miedo, que se opone a obrar en cuanto advierte el peligro. La insensatez en cambio libera generosamente de ambos inconvenientes. Pocos son los mortales que se dan cuenta de las ventajas que reporta el verse libre de escrúpulos y estar dispuesto a cualquier aventura. Pero si alguien prefiere llamar prudencia a la que se basa en un recto juicio

* *Ilíada,* XVII, 32.

de las cosas, escuchadme, por favor, y os diré lo lejos que se encuentran de ella los que se jactan de poseerla.

Nadie ignora que todas las cosas humanas, como los Silenos de Alcibiades *, tienen dos caras, totalmente diferentes. Lo que a primera vista es, como si dijéramos, muerte, visto desde dentro es vida, y viceversa; la vida es muerte. La belleza, fealdad; la opulencia, pobreza; la infamia, gloria; la sabiduría, ignorancia; la fuerza, debilidad; la nobleza, plebeyez; la felicidad, tristeza; la buena fortuna, adversidad; la amistad, enemistad; la salud, enfermedad. En suma que si abres el sileno, de repente, quedarán cambiadas todas las cosas. Quizás alguien diga que he expresado esto demasiado filosóficamente; pues bien, lo diré a la pata la llana, para que se me entienda.

Todos reconocen que un rey es personaje opulento y poderoso. Pero si le faltan los bienes del espíritu, y si nada sacia su codicia, entonces, es el más pobre. Y si además está dominado por una larga serie de vicios, entonces es un esclavo miserable. Así podríamos discurrir por las demás cosas, pero creo que bastará con este ejemplo.

Dirá alguno: ¿A qué viene todo esto? Escuchadme y veréis a donde quiero ir. Si alguien intentara quitar la máscara a los actores mientras están en escena, y mostrara a los espectadores su verdadero rostro ¿no estropearía la función, y se haría por ello acreedor a que le arrojaron de la sala a pedradas por loco? Surgiría, de repente, una nueva situación, de modo que la que hacía de mujer, sería hombre, el joven, de repente viejo; el rey, hacía de dama y el que hacía de Dios se convertiría de repente en un hombrecillo. Quitar la ilusión es dar al traste con el drama. La misma ficción y el maquillaje es lo que atrae las miradas de los espectadores. Ahora bien, ¿qué es la vida de los mortales sino una especie de comedia? Cada actor aparece con su diferente máscara, representa su papel, hasta que el director de escena le manda retirarse. Incluso, a veces, puede mandar al mismo hombre que represente un papel distinto, de modo que quien poco ha hacía de

* Platón: *Banquete,* 215, a.

rey cubierto de púrpura, al minuto aparece de esclavo andrajoso. Así es la farándula; y así es precisamente como se representa esta otra comedia de la vida.

Suponed ahora que un sabio caído del cielo se me acerca y me dice que ese hombre a quien todos consideran dios y señor, no es ni siquiera un ser humano, se deja arrastrar por las pasiones, como un animal, y que es el más vil de los esclavos, servidor como es de tan numerosos y repugnantes amos. Suponed además que este sabio aconsejara a quien llora la muerte de su padre que ría, porque el muerto acaba de comenzar a vivir, ya que nuestra vida no es más que una especie de muerte. Imaginad, finalmente, que a otro que está orgulloso de sus antepasados, le llama plebeyo y bastardo, por el solo hecho de estar alejado de la virtud, única fuente de nobleza. Y si además dijera cosas de este jaez sobre todo lo demás: ¿No parecería a todos —os pregunto— un demente desaforado?

Nada más insensato que una sabiduría a destiempo, ni nada más imprudente que una prudencia fuera de lugar. Obra mal el que no toma las cosas como vienen, el que no baja a andar por la calle, el que no quiere acordarse, al menos, de aquella sabia norma de los banquetes: «*O bebes, o te vas*»; o el que pretende que la comedia no sea comedia. Es, por el contrario, signo del hombre prudente, como mortal que es, no querer una sabiduría superior a su condición humana común, estar dispuesto a hacer la vista gorda, y a reírse de sus desaciertos con todos los demás.

Pero esto precisamente —se me dirá— es de necios. No intentaré negarlo, con tal que se admita que en esto consiste la representación de la comedia de la vida.

[30] ¡Dioses inmortales! ¿Diré o callaré lo que me falta? Pero ¿por qué habría de callar algo que es más verdad que la misma verdad? ¡Aunque quizá fuera más adecuado, en cosa de tanta monta, invocar a las musas del Helicón *, viendo que los poetas siempre acuden a ellas por simples niñerías! Acudid, pues, en mi ayuda,

* Virgilio: *Eneida,* VII, 641.

hijas de Júpiter, y mostraré que nadie puede alcanzar la perfecta sabiduría, la llamada ciudadela de la felicidad, si la Insensatez no le muestra el camino. Debemos admitir, de entrada, que toda la vida pasional es hija de la Insensatez. Esto es lo que separa al hombre cuerdo del insensato: al primero le guía la razón, sus pasiones al segundo. Sin duda, por esto, los estoicos apartan todas las emociones del hombre sabio, como si fueran enfermedades. Pero, en realidad, tales emociones no sólo actúan como guías de aquellos que corren hacia el puerto de la sabiduría, sino que actúan como espuelas y acicates en el ejercicio y práctica de toda virtud. Cierto que esto lo niega rotundamente el dos veces estoico Séneca, privando al sabio de toda clase de emociones [45].

Pero al obrar así, vacía totalmente al hombre, viéndose obligado a llenarlo con una espece de dios que no ha existido ni existirá nunca. Si he de ser franca, lo que nos dejó Séneca, más que un hombre, es una estatua de mármol, totalmente impávida y desprovista de cualquier sentimiento humano. Que gocen, pues, los estoicos con su sabio, si les viene en gana; que lo amen sin competencia de ninguna clase, o que se vayan a vivir con él a la República de Platón. Y si lo prefieren, a la región de las ideas, o a los jardines de Tántalo. ¿Quién no huiría aterrorizado de un hombre con aspecto de monstruo, insensible a todo sentimiento natural, y a quien el amor, la ternura o cualquier clase de afecto dejan insensible *como si fuera un duro pedernal o un bloque marmóreo de Paros*?

No se le pasa nada, nunca se equivoca. Todo lo ve tan claro como Linceo. Todo lo sopesa, no perdona nada. Es el único hombre contento y satisfecho de sí mismo, el único rico, y sano, el único rey y libre, en suma, el único en todo, pero según su parecer. No necesita amigos y no es amigo de nadie, no duda en mandar colgar a los mismos dioses y condena y se ríe de todo lo que acontece

[45] *Musas del Helicón,* alusión a *Eneida,* 7, 641, de Virgilio. *Dos veces estoico Séneca*: la locura se muestra muy crítica y dura con Séneca, considerado como rigorista al huir de todo placer.

en la vida como ridículo y despreciable. ¡Así es esa especie de animal del perfecto sabio! [46]

Ahora os pregunto: Si se presentara a elección, ¿qué Estado elegiría como magistrado a semejante hombre y qué ejército lo aceptaría por general? ¿Habría mujer que lo eligiese o soportase como marido? ¿Pensáis que un anfitrión puede invitar a su mesa a semejante hombre, o que un criado puede aceptar o aguantar a un señor con tal carácter? Todo el mundo, preferiría, sin duda, a cualquiera del número infinito de tontos que hay en el mundo, y que tonto como ellos pueda y sepa mandar y obedecer, y sea agradable al menos a la mayoría. Un hombre, repito, que fuera agradable a su esposa y complaciente con los amigos, atento con los invitados, y conversador alegre en las fiestas, y en fin, preocupado por todo lo humano. La verdad que ya me estoy hartando de este hombre sabio. Mi discurso se dirigirá pues a mostrar los demás beneficios que dispenso.

[31] Imaginaos ahora que alguien observa la vida humana desde un alto mirador —como los poetas dicen que hace Júpiter— * y ve las calamidades a que está sometida. ¡Doloroso y sórdido es el nacimiento del hombre, su educación trabajosa, llena de peligros su infancia, problemática su juventud, la vejez pesada, la muerte dura e inexorable! La asedian ejércitos de enfermedades, la acechan infortunios, hasta el punto de que todo por todas partes parece estar impregnado de hiel. Y esto sin recordar los males que los hombres se infieren entre sí: pobreza, cárcel, infamia, vergüenza, tortura, zancadillas, traición, bajezas, luchas, fraudes. Pero se diría que quiero contar las arenas del mar.

[46] *República de Platón*: Luciano decía que sólo Platón podía vivir en su república; *Jardines de Tántalo*: la región de las ideas, como los jardines de Tántalo, como la utopía, etc., son construcciones literarias y fantásticas; *Bloque marmóreo de Paros*: Verso de Virgilio, *Eneida*, 1, 471 (el mármol de Paros era muy estimado por su durabilidad); *Linceo*, argonauta de una vista extraordinariamente penetrante.

* Homero: *Ilíada*, VIII, 51.

De momento no puedo deciros por qué los hombres padecen estas cosas, ni qué dios airado ha hecho que nazcan para estas miserias. Pero el que medite en su interior estas cosas, ¿dejará de aprobar el ejemplo de las doncellas de Mileto, por triste que sea, quienes se quitaron la vida por el tedio que les causaba? ¿No fueron acaso los más próximos a la sabiduría? Nada diré a este respecto de personas como Diógenes, Jenócrates, Catón, Casio y Bruto. Pero no puedo pasar por alto a aquel famoso Quirón *, que pudiendo ser inmortal, prefirió la muerte [47].

Creo que ya imagináis lo que sucedería si la sabiduría se apoderase de los hombres. Pronto necesitaríamos de más barro y de un nuevo Prometeo para moldearlo. Sin embargo, aquí me tenéis a mí, acudiendo siempre en ayuda de tales necesidades, en parte por ignorancia, en parte por irreflexión; muchas veces olvidándome de que las cosas son malas y otras con la esperanza de mejorarlas, destilando algunas veces la miel del placer. Y el resultado es que los hombres se resisten a dejar la vida, incluso cuando el hilo del destino ya se ha roto, y cuando la misma vida los ha dejado ya. Cuanto menos razón tienen para seguir viviendo, más se aferran a la vida. ¡Tan ajenos están al tedio de la vida!

Me debéis a mí el poder ver por ahí a ancianos de la edad de Nestor, que apenas si conservan figura humana, babeantes, chochos, desdentados, canosos, o calvos. Los describiré mejor con palabras del mismo Aristófanes: «*sucios, encorvados, miserables, arrugados, sin pelo, sin dientes, sin sexo*» **. Pues bien, tan encantados están de la vida y *con tantas ganas de ser jóvenes* que hay quien se tiñe las canas, otro cubre su calvicie con una peluca, éste usa dientes postizos, quizá tomados de un cerdo,

[47] *Doncellas de Mileto*: es tradición que en el puerto de Mileto había un sitio para el suicidio de las jóvenes; *Diógenes el Cínico y Jenócrates* de los que se dice que se suicidaron. Lo mismo se dice de *Catón de Utica. Casio y Bruto* se mataron en el año 42 a.C. y *Quirón*, herido por Hércules, prefirió morir, aunque era inmortal.

* Luciano: *Diálogos*, 26.

** Aristófanes, *Ploutos*, vv. 266-267.

aquél se desmaya ante una chiquilla y hasta supera en sus devaneos amorosos a cualquier jovencito. Es frecuente hoy día, y casi se considera un mérito, que momias ambulantes y con un pie en la tumba tomen por mujer a una tierna jovencita aunque no tenga dote, y que habrá de ser disfrutada por otros [48].

Mucho más gracioso todavía es ver a ciertas ancianas que apenas pueden con el peso de sus años y semejan cadáveres, que se diría han vuelto del infierno. Van diciendo siempre «*qué bella es la luz*»; siguen estando calientes y, según dicen los griegos, «*como cabras en celo*» buscan a gran precio conquistar algún joven Faón. A este fin maquillan exageradamente su cara, no se apartan nunca del espejo, depilan el monte de Venus, hacen ostentación de sus pechos lacios y ajados, con voz trémula e insinuante tratan de hacer revivir una pasión que se extingue, beben, bailan entre las jovencitas, y hasta escriben pequeñas cartas de amor. Todos se ríen de estas cosas, como tonterías supinas que son. Pero, mientras tanto, estas ancianas viven satisfechas y contentas, nadan en delicias, la vida es pura miel, y me deben a mí su felicidad [49].

A todos aquellos que encuentran esto ridículo les pediría que meditaran y se preguntaran si no es mejor este tipo de vida placentera y loca, que ir buscando por ahí, como dice la gente, un tronco donde ahorcarse. El hecho de que la gente se preste a la maledicencia ante este tipo de conducta no afecta para nada a mis insensatos, que no ven en ello nada malo, y, si lo sienten, les tiene sin cuidado. El daño sería que les cayera una piedra en la cabeza; pero la vergüenza, la deshonra, infamia, y las injurias, sólo dañan si se les hace caso. Dejan de hacer mal, cuando

48 *Prometeo* robó el fuego a los dioses y se le atribuía la creación del hombre de arcilla. *Aristófanes*: Erasmo cita en griego el verso de Aristófanes, tomado de su comedia, *Plutón*, v. 266.

49 *Algún joven Faón*: tomado de Aristófanes, *Plutón*, v. 1024. *Monte de Venus*, alusión a Marcial (10, 90). *Hacen ostentación de sus pechos...*, alusión a Horacio (Epístolas, 8, 7), lo mismo que otras expresiones de este mismo capítulo.

no se sienten. ¿Te pueden herir los silbidos del público, si tú te aplaudes a ti mismo? Ahora bien, sólo la insensatez hace esto posible.

[32] • Me parece estar oyendo ya las protestas de los filósofos. Precisamente —dicen— la desgracia es vivir en la insensatez, la ilusión, la mentira y la ignorancia. Pero yo digo: en esto precisamente consiste la existencia humana. No veo por qué se llama a esto desgracia, cuando así nacisteis, así se os crió y formó, y así es la condición común de todos. •

No constituye desgracia alguna ser fiel a la propia especie. De lo contrario tendríamos que lamentar el que el hombre no pueda volar como las aves, ni caminar a cuatro patas como los animales, ni que no esté armado de cuernos como los toros. Por lo mismo había que llamar desgraciado al caballo, por hermoso que fuera, por no haber aprendido gramática o por no alimentarse de pasteles. Por la misma razón, el toro sería desdichadísimo por su inutilidad para la gimnasia. En consecuencia, si un caballo no es desdichado por no saber gramática, tampoco lo es el estulto, ya que su naturaleza conlleva todas estas cosas.

Vuelven a la carga esos inventores de palabras: «El hombre —dicen— está especialmente capacitado para comprender las ciencias; su ayuda puede compensar con el ingenio, lo que la naturaleza le ha negado.» Pero yo digo: ¿Es que es verosímil que la naturaleza, que con tanto mimo cuida de los mosquitos, incluso de las hierbas y florecillas, se haya dormido precisamente con el hombre, obligándole a depender de las ciencias? ¿No fue más bien Thoth, ese genio enemigo del género humano el que las inventó, para la ruina del hombre? No sirven, en efecto, para alcanzar la felicidad y son un obstáculo para el fin mismo para el que fueron inventadas, como tan agudamente demuestra aquel rey sabio de los diálogos de Platón, hablando de la invención de las letras. En suma, que las ciencias se colaron de rondón en

el mundo junto a las demás calamidades de la vida humana, llevadas de la mano de los mismos malignos espíritus que engendran todas las desgracias del hombre, a saber: los demonios, que en griego se diría *Daemonas: los que saben* [50].

¡Cuán feliz era, pues, aquella gente de la Edad de Oro, carente de toda ciencia, y sin más guía en la vida que su instinto natural! ¿Qué necesidad tenían de la gramática hablando el mismo lenguaje, y cuya única intención era el poder entenderse entre sí? ¿Podía tener algún uso la dialéctica, si no había conflicto de opiniones? ¿Qué lugar podía ocupar la retórica, si nadie trataba de molestar a los demás? ¿A qué la jurisprudencia, si no había malas costumbres, de las que, sin duda, han salido las buenas leyes? Diría que eran demasiado religiosos para indagar con impía curiosidad los secretos de la naturaleza, las distancias de los astros, sus movimientos y efectos, en suma, las causas últimas de las cosas. ¡Tan convencidos estaban de que no le era lícito al hombre ir más allá en el conocimiento de lo que le permite su condición! Ni les cabía en la cabeza indagar si hay algo más por encima de los cielos.

Pero a medida que se fue desvaneciendo la pureza de la Edad de Oro, los malos espíritus —como dije arriba— inventaron las artes. Al principio eran pocas, y pocos eran también los que tenían acceso a las mismas. La posterior superstición de los caldeos y la ociosa versatilidad de los griegos añadieron miles de conocimientos, para puro tormento de los espíritus [51]. ¡Y cómo no, si la sola gramática, es suficiente tormento para toda una vida!

[50] Inventario de palabras: *logodaedali,* alusión a Platón: *Fedro,* 266; *Thot*: dios egipcío que, según se dice, inventó los números y las letras y de cuya influencia maléfica se habla en el *Fedro* de Platón, 274, c, d; *Daemones*: espíritus, sabios, manifestaciones del poder sobrenatural.

[51] *Edad de Oro*: el mito de la Edad de Oro se parece mucho al de las Islas Afortunadas, de las que hablamos ya en nota 21. En el Renacimiento adquiere gran importancia dentro del humanismo cristiano que, frente a la huella del pecado original en el hombre, ve en Cristo el restaurador de la Edad de Oro, estableciendo una naturaleza humana bien formada.

[33] Lo curioso es que de entre todas estas ciencias, las más apreciadas son las que más se acercan al sentido común, incluso diría a la insensatez. Veamos: los teólogos se mueren de hambre, los físicos de frío, los astrólogos son objeto de risa, y los dialécticos de menosprecio. Sólo el *«médico vale por muchos hombres».* * Y cuanto más ignorante, más temerario e inconsciente es el médico, más alta es su reputación, incluso entre los príncipes. Porque la medicina, sobre todo tal como hoy la ejercen muchos, no es más que una especie de adulación, lo mismo que la retórica.

Después de los médicos, los leguleyos ocupan el segundo lugar. Quizá debería decir el primero, si no fuera porque los filósofos —me callaré mi opinión— se ríen unánimemente de ellos llamándoles asnos. Sin embargo, la palabra de estos asnos decide los grandes y pequeños negocios. Sus latifundios aumentan, mientras el teólogo se estruja la mollera para sacar de ella la divinidad entera, tiene que comer altramuces, y no cesa en su lucha con las chinches y los piojos **.

Podríamos, pues, concluir diciendo que, así como son afortunadas las ciencias que están rayanas a la insensatez, lo son todavía mucho más los hombres que no tienen relación alguna con las ciencias. Y se dejan guiar por la sola naturaleza, única sin defecto, a no ser que los mortales queramos traspasar sus límites. La naturaleza odia lo postizo. Y todo va mejor en ella cuando no ha sido estropeado por el artificio.

[34] ¿Es que no veis que los demás seres con vida son más felices cuanto más lejos se hallan de las ciencias, y sólo tienen por maestra a la naturaleza? ¿Qué más feliz y más admirable que las abejas? Pues ni siquiera tienen

* *Ilíada,* XI, 514.

** Horacio: *Sátiras,* II, 3, 182.

todos los sentidos del cuerpo. ¿Se podría descubrir una arquitectura semejante a la suya en la construcción de los edificios? ¿Estableció alguna vez un filósofo Estado semejante? Ved, por el contrario al caballo, muy afín a los sentimientos humanos y en estrecha relación con el hombre, que por eso mismo participa de sus desdichas. La vergüenza de ser vencido en la carrera le lleva muchas veces hasta reventar. Y cuando persigue la victoria en el campo de batalla, es derribado y muerde el polvo con el jinete. Y no quiero hablar del bocado con puntas, de las espuelas agudas, de la cárcel de la cuadra, látigos, palos, bridas, jinete. En suma: toda la tragedia de la voluntaria servidumbre del caballo cuando quiere imitar a los hombres esforzados, y cuando, con todo ahínco, se entrega a vengarse de sus enemigos *.

Mucho más aceptable es, sin duda, la vida de las moscas y de las aves que viven a sus anchas, sólo guiadas por el instinto, con tal de que no lo impidan las trampas de los hombres. Casos hay en que los pájaros enjaulados aprenden a imitar la voz humana, pero no deja de sorprender cómo se apaga su brillantez natural. ¡Hasta tal punto la naturaleza supera cualquier mixtificación del arte! En este sentido nunca alabaré lo suficiente a aquel gallo que fue Pitágoras. ** En una misma persona fue todo: filósofo, hombre, mujer, rey, ciudadano, pez, caballo, rana y hasta, según creo, esponja, y, sin embargo, juzgó que el hombre era el más desgraciado de todos los animales. Entendía que todos los demás animales viven contentos dentro de los límites impuestos por la naturaleza, mientras que el hombre está siempre intentando salirse de ellos [52].

[52] *Aquel gallo que fue Pitágoras*: tomado de uno de los diálogos de Luciano en que el gallo se cambia en Pitágoras. *Hasta tal punto la naturaleza*: el tema de la naturaleza como norma y guía de la conducta del hombre ocupa un lugar fundamental en el pensamiento de Erasmo y de los humanistas (ver *Utopía*).

* Horacio: *Epístolas,* I, X, 34.

** Luciano: *Diálogos,* El Gallo.

[35] Consecuente con esto, prefería, por muchas razones, los ignorantes a los doctos y grandes. Creía que el famoso Grilo se mostró mucho más sabio que el «*astuto Ulises*», cuando prefirió seguir gruñendo en su pocilga, a embarcarse con él en tales desventuras. De la misma opinión me parece que es Homero, padre de las fábulas, cuando llama a todos los mortales «*desgraciados*» «*llenos de dolores*» y describe al mismo Ulises como «*ejemplar de desdichas*», cosa que no hace con París, Ajax ni Aquiles. La razón de esto es clara: Ulises, taimado muñidor de engaños, no hacía nada sin el consejo de Palas, y se pasaba de listo a medida que iba apartándose de la guía de la naturaleza [53].

Lo mismo sucede entre los mortales que se esfuerzan por alcanzar la sabiduría y son por lo mismo los más alejados de la felicidad. En realidad son doblemente estúpidos, primero porque ignoran su condición de hombres, y segundo porque quieren emular a los dioses inmortales y, a ejemplo de los gigantes, hacen la guerra a la naturaleza, valiéndose de las armas de la ciencia. Por el contrario, la desdicha parece alejarse de aquellos que se acercan al instinto y a la necedad de los brutos, sin sobrepasarse un pelo de su condición de hombres.

Trataré de ilustrar lo que digo no con *entimemas* de los estoicos [53 bis], sino con un ejemplo conocido. ¿Hay acaso, ¡por los dioses inmortales!, seres más felices que esos hombres que el vulgo llama payasos, tontos, fatuos y locos de remate, apelativos todos ellos espléndidos, a mi parecer? Quizás lo que digo puede parecer a primera vista estúpido y absurdo, pero de hecho es una gran verdad. Ya, de entrada, esta clase de personas no siente miedo ninguno a la muerte, mal no pequeño, por cierto; se ven libres del aguijón de la conciencia. No les amedrentan las historias de los muertos. Tampoco les aterran los espíritus ni espectros. No les turba el temor de males inminentes,

[53] *Grilo,* véase nota 6; *Paris, Ajax* y *Aquiles,* conocidos héroes de la guerra de Troya; *Palas Atenea,* véase nota 20.

[53 bis] *Entimema*: Silogismo elíptico, en el que se sobreentiende una de sus dos premisas.

ni les saca de sus casillas la esperanza de los bienes futuros. En suma, les dejan impasibles los mil y un problemas que ofrece la vida. Carecen de vergüenza, de miedo, ambición, odio o amor. Finalmente, si creemos a los teólogos, cuanto más se acercan a la irracionalidad de los animales, menos capacidad tienen de pecar.

Hora es ya de que me cuentes, sabio estúpido, los días y las noches que pasas atormentándote con tus problemas. Haz un recuento de todos tus males y entonces te darás cuenta de los que yo he quitado a mis queridos insensatos. Añade a esto que siempre están contentos, jugando, cantando, riendo y, —donde quiera que van— reparten alegría, bromas, pasatiempo y risas. Tal parece ser la función que la bondad de los dioses les han encomendado: alejar de la vida humana la tristeza. Todos, en efecto, los acogen por igual como algo suyo, mientras a los demás les unen sentimientos muy diversos. Se les acepta siempre, se les busca, se les acoge, se les abraza y ayuda cuando lo necesitan, y se les permite decir y hacer impunemente lo que les venga en gana. Nadie piensa en hacerlos mal, pues ni siquiera las fieras más salvajes, como intuyendo instintivamente su inocencia, se atreven a herirles; son algo sagrado para los dioses y sobre todo para mí. ¡Nadie considera injusto el honor que se les dispensa!

[36] No me diréis que estos tontos no hacen las delicias de los más altos reyes, pues no aciertan a comer, pasear o estar una hora sin ellos. Y el aprecio en que los tienen supera con mucho al que profesan a esos tétricos sabios de la corte, a los que mantienen por puro prestigio. La razón de esta preferencia no creo que sea un secreto que pueda sorprender a nadie. Simplemente, esta clase de sabios no tiene nada que ofrecer al príncipe más que noticias tristes, ya que creídos de su saber, no cuidan de herir su delicado oído con verdades mordaces. Los payasos, en cambio, pueden ofrecer lo único que está buscando el príncipe: bromas, risas, carcajadas, jarana. Dejadme que os diga que estos insensatos tienen un don nada despreciable: son los únicos que hablan con franqueza y dicen

la verdad. ¿Puede haber algo más digno de encomio que la verdad? No comparto el dicho de Alcibíades, citado por Platón *, de que la verdad está en el vino y en los niños. Más bien, esa alabanza se me debe a mí, ya que como dice el verso de Eurípides: ** «*El necio necedades dice*». Todo lo que el insensato lleva dentro, lo refleja la cara y sale por su boca. Los Sabios, sin embargo, tienen, como recuerda también Eurípides, *** dos lenguas: con una dicen la verdad; con la otra, lo que les conviene en cada momento. Tienen la habilidad de volver negro lo blanco, de soplar con el mismo aliento lo frío y lo caliente, **** de sentir algo, muy hondo en el corazón, y fingir cosa bien distinta en su palabra [54].

Diré todavía más: no estoy muy seguro de que los príncipes a pesar de tanta dicha, sean muy felices, pues no tienen quien les diga la verdad, y se ven obligados a rodearse de aduladores en lugar de amigos. Podría alguien decirme: es que los príncipes aborrecen la verdad, y esta es precisamente la causa de que teman que alguien se sienta libre para decirles las verdades más que las lisonjas. El hecho es que los reyes no gustan de la verdad. Pero mis insensatos tienen la cualidad maravillosa de poder decir no sólo la verdad, sino insolencias manifiestas, y, con todo, ser oídas con agrado. Así, algunas palabras podrían costar la vida al sabio, mientras que proferidas por un bufón resultan relajantes. La verdad lleva en sí misma el don de agradar con tal que no ofenda; y los dioses sólo han concedido este don a los insensatos.

Esto es lo que explica que esta clase de hombres divierta tanto a las mujeres tan propensas a los halagos y

---

[54] *La verdad está en el vino y en los niños*: tomado de Platón, *Banquete*, 217 e. *El necio necedades dice*, Eurípides, *Bacantes*, 369. El tema de los payasos o bufones cobra carta de naturaleza en el Renacimiento, tanto en las cortes de reyes y príncipes como en la literatura. (Ver *Utopía*, ed. de P. R. Santidrián, Alianza Ed., página 166s.)

* *Banquete*, 217 e.
** *Bacantes*, 369.
*** Reso, V, 394.
**** Esopo, LXIV.

a la frivolidad. Por lo mismo, siempre que se encuentran con estos hombres, aunque sean cosas serias, y a veces lo son, siempre las toman a broma y chunga. ¡Qué hábil es este sexo, sobre todo para encubrir sus propias andanzas!

[37] Volveré a la felicidad de los necios. Y diré sin ambages que después de una vida de regocijo, sin miedo y sin percatarse de la muerte, se van derechos a los Campos Elíseos, donde continuarán siendo el deleite de las almas pías y ociosas que descansan allí [55].

Sigamos, pues, comparando la suerte de cualquier sabio con la de nuestro insensato.

Imagínate que frente a él ponemos un modelo de sabiduría: un hombre que ha gastado su infancia y adolescencia en el estudio de las ciencias y que ha perdido la parte más feliz de su vida en constantes vigilias, cuidados y sudores. Hombre que en el resto de sus días jamás ha paladeado un sorbo de placer: sobrio, triste, tétrico; austero y sin concesiones consigo mismo; desagradable e impopular. Un hombre pálido, macilento, con achaques, lleno de legañas, vencido por una vejez y unas canas prematuras, que le marginan de esta vida antes de tiempo. Aunque ¿qué importa la muerte de un hombre como éste si nunca ha vivido? ¡Tal es la bella estampa de un sabio!

[38] «Una vez más me aturden con su croar las *ranas del pórtico*». Nada —me dicen— tan digno de lástima como la locura. Ahora bien, la necedad de remate está cerca de la locura, si es que no es la locura misma. ¿Qué es estar loco más que haber perdido la cabeza? Se equivocan de medio a medio. Tratemos de deshacer su razonamiento, si las musas quieren ayudarme. Dicen ellos sutilmente: En los diálogos de Platón *, Sócrates enseña que

[55] *Campos Elíseos*: Mito clásico de un lugar de felicidad y reposo después de la muerte para los héroes y los hombres.

La figura del sabio se presenta personificada en la misma persona de Erasmo siempre enfermo y quebradizo y siempre entre libros.

* *Banquete,* 180 d.

de la división de la única Venus, salieron dos, y del único Cupido, dos. Pues bien, estos dialécticos tendrían que distinguir entre las dos formas de locura, si es que quieren pasar por cuerdos. No hay por qué creer que toda locura sea un desastre. ¿No dijo ya Horacio: «*no juega conmigo una suave locura*»? *. El mismo Platón ** no hubiera colocado el frenesí de poetas, adivinos y amantes entre los bienes más preciados de la vida. Ni la sibila hubiera calificado de loca la aventura de Eneas ***. Hay dos tipos de locura: la que envían las furias vengadoras desde el infierno cuando lanzan serpientes venenosas y asaltan los corazones de los hombres con la pasión de la guerra, la sed inextinguible del oro, el amor prohibido y criminal, el parricidio, el incesto, el sacrilegio o cualquier otra peste. O cuando persiguen a un alma culpable y consciente con las furias y fantasmas del terror.

Hay otra locura muy distinta de ésta: procede de mí y es deseable por encima de todo. Aparece cuando el alma se siente liberada de las preocupaciones y angustias por una especie de desvarío, inundándola al mismo tiempo de deliciosos perfumes. Esta clase de desvarío es el que desea Cicerón **** en su carta a Atico, como supremo don de los dioses, para poderse liberar de tantos males. No dejaba de tener razón aquel ciudadano de Argos, cuya locura le llevaba a pasar días enteros sentado en el teatro, viendo, aplaudiendo y gozando. Se imaginaba que se estaban representando tragedias estupendas, cuando de hecho no se representaba nada. Por lo demás, se producía correctamente en su vida:

«*Complaciente con sus amigos: / amante de su mujer; / tolerante con los siervos, / sin dar muestras de irritación / porque le descorcharan una botella.*»

Una vez cuando sus familiares le curaron a fuerza de pócimas, y vuelto a sus cabales, protestó diciendo:

* *Odas,* III, 4, 5.
** Fedro, 244 a.
*** Virgilio: *Eneida,* VI, 135.
**** *Ad Atticum,* III, 13, 2.

«*Me habéis matado, amigos. / No se conserva, se mata / a quien habéis quitado el placer, / arrancándole por la fuerza el desvarío de la mente.*» [56]

Tenía toda la razón. Eran ellos los que desvariaban, necesitando más que él el eléboro, al pensar que locura tan placentera y feliz podía ahuyentarse con bebedizos. Con todo esto, no he querido decir que cualquier extravagancia o desvarío mental tenga que recibir el nombre de locura. No se debe tomar como loco a un legañoso que confunde un mulo con un asno, ni a quien se exalta ante un mal poema que considera perfecto. Pero si alguien de una manera habitual o constante yerra en sus sentidos y en sus juicios, habrá que considerarlo muy cerca de la locura. Tal sería el caso, por ejemplo, del que oye el rebuzno de un asno y cree estar escuchando una magnífica orquesta; o el de ese pobre hombre que, nacido de humilde cuna, se cree el rey Creso de Lidia.

Sucede que, muchas veces, este tipo de locura tiende al placer y proporciona una notable alegría tanto a los que la padecen como aquellos que son testigos de la misma, si bien estos últimos no son locos en el mismo sentido. Y esta clase de locura está más extendida de lo que se cree. Un loco se ríe de otro loco, y ambos se complacen en ello. Veréis con frecuencia que el más loco se ríe con más ganas del que lo es menos [57].

[39] Si hemos de creer a la Insensatez, un hombre es tanto más feliz, cuanto más insensato, con tal que viva ese tipo de insensatez que a mí me caracteriza. Me refiero a esa locura tan extendida que sería imposible encontrar a un hombre totalmente cuerdo a todas horas del día, sin estar poseido de alguna de ellas. La diferencia es sólo de grados. Si uno confunde a una calabaza con su mujer, le llaman loco, porque sucede a pocas personas. Pero cuando un marido exalta a su mujer, que comparte con otros amantes, y la compara a la fiel Penélope, nadie le llama loco. ¡Se dan cuenta que eso es lo que sucede a todas horas con los maridos!

A la misma categoría pertenecen los que dejan todo por la caza mayor, diciendo que encuentran un placer indecible cuando oyen el desagradable retumbar del cuerno y el ladrido de los lebreles. Diría que los mismos excrementos de los perros les huelen a cinamomo. ¿Puede haber, por otra parte, placer alguno en descuartizar una pieza? Descuartizar toros y rebecos fue siempre de plebeyos, pero a una fiera sólo puede descuartizarla un noble. Descubierta la cabeza, de rodillas, con la espada adecuada —no estaría permitido un cuchillo vulgar— con gesto medido, el noble comienza a cortar religiosamente según un orden establecido. La gente le contempla embobada, agolpándose en silencio en torno a él, como si no hubiera visto nunca espectáculo semejante, aunque lo haya visto más de mil veces. Finalmente, si alguien logra gustar un trozo de la pieza, le parece que ha alcanzado no poco de nobleza. Resulta, pues, que con tanto abatir y comer estas piezas de caza, no consiguen más que su propia degeneración, hasta convertirse ellos mismos en animales salvajes, ¡aunque crean que en todo momento se están dando una vida de reyes! [58]

Muy semejante a estos es la clase de gente que arde en deseos de construir casas, cambiando de pronto lo redondo en cuadrado, y lo cuadrado en redondo. No ven fin ni medida a nada hasta que caen en la suprema indigencia, sin que les quede dónde vivir, ni qué comer. ¿Qué les

---

[56] *Complaciente con sus amigos*... Tomado de Horacio, *Epístolas,* 11, 2 (132ss., 138s.) *Me habéis matado, amigos*... idem.

[57] *De la única Venus, dos, y del único Cupido, dos.* Hay dos interpretaciones de este texto: de Venus y de Cupido nacen dos clases de amor: el amor carnal —el amor hacia el cuerpo de una mujer— y el amor divino que sólo busca su satisfacción en la unión de las almas. Este último se interpreta como el *amor platónico*: amor superior de unión de las almas, expresión acuñada por el traductor y comentarista de Platón, el renacentista italiano Ficcino. *Hay otra locura*: El mismo Ficcino elabora la doctrina de las cuatro locuras o furores: *poético, báquico, profético* y *erótico. Creso de Lidia*: rey legendariamente rico. *Ranas del pórtico*: los estoicos. *Eléboro*: fármaco que curaba la locura.

[58] *Fiel Penélope*: esposa de Ulises que pasó su vida esperando su vuelta a casa. Durante el día tejía la tela y por la noche la destejía. *Cinamomo*: planta aromática.

importa? ¡Que les quiten lo bailado, entretanto, han disfrutado unos años de gloria!

Junto a éstos creo que hay que poner a aquellos que, movidos por el afán de cambiar las cosas, cultivan nuevas y secretas ciencias, revolviendo mar y tierra a la caza de la quintaesencia. Empujados por una esperanza tan dulce como la miel, no perdonan trabajos ni dispendios, inventando siempre algo nuevo que vuelva a engañar su admirable ingenuidad, y les haga agradable su ficción. Hasta que, gastado el último céntimo, no les queda nada que echar al hornillo. Siguen, no obstante, soñando dulces sueños, animando a los demás con todas sus fuerzas a gustar la misma felicidad. Cuando, finalmente, han perdido toda esperanza, les queda todavía como gran consuelo aquel dicho:

«*En un gran empeño, basta con haberlo intentado*». Y entonces se quejan de la brevedad de la vida, y le culpan de que no dé para más.

Estoy dudando si admitir en nuestra compañía a los jugadores de dados. Resulta un espectáculo estúpido y ridículo ver a algunos de ellos tan adictos, que, en cuanto oyen el cubileteo de los dados, les salta y se les sale el corazón. Fascinados por el deseo de ganar, naufragan con todos sus bienes, estrellando su barca contra el escollo del juego, mucho más temible que el cabo Malea. Y cuando han conseguido salir a flote sin camisa, se dedican a engañar a quien sea, menos a su ganador, con tal de que no se les tenga por hombres sin formalidad. ¿No habéis visto a estos mismos hombres ya viejos y casi ciegos seguir jugando incluso con anteojos? ¿Y qué decir, finalmente, cuando una bien ganada gota ha paralizado ya las articulaciones de sus manos, pagan a un agente para que eche los dados por ellos? Este juego resultaría una delicia si, con frecuencia, no terminara a golpe limpio. Pero esto no me pertenece a mí, sino a las Furias [59].

[59] *En un gran empeño...*: verso de Propercio (*Elegías*, II, 10, 6). *Cabo Malea*: punta del sudeste de Laconia muy peligrosa para el naufragio.

[40] De lo que no dudo un momento es admitir en nuestro gremio a esa clase de personas que gustan de historias fabulosas y de patrañas inverosímiles. Les encanta oírlas o contarlas y nunca se cansan de recordar cuentos por fantásticos que sean, de espectros, duendes, vestiglos, seres infernales y otras mil curiosidades de este jaez. Cuanto más lejos de la verdad, más a gusto los creen a pie juntillas, y con más suave picorcillo cosquillean sus oídos. Y este ingenio fabulador no sólo sirve para matar el aburrimiento de las horas, sino que lo aprovechan en su propio beneficio, sobre todo los curas y predicadores. Primos de éstos son los que tienen la estúpida, pero agradable, persuasión de que si logran ver una estatua o un cuadro de san Cristóbal, gigante como Polifemo, ese día no morirán, o el que tiene el convencimiento de que si saluda a una imagen de santa Bárbara con determinadas palabras, saldrá ileso de la guerra. O el hombre que se hará automáticamente rico si acude a san Erasmo en días determinados, con unas velas y oraciones determinadas. En san Jorge se han inventado a otro Hércules, lo mismo que se han inventado un segundo Hipólito. Al caballo de éste, tan religiosamente enjaezado y engualdrapado, no es que lleguen a adorarlo, pero sí intentan ganarse su favor con pequeñas ofrendas. ¡Y se tiene por muy propio de reyes jurar sobre su casco de bronce!

¿Y qué puedo decir de los que se gozan engañándose a sí mismos con imaginarios perdones de sus pecados? Van midiendo como con clepsidra la duración de su tiempo en el Purgatorio, y contando los siglos, los años, meses, días y horas con la precisión de una tabla matemática, sin error alguno. Tampoco diré nada de los que confiados en ciertas fórmulas y cadenas de oraciones mágicas —inventadas por algún impostor para bien de su alma o para sacar dinero —se prometen toda clase de riquezas, honores, placeres, satisfacciones, salud perpetua, vida larga, y rematada en una vigorosa ancianidad. Y para colmo, un lugar de reposo junto a Cristo en el cielo, cosa por otra parte, que quisieran se realizara lo más tarde posible, es decir, cuando les abandonen los placeres de esta vida, a

los que se agarran con uñas y dientes, para dar paso a los goces celestiales.

Sirvan aquí de ejemplo algunos negociantes, soldados o jueces que creen purificar de una vez por todas la hidra de Lerna, que es su vida, con el único ochavo de sus miserables rapiñas. Creen que sus infinitos perjurios, lujurias, borracheras, pendencias, matanzas, imposturas, perfidias y traiciones quedan borradas como por contrato, y perdonadas de tal modo que pueden comenzar una nueva ronda de crímenes. ¿Puede haber algo más insensato —y también más feliz— que esos que se prometen a sí mismos más que la suprema felicidad repitiendo todos los días siete versículos de los salmos? Ahora bien, se cree que fue un demonio el que indicó tal práctica a san Bernardo; un demonio bromista, sin duda, pero más frívolo que inteligente, pues el desgraciado se cogió los dedos en el cepo. Todas estas cosas tan tontas, de las que casi me avergüenzo yo misma, tienen, sin embargo, una aprobación general, y no sólo entre el vulgo, sino también entre los que profesan religión.

Y bien, ¿no sucede casi lo mismo cuando las diferentes regiones reclaman como suyo a algún santo particular? A cada uno de estos santos se le atribuyen poderes especiales y se les tributa su culto particular. Y así, uno cura el dolor de muelas, otro asiste a las parturientas, éste devuelve los bienes robados, aquél es propicio en los naufragios, y el de más allá vela por los ganados: y un largo etcétera, que sería imposible enumerar. Hay también santos poderosos en varios aspectos, especialmente la Virgen Madre de Dios, a quien el vulgo ignorante atribuye casi más poderes que a su Hijo[60].

[41] Pero ¿qué es lo que piden estos hombres a sus santos sino cosas parecidas a la insensatez? Entre tantos

[60] *San Cristóbal, santa Bárbara, san Erasmo, san Jorge*: venerados como santos cristianos, sobre una dudosa base histórica y que posteriormente fueron retirados del calendario cristiano; *La hidra de Lerna*: monstruo de siete cabezas del lago de Lerna en Argólida, cabezas que renacían a medida que se las cortaba.

exvotos que cubren las paredes y llegan hasta la bóveda, ¿habéis visto alguna vez un exvoto de acción de gracias por haber escapado a la insensatez, o por haberse hecho un pelo más sabio? Uno salió a salvo a nado. Otro sobrevivió, a pesar de haberlo atravesado una espada enemiga. Otro escapó, con más suerte que valentía, dejando en la lucha a sus compañeros. Otro huyó de la horca cuando ya estaba en alto, gracias a un santo amigo de ladrones, pudiendo así descargar de su peso a personas injustamente cargadas de riquezas. Otro rompió sus grilletes y huyó de la cárcel. Otro venció la fiebre, para indignación del médico. A los que bebieron veneno, les sirvió de purga y no de muerte, quedando frustrada su mujer que en el intento perdió trabajo y dinero. Otro volcó, con su coche, y pudo volver a casa con los caballos ilesos. A otro se le vino la casa encima, y pudo seguir viviendo. Y otro finalmente fue cogido *in fraganti* por un marido, pero se escapó. Nadie da gracias por haberse visto libre de la insensatez.

¡Tan grato es ser sabio, que los mortales prefieren verse libres de todo antes que de la Necedad! Pero ¿a qué me meto yo en este mar de supersticiones?

«*Cien lenguas tuviera yo, / cien bocas y una voz de hierro, / y sería incapaz de explicar todas las formas de necedad. / ¡Imposible dar los nombres de la estulticia!*» *

¡Qué espectáculo tan triste ofrece por doquier la vida de todos los cristianos dominada por esta especie de delirios! Y lo peor es que son los mismos sacerdotes los que los admiten y fomentan, pues no ignoran lo que esto afecta a su bolsillo. Así pues, si en estas circunstancias se levantara uno de esos sabios impertinentes y lanzara al viento lo que es cierto: «*No te condenas, si vives bien; redimirás tus pecados si a tu ofrenda le añades odio a tus malas obras, lágrimas, vigilias, súplicas, ayunos y cambias totalmente de vida; éste o aquél santo será tu protector, si imitas su vida.*» ¿Qué pasaría si tal sabio, repito, se desgañitase con estas y parecidas razones? ¿No arrebataría

* Virgilio: *Eneida,* VI, 625ss. Leve retoque de los versos de Virgilio.

de las almas de los mortales la felicidad, sumiéndolos en confusión?

De la misma cofradía son los que en vida dejan instrucciones tan precisas sobre sus honras fúnebres, que llegan a detallar el número de hachones, túnicas negras, cantores y plañideras que quieren que haya. Se diría que no quieren perderse la contemplación de este espectáculo; o que los muertos se avergüenzan de ellos mismos si su cadáver no es enterrado con pompa. Son algo así como concejales recién nombrados, muy preocupados por los deportes y los banquetes.

[42] He de seguir avanzando, pero no sin antes hacer mención de aquellos que, no diferenciándose en nada de un triste remendón, se hinchan con un vano título de nobleza. Uno remonta su linaje a Eneas, otro a Bruto y un tercero al rey Arturo. Por todas partes hacen ostentación de estatuas o retratos de sus mayores. Repiten los nombres de bisabuelos y tatarabuelos y recuerdan constantemente antiguos apellidos, aunque ellos tengan algo parecido a estatuas mudas de antepasados de que hacen ostentación, o incluso estén en peor estado. Y con todo, van por la vida felices, merced a esa dulce Filautía o amor propio. Incluso hay necios que miran a esta especie de brutos como a dioses.

Pero, ¿por qué me detengo a hablar de estos tipos de necedad, como si no hubiera en todas partes personas a quienes hace felicísimos esta Filautía? ¿No es éste más feo que un mono, y sin embargo se cree un Nireo? * Hay quien se cree un Euclides porque sabe trazar tres líneas con el compás. Y ese *«asno con flauta»*, que tiene una voz peor que la gallina cuando la corteja el gallo, está seguro de ser otro Hermógenes **.

Hay, empero, otro tipo de insensatez, que es con mucho la más placentera, y que consiste en vanagloriarse de cualquier dote que se posee sin más motivo que ser dueño

* Juvenal: II, 90-91.
** Horacio, *Sátiras,* I, 3, 120.

de ella. Un ejemplo de ello lo tenemos en aquel rico dos veces feliz de que nos habla Séneca. Este hombre, cuando quería contar una historieta, apostaba a siervos para que le susurrasen las palabras. Tan apocado era que no habría dudado en hacerlos bajar a la palestra para que le defendieran, ya que sólo vivía confiado en los siervos robustos que tenía en casa. Pues ¿qué he de decir de los que cultivan las artes? Cada uno de ellos tiene su forma particular de amor propio, de modo que sería más fácil encontrar quien renunciase a la herencia paterna que ceder un adarme en su fama de ingenioso. Esto pasa sobre todo entre actores, cantores, oradores y poetas: cuanto más ignorantes son, más descarada es su autocomplacencia, más autobombo y engreimiento presentan. Y siempre encuentran lamentos de la misma calaña, de forma que el más inepto es el que más admiradores tiene. Sabido es que cuanto peor es una cosa más atrae a la muchedumbre, ya que —como dijimos— la mayoría de los mortales es propensa a la estupidez. Resumiendo: si el artista menos dotado es el más satisfecho de sí mismo y el que mayor admiración suscita, ¿por qué habría de preferir la verdadera sabiduría, que supone de entrada un mayor esfuerzo, que le hace retraído y tímido, y finalmente le proporciona menos admiradores? [61]

[43] Estoy convencido de que la naturaleza ha dotado también a naciones y ciudades de cierto Amor Propio comunitario, como lo ha hecho con cada uno de los mortales. Así, los británicos se arrogan la exclusiva de la belleza, la música y la buena mesa. Los escoceses se enorgullecen de su nobleza, de su entronque con reyes y de su

[61] *Eneas*: Héroe de Troya y fundador del pueblo e Imperio de Roma; *Bruto*: cónsul romano que expulsó a los reyes etruscos de Roma fundando así la república (509 a.C.); *Nireo*: amigo de Baco, muerto por sus compañeros ebrios y llevado por Júpiter al cielo; *Euclides*: gran geómetra del siglo IV a.C.; *Hermógenes*: cantor protegido por Augusto; *Aquel rico dos veces feliz*: hombre de mala memoria, llamado Calvisius Sabinus, de que nos habla Séneca, *Epístolas,* XXVII, 5.

sutileza dialéctica; los franceses se precian de sus buenas maneras, y los parisienses por encima de toda otra alabanza, prefieren la gloria de la ciencia teológica. Los italianos se reservan el gusto por las artes y la elocuencia. Todos ellos se complacen con este título, considerándose como los únicos mortales que no son bárbaros. En esta autocomplacencia ocupan el primer puesto los romanos, que siguen soñando dulcemente en la vieja Roma; por su parte, los vénetos son felices con la fama de su nobleza. Y los griegos, creadores que fueron de las artes y ciencias, se creen todavía acreedores a la vieja gloria de sus héroes. Mientras tanto, los turcos, y toda esa basura de bárbaros, se consideran los portaestandartes de la religión, riéndose de los cristianos como de supersticiosos. Los judíos siguen esperando todavía con suma complacencia a su Mesías, fanáticamente aferrados a su Moisés hasta hoy. Los españoles no admiten rival en la gloria militar, y los alemanes se jactan de su porte y de su conocimiento de la magia.

[44] Sin que yo descienda a detalles, pienso que comprendéis la gran satisfacción que produce el Amor Propio a todos y cada uno de los hombres. Lo mismo sucede con la Adulación, su prima hermana, pues el Amor propio no es más que autolisonja, y si esto se hace con otro se torna Adulación.

Hoy día adular se considera una infamia, si bien sólo piensan así los que se fijan más en las palabras que en los hechos. Creen que la adulación se compadece mal con la fidelidad; cambiarían, no obstante, de opinión, con sólo observar el ejemplo de ciertos animales. ¿Hay algo más adulador que un perro? ¿Y quién más fiel que él? ¿Qué más insinuante que una ardilla? ¿Y quién más amigo del hombre? A no ser que se piense que los fieros leones, los tigres crueles y los temibles leopardos sean más afines a la naturaleza humana.

Existe, no obstante, un tipo de adulación nefasta, de la que se sirven ciertos malvados y burlones para llevar la ruina a incautos. Mi adulación, en cambio, nace de un corazón simple y candoroso, y está mucho más cerca de la virtud que esa aspereza crítica a la que se opone y que, según Horacio *, resulta molesta y descortés. La mía levanta los ánimos abatidos, alegra a los tristes, estimula a los débiles, despabila a los no avisados, alienta a los enfermos, apacigua a los iracundos, concilia y mantiene los afectos. Es un aliciente para que los niños aprendan las letras; alegra a los ancianos; aconseja y orienta a los príncipes, que no se sienten ofendidos por la alabanza. Consigue, en suma, que cada uno se acepte y tenga una mayor estima de sí mismo, que es la base de la felicidad. ¿Puede haber algo más estimulante que el mutuo rascarse de dos mulos? Eso sin hablar del papel de la adulación en la elocuencia más celebrada; y de su protagonismo en medicina y poesía. Lo diré brevemente: es miel y sazón de toda convivencia humana.

[45] La gente cree que equivocarse es una desgracia; pero es mucho mayor, no equivocarse. Yerran por tanto, de medio a medio los que piensan que la felicidad del hombre radica en las cosas. Más bien depende de la opinión que se tenga de ellas. Tan grande es la oscuridad y tanta la variedad de las cosas humanas que nada claro podemos conocer de ellas, como bien dijeron ya los de la Academia, filósofos los menos pretenciosos, por cierto. Y si algo llega a saberse, no raras veces choca con la alegría de la vida. En definitiva, el espíritu del hombre está hecho de tal manera que capta mejor la apariencia que la realidad. Si alguien quiere una prueba de esto que digo, que vaya a la iglesia a la hora del sermón: todos dormitan, bostezan y se aburren si se expone algo serio. Pero si el que grita (perdón, quería decir el orador) comienza, como es costumbre, con una historieta de viejas, se despabilan, atienden y escuchan boquiabiertos. Lo mismo sucede cuando se festeja a un santo legendario, creado por la poesía —valga como ejemplo, san Jorge, san Cristóbal, santa Bárbara. Advertiréis que se les venera con

* *Epístolas,* I, 18, 6.

más devoción que a san Pedro o san Pablo, o que al mismo Cristo. Pero no es el momento para hablar de estas cosas[62].

Veis, pues, ¡qué fácil es llegar a esta felicidad! En cambio, cuántos esfuerzos para hacerse con las cosas reales, aunque sean sin importancia, como la gramática. Por otra parte, ¡qué fácilmente se forma una opinión, y con qué facilidad, si no mejor, nos lleva! Suponed que alguien come salazones podridos que le saben a gloria, y cuyo olor es insoportable a los demás. ¿Le impide esto último sentirse feliz? Por el contrario: ¿De qué le sirve comer esturión si le produce náuseas? Si un marido tiene una mujer horrorosamente fea pero que a sus ojos puede rivalizar con Venus, ¿no es como si fuera realmente hermosa? Si alguien se extasía ante una tabla enbadurnada de rojo y amarillo, persuadido de que ha sido pintada por Apeles o Ceuxis, ¿no es acaso más feliz que quien ha pagado un alto precio por una obra de un artista famoso, cuya contemplación le produce menor placer?

Conozco a un tocayo mío que cuando se casó regaló a su novia perlas falsas. Como buen bromista que era, la convenció de que no sólo eran gemas auténticas, sino que su precio era único e incalculable. Pues bien, pregunto yo, si la joven esposa deleitaba su vista y su espíritu contemplando esos cristales, considerándolos y guardándolos como un tesoro, ¿podía importarle algo que no fuesen auténticos? Por su parte el marido evitaba gastos, se divertía con el engaño de su mujer, a la que creía tan rendida como si le hubiera regalado joyas espléndidas.

¿Qué diferencia hay, según esto, entre los que desde dentro de la cueva de Platón * se maravillan de las sombras y figuras de diversos objetos proyectados en la pared

62 ¿La locura-estulticia llegará a afirmar que la apariencia es mucho mejor que la realidad? ¿Es mejor vivir en la apariencia que en la realidad? ¿No es la realidad la que entristece la vida? *San Jorge, San Cristóbal, Santa Bárbara* (véase nota 60): estos santos legendarios, creados por la poesía, hacen que la apariencia religiosa sea mejor que la realidad.

* República, VII.

—sin querer ni jactarse de nada, y con tal de que estén contentos y no sepan lo que les falta— y el filósofo, que fuera ya de la caverna, contempla las cosas como son? Si el Micilo lucianesco hubiera podido soñar y mantener para siempre el sueño dorado de que era rico, no habría tenido motivo para desear otra felicidad. No hay, pues, opción entre las dos situaciones y si la hay, es a favor de los tontos. En primer lugar, porque no les cuesta casi nada —una simple persuasión— y después porque es una felicidad compartida con la mayoría de la gente.

[46] Pues habéis de saber que no hay goce alguno de las cosas si no se comparten con otros. Ahora bien, todos sabemos la escasez de sabios, si es que de verdad existe alguno. Después de tantos siglos, los griegos sólo pudieron contar siete, y si examinamos con más detenimiento, me atrevería a jurar que no encontraríamos ni medio sabio, e incluso ni un tercio de sabio. Por ello sin duda, la principal de las muchas alabanzas de Baco es su capacidad de quitar por poco tiempo las penas del alma. Según la expresión vulgar, una vez dormida la mona, las preocupaciones vuelven como traídas a galope. ¿No es acaso mi favor mucho más generoso y eficaz? Yo lleno a rebosar el alma de una embriaguez de placeres, delicias y éxtasis, sin mezcla de interés alguno. Y no consiento que ningún mortal se vea privado de mi generosidad, mientras que los demás dioses siempre tienen sus favoritos. No en todas partes se da ese vino generoso y suave que mata las penas y que suscita prometedoras esperanzas. A pocos favorece Venus con su hermosura, y a muchos menos les dota Mercurio * de su elocuencia. No muchos deben su riqueza a Hércules, ni el Júpiter homérico entrega su poder a cualquiera. Con mucha frecuencia, Marte permanece neutral en las batallas, y gran número de personas vuelven desconsoladas del oráculo de Apolo. Muy a menudo Saturno fulmina con su rayo, y Febo lanza la peste en sus flechas. ** Neptuno mata más vidas que conserva. Sin

* Horacio: *Odas,* I, 10, 3.

** Alusión a *Ilíada,* I.

recordar a esos Vejoves * infernales, Plutones, Atés **, Penas y Fiebres *** malignas que más que dioses son matarifes. Yo, la Estulticia, soy la única que abrazo a todos por igual con mi generosidad siempre a punto [63].

[47] Yo no estoy a la espera de promesas, ni monto en cólera exigiendo expiación por algún detalle olvidado en las ceremonias. Ni revuelvo Roma con Santiago si alguien invita a todos los dioses, dejándome sola en casa, sin permitirme meter la nariz en el olorcillo de las víctimas. Tan quisquillosos son los demás dioses en achaque de detalles, que es preferible y más seguro dejarlos solos que darles culto. Se parecen a esos hombres tan difíciles de contentar, y que tan fácilmente se ofenden, que es mejor dejarlos a un lado que ser sus amigos.

Pero se dirá: nadie ofrece sacrificios a la Insensatez, ni le dedica templos. Bien, me sorprende tal ingratitud, como acabo de decir, pero lo paso por alto, y lo considero un bien. ¿Es que puedo yo desear ese bien? ¿Podría yo exigir un gramo de incienso, un pan, un macho cabrío o un cerdo? Todos los hombres de todas las partes del mundo me tributan ese alto culto que los teólogos califican como el mejor. ¿Por qué habría de envidiar a Diana cuando es aplacada con sangre humana? ****/Yo estoy convencida de que por doquier soy venerada con la devoción más sincera, ya que todos los hombres me llevan en sus corazones, me manifiestan en sus costumbres y me imitan en su vida. Esta clase de culto no se da ni a los santos, ni es frecuente siquiera entre los cristianos. Piensa, por ejemplo, en la multitud de cristianos que ponen una vela a la Virgen, Madre de Dios —incluso a mediodía, cuando no

[63] Los poderes de la estulticia —locura— son superiores a los mismos dioses. Por otra parte, la estulticia no necesita santuarios, ni velas, porque todos los hombres le dan culto.

* Ovidio: *Fastos,* III, 429ss.

** *Ilíada,* IX, 504.

*** Plinio: *Historia Natural,* II, 5.

**** Ovidio: *Pónticas,* III, 2, 53; *Tristes,* IV, 4, 63; *Metamorfosis,* XV, 489.

se necesita—. ¿Has visto a muchos de ellos que traten de imitar su castidad, su modestia y su amor a las cosas celestiales? Y, sin embargo, éste sería con mucho el culto verdadero, y el más grato al cielo. ¿Por qué habría yo de desear tener dedicado un templo si todo el universo es para mí, si no me engaño, un templo hermosísimo? No me faltarán sacerdotes, si no faltan hombres. Ni soy tan tonta como para exigir que se me levanten imágenes esculpidas en piedra o pintadas de colores; pues podrían perjudicarnos —la gente es tan torpe y lerda que adora a las representaciones en lugar de los dioses mismos. Podría verme desbancada como aquellos que son suplantados por sus mismos sustitutos. Pienso que tengo tantas estatuas erigidas cuantos son los hombres que llevan en su cara mi imagen, aunque no lo quieran. No tengo, pues, por qué envidiar a los demás dioses, por ser venerados en algún rincón de la tierra y en determinados días, como, por ejemplo, Febo en Rodas, Venus en Chipre, Juno en Argos, Minerva en Atenas, Júpiter en el Olimpo, Neptuno en Tarento y Príapo en Lampsaco. ¡A mí todo el mundo me ofrece constantemente víctimas mucho más valiosas! [64]

[48] Si alguien piensa que lo que digo es una fanfarronada que no se ajusta a la verdad, le ruego que observe la misma vida de los hombres. Entonces se verá claro lo mucho que me deben, y cuánto me aprecian grandes y pequeños. No vamos a entrar en los detalles de toda clase de vidas, puesto que no acabaríamos nunca, pero sí elegiremos algunas de más relieve que nos permitan juzgar el resto. ¿Tiene algún provecho reparar la vida del vulgo y de la plebe cuando todo el mundo sabe que me pertenecen? ¡Qué de insensateces hay en él, y cuántas inventa

[64] La lectura provechosa del *Elogio de la locura* supone un conocimiento de la historia, la mitología y la religión grecorromana. Erasmo estaba convencido del ejemplarismo de la historia antigua sobre todos nosotros. Adviértase la erudición erasmiana, aquí y en otros lugares de toda la obra, sobre la antigüedad clásica.

todos los días! De modo que ni mil Demócritos serían bastantes para ridiculizarlas todas ellas, siendo necesario otro Demócrito para poner en solfa a los demás. Es increíble la risa, divertimento y bromas que estos hombrecillos proporcionan a los dioses. Estos pasan las sobrias horas de la mañana en discusiones y altercados así como oyendo las súplicas. Pero cuando el néctar se va apoderando de ellos, y no les deja pensar en ningún asunto serio, se sientan en la parte más alta del cielo, y desde allí se inclinan para mirar lo que hacen los humanos. Este espectáculo les encanta. ¡Cielos!, ¿puede haber mayor farsa y más variada turbamulta de necios? Pues yo misma me siento entre el coro de dioses de los poetas.

Veo cómo ese hombre se pierde por una mujercilla que cuanto más es amada más desdén le ofrece. Este se casa con una dote, no con una mujer. Aquel prostituye a su propia esposa. Otro acecha más celoso que Argos. ¿No veis las cosas que dice y hace éste en el duelo? Se diría que es un maestro de histriones en un papel de duelo. Este llora ante la tumba de su madrastra. Y echa al vientre todo lo que puede juntar, aunque al día siguiente se muera de hambre. Otro cree que es mucho más feliz durmiendo y no haciendo nada. Los hay que no cesan de ocuparse de los asuntos ajenos y no se cuidan para nada de los suyos. Otros son manirrotos con el dinero prestado y se creen ricos con créditos ajenos. Este no tiene otra dicha que vivir como pobre para enriquecer a un heredero. Aquel otro con tal de conseguir un mísero e incierto lucro, se lanza a todos los mares, confiando a las olas y al viento una vida que ningún dinero podría rescatar. Este a su vez prefiere probar suerte en la guerra a vivir tranquilo y seguro en casa. Los hay que se imaginan que el modo más cómodo y rápido de hacerse ricos es captar la voluntad de los viejos. Y no faltan quienes creen conseguir lo mismo pasando todo el día cortejando a las viejecitas beatas. Los dioses se lo pasan en grande cuando ven que unos y otros acaban siendo astutamente burlados por aquellos que habían intentado engañar.

Los comerciantes forman la clase más estúpida y rastrera, no sólo porque manejan los asuntos más sórdidos, sino también por el modo miserable de hacerlo: mienten, perjuran, roban, defraudan, abusan. Y todavía se creen por encima de todos por el simple hecho de unir anillos de oro en los dedos. Y ni siquiera les faltan frailecillos zalameros que les alaben y les llamen «honorables» en público, esperando obtener una partecita de sus mal adquiridos bienes.

En otras partes verás a ciertos pitagóricos de esos que creen que todo es de todos, hasta el extremo de echar el guante a todo lo que lo que no está bien guardado. Sin escrúpulo de conciencia, se lo hacen suyo, como si lo hubieran heredado. Y hay quienes sólo son ricos de deseo, viven de dorados sueños y con ellos se sienten felices. Otros gozan porque se les tiene por ricos fuera de casa y en ella se mueren de hambre. Este se apresura a fundir cuanto tiene, mientras otro barre para casa como sea (por las buenas o por las malas). Este candidato va buscando los aplausos del pueblo y a aquél sólo le gusta el fuego del hogar. Muchos se embarcan en pleitos interminables, donde ambos contendientes luchan encarnizadamente para acabar enriqueciendo a un juez ducho en dilaciones y a un abogado en connivencia con la parte contraria. Este está tramando la revolución, aquél es un megalómano. Hay quien peregrina a Jerusalén, Roma o Santiago, donde no se les ha perdido nada, y dejan abandonados en casa a su mujer e hijos.

En suma, si como antaño Menipo, * pudieras ver desde la Luna el tejemaneje que se traen los mortales, creerías estar viendo un enjambre de moscas y mosquitos que pelean entre sí, se hacen la guerra, se ponen emboscadas, se roban, bromean, lujurian, nacen, decaen y mueren. Es difícil creer el alboroto y la tragedia que puede provocar este animalito, de vida tan corta. A veces una simple gue-

---

* Luciano: *Icaromenipo.*

rra o una peste puede llevarse o acabar en un instante con miles de criaturas [65].

[49] Sería estúpida yo misma, y merecedora de grandes carcajadas por parte de Demócrito, si ahora me detuviera a examinar todas las formas de insensatez y de locura del pueblo. Me limitaré a esa clase de mortales que aparentan ser sabios, y que según se dice, van en busca de los laureles, ramo dorado. Comenzaré por los gramáticos, que serían la clase de hombres más calamitosa, más deprimida y más molesta a los dioses, si yo no mitigase las desdichas de tan sórdida profesión con una dulce locura. Pues no sólo son víctimas de las *cinco furias,* es decir, de las cinco maldiciones mencionadas en el epigrama griego, sino de seiscientas. Siempre se les ve famélicos y llenos de harapos en su escuelas, escuelas que no merecen tal nombre, sería mejor decir *pensatorios* *, ergástulos y salas de tortura. Metidos entre el rebaño de los muchachos envejecen prematuramente por el trabajo, se quedan sordos del griterío, y se consumen entre el hedor y la suciedad. Pero gracias a mí, son a sus ojos los más eminentes de los hombres. Satisfechos de sí mismos aterran a la turba de chiquillos con voz y cara amenazadora; abren las carnes de los desdichados muchachos con palmas, vergas o látigos, desfogando su furia a placer y de mil modos, a ejemplo del asno de Cumas. Mientras tanto, la mugre que les invade es pura limpieza, los pedos les huelen a mejorana,

[65] El conjunto de temas y personajes —dioses, maridos infieles, avaros, celosos, manirrotos, comerciantes, etc.— está sacado del diálogo de Luciano, traducido por Erasmo, *Icaromenipo*; otros están tomados de Juvenal, Persio y Horacio.

Mil demócritos: Demócrito era considerado en la antigüedad como el filósofo que se ríe de la condición y locura humana. *Ciertos pitagóricos*: parece claro que algunas comunidades de filósofos pitagóricos sostenían la comunidad de bienes, idea también base de la *Utopía* de Moro. *Menipo*: protagonista del diálogo *Icaromenipo* de Luciano, que desde el cielo vigila sobre la conducta de los dioses y su visión de los hombres.

* Aristófanes: *Las Nubes.*

su miserable servidumbre la consideran un reino, cuya tiranía de ningún modo querrían cambiar por el imperio de Falarides o de Dionisio.

Son mucho más felices todavía si están convencidos de la novedad de sus métodos. Aunque llenen la cabeza de los muchachos de puras extravagancias, ¡por todos los dioses!, que ni el mismo Palemón, ni Donato son nada en su comparación. Y me maravilla cómo se las arreglan para que a madrecitas estúpidas y padres idiotas se les aparezcan tal cual ellos se presentan.

A todos estos debemos añadir otra clase de placer. No caben dentro de sí cuando uno de ellos logra descubrir en un pergamino empolvado el nombre de la madre de Anquises. O cuando dan con una palabreja que no conoce el vulgo, como *bubsequa, bovinator,* o *manticulator* —boyero, tergiversador, descuidero de bolsos— o si consiguen desenterrar un resto de piedra antigua con alguna inscripción mutilada. ¡Oh Júpiter! ... ¡qué saltos, que triunfo, qué alabanzas!, como si hubieran descubierto Africa o tomado Babilonia. Pues, y ¿qué decir cuando van dando a conocer sus versos sin inspiración y sin gracia, para los que siempre encuentran admiradores? Están firmemente convencidos que el espíritu de Virgilio anida en su pecho. Pero nada tan divertido como verles alabarse y admirarse, rascándose mutuamente. Pero si alguno de ellos se desliza en una palabreja, y otro más agudo de vista la caza al vuelo, entonces, no quieras saber qué de tragedias, polémicas, insultos y palabrotas furibundos arman. ¡Venga sobre mí toda la ira de los gramáticos si en algo miento!

Sé de cierto hombre, ya entrado en los sesenta, una *eminencia* en griego, latín, matemáticas, filósofo, médico, *sin rival en todas estas cosas,* que al margen de todo, hace ya más de veinte años estruja su mollera y se atormenta con el estudio de la gramática. Pues bien, según me dice, sería feliz si pudiera vivir hasta establecer con certeza la distinción entre las ocho partes de la oración, algo que ni escritores griegos ni latinos lograron hacer de forma definitiva. Confundir una conjunción con un adverbio les parece un caso de guerra. Y por si fuera poco, como hay

tantas gramáticas como gramáticos —yo diría que más, pues sólo mi querido amigo Aldo ha editado más de cinco—, nuestro hombre no deja pasar ninguna por bárbara y oscura que sea, sin examinarla de cabo a rabo.

A todos mira con recelo —caso de estar preparando algún trabajo en este campo, aunque sea muy inepto—, pues teme que alguien se le adelante y le arrebate la gloria, y queden así inutilizados sus muchos años de trabajo.

¿Cómo preferís llamarlo, locura o insensatez? Me importa poco, si admitís que se me debe a mí, sólo a mí, que el más desgraciado de los animales llegue a una dicha tal que no desee cambiar su suerte con los reyes de Persia [66].

[50] Menos aún me deben las poetas, si bien por definición, están dentro de mi bando. Son espíritus libres, como dicen, que no viven más que para halagar los oídos de los tontos, con frivolidades y fábulas necias. Es admirable ver cómo, confiados en sus versos se prometen a sí mismos la inmortalidad, y una vida semejante a la de los dioses, y así lo prometen también a otros. El *Amor propio* y la *Adulación* son sus amigos particulares más que de ningún otro. Y ninguna otra clase de hombres me honra con más sinceridad y constancia.

Vienen luego los retóricos. De ellos diré que aunque algunos prevarican un tanto para acercarse a los filósofos, los considero también míos. Valga el hecho, entre muchos, de que entre tantas tonterías como han escrito se encuentran las reglas precisas para hacer reír. La estulticia aparece entre las formas de hacer reír, en ese autor, sea cual fuera su nombre, que dedicó su tratado de retórica a Herennio. * Y Quintiliano, ** príncipe excelso de los retóricos, dedica un capítulo a la risa más largo que la Iliada. Dan tanta importanca a la estulticia, porque con frecuencia la risa echa por tierra lo que una serie de argumentos no pudo conseguir. Y nadie negará que despertar una carcajada con chistes no tiene arte, ni tiene que ver con la estupidez.

De la misma cuerda son los que buscan fama imperecedera escribiendo libros. Son mis grandes deudores, sobre todo los que emborronan sus cuartillas de tonterías. Esos escritores que emplean su erudición escribiendo para una minoría ilustrada y que además están pendientes del juicio de Persio o de Lelio ***, me parecen más dignos de lástima que afortunados, ya que viven en constante tortura: añaden, transforman, suprimen, vuelven a poner, rehacen, aclaran, lo enseñan a los amigos, lo liman durante nueve años y nunca están satisfechos. Y todo para poder recibir una alabanza, como premio; alabanza, además, de muy pocos, y a costa de vigilias, del sueño —la más dulce de las cosas—, de fatigas, sudores y sinsabores sin cuento. Añádase a esto el desgaste de la salud, el quebranto del cuerpo, las legañas e incluso la ceguera, la pobreza, la envidia, la privación de placeres, la vejez prematura, la muerte temprana y cualquier otro tipo de calamidad. De todo esto se da por muy bien compensado nuestro hombre si consigue la aprobación de algún que otro erudito legañoso.

Por el contrario, el escritor que es de mi cuerda, es tanto más feliz cuantos más disparates dice. Escribe todo lo que le viene a la cabeza, sin detenerse a pensarlo, hasta sus mismos sueños, sin más gasto que un poco de papel. Sabe muy bien que cuantas mayores banalidades diga, mayor será la aceptación por parte de la mayoría, es decir,

---

[66] La crítica severísima que en el c. 59 se hace de los gramáticos está tomada de Juvenal, *Sátira,* 7.

Cinco furias: alusión al epigrama de la *Antología Palatina,* IX, 173, en que se encuentran las cinco maldiciones, tomadas de los primeros versos de la *Iliada* (*ira funesta, infinitos males,* etc.),*Asno de Cumas*: alusión a la fábula de Esopo del asno con piel de león; *Dionisio*: famoso tirano de Siracusa; *Palemón*: gramático romano que escribió el primer tratado de gramática; *Donato* (siglo IV d.C.): su texto pasó a ser modelo de retórica en la Edad Media; *Aldo*: famoso impresor y humanista veneciano que abrió una imprenta en 1485 y que fue editor de algunas obras de Erasmo.

* *Ad Herennium,* I, 6, 10.

** *De Institutione Oratoria,* VIII, c. 3.

*** Cicerón: *De Oratore,* II, 6, 25.

de ignorantes y necios. ¿Qué importa que tres de esos sabios condenen su obra si es que llegan a leerla? ¿O vale más el voto favorable de tres sabios que el clamor de la muchedumbre?

Dan muestras de buen humor los que publican como propios los escritos ajenos, y con unos pocos cambios de palabras roban para sí la fama que otro trató de adquirir con tanto trabajo. Se convencen a sí mismos con la idea de que, aún cuando sean delatados como plagiarios, se lucrarán, al menos durante algún tiempo de la usura. Es una gozada observar cómo se contonean cuando alguien del vulgo los alaba o cuando alguien les señala con el dedo, diciendo: «Fijaos: es él, ¡qué gran hombre!» O cuando sus obras aparecen en los escaparates y cuando, en fin, al frente de cada página se leen tres nombres, sobre todo si son extravagantes y rayanos en lo mágico. ¿Qué es todo esto, Dios inmortal, sino pura palabrería? Si se considera la extensión del mundo, son muy pocos los que van a conocerlos, y menos aún los que los alaban, lo que demuestra el distinto paladar de los ignorantes. ¿Qué decir cuando tales nombres son inventados o están tomados de libros antiguos? A uno le gusta llamarse Telémaco, a otro Esténelo *, o Laertes **; éste, prefiere Polícrates, y aquél, Trasímaco. Así que da lo mismo que su autor se llame Camaleón o Calabaza, o si prefieren, según el estilo de los filósofos, Alfa o Beta.

Y lo más divertido de todo es el intercambio de cartas, versos y elogios mutuos, en los que se alaban de necio a necio, de pedante a pedante. A tiene a B por encima de Alceo; B cree que A es más que Calímaco. *** B piensa que A es superior a Marco Tulio Cicerón, por eso A tiene a B por más sabio que Platón. Y a veces se buscan un contrincante, que les permita rivalizar con él, y así aumentar su fama. De este modo: *el vulgo vacilante se dispersa entre opiniones diversas* ****, hasta bien terminada la hazaña; ambos generales se retiran victoriosos a celebrar su triunfo. Los sabios se ríen de sandeces como ésta. ¿O no es una sandez? Pero mientras tanto hago que la gente viva una vida tan feliz que no cambiarían sus triunfos por la gloria de los Escipiones. Los mismos sabios que tanto se ríen y disfrutan con la insensatez ajena, tienen que confesar lo mucho que me deben a mí, si no quieren ser los más desagradecidos de los hombres [67].

* *Ilíada,* II, 564.
** *Ilíada,* XXIII, 511.
*** Horacio: *Epístolas,* II, 99.
**** Virgilio: *Eneida,* II, 39.

[51] Los abogados reclaman para sí el primer puesto entre la gente culta. Ninguna otra clase está más satisfecha de sí misma. No cesan de dar vueltas a la roca de Sísifo, ordenando más de seiscientas leyes con el mismo espíritu sin importarles si sirven para algo. Y viven amontonando glosa tras glosa. Y una opinión sobre otra, como para dar a entender que su profesión es la más difícil de todas. A sus ojos, todo aquello que ofrece alguna dificultad o molestia es distiniguido.

Añadamos a estos el grupo de sofistas y dialécticos, gente más locuaz y escandalosa que los bronces de Dodona, capaces, cada uno de ellos, de competir en garrulería con veinte mujeres escogidas. Mejor les iría si a la charlatanería no añadieran un espíritu pendenciero. Son capaces de venirse a las manos por cosas tan nimias como el pelo de cabra *, perdiendo en el ardor de la refriega el hilo de la verdad. Pero también a éstos les hace felices su amor propio. Con tres silogismos son capaces de contender desaforadamente contra cualquiera y sobre cual-

67 Poetas, retóricos y escritores son el tema de este capítulo zurcido con frases y alusiones de Horacio, Luciano, Cicerón y otros. *Quintiliano*: retórico de finales del siglo I d.C. que escribió la *Institutio Oratoria*; *Persio o Lelio*: personajes tomados del *Oratore*, de Cicerón, considerados como el prototipo del sabio (Persio) y el no tan sabio (Lelio); *Qué gran hombre*: Horacio, *Odas*, 4, 3, 21-23); *Tres nombres*: uso romano de tres nombres; *Telémaco*: hijo de Ulises; *Esténelo*: compañero de Diómedes en la Ilíada; *Laertes*: padre de Ulises; *Polícrates y Trasímaco*: filósofos sofistas; *Alceo y Calímaco*: poetas líricos griegos; *El vulgo vacilante*: Virgilio, *Eneida*, II, 39.

* Horacio: *Epístolas,* I, 18, 15.

quier tema. *Estentor* que se les opusiera, su pertinacia les haría invictos [68].

[52] Vienen a continuación los filósofos, hombres venerables por su barba y su capa, que proclaman que sólo ellos saben, viendo a los demás mortales como sombras volantes. La suya es una deliciosa forma de locura, que les lanza a crear infinitos mundos y a medir el sol, la luna y las estrellas y el universo como con el dedo y con una guita. Sin dudarlo un momento se pronuncian sobre las causas del rayo, del viento, de los eclipses y demás fenómenos inexplicables, como si tuviesen acceso a los secretos de la naturaleza, arquitecto del mundo, o como si acabaran de bajar del consejo de los dioses. La naturaleza, en tanto, se ríe a carcajadas de ellos y de sus conjeturas. Lo cierto es que no saben nada con certeza, y buena prueba de ello es la interminable contienda entre ellos sobre cualquier tema. No saben nada, aunque proclamen que lo saben todo: se desconocen a sí mismos y no ven siquiera la fosa abierta a sus pies, ni la roca con que puedan tropezar, sea porque están cegatos, sea porque tienen la cabeza a pájaros. A pesar de ello, se pavonean de poder captar las ideas, los universales, las abstracciones, la materia prima, la *esencia (quiddidad)*, la individualidad *(ecceidad)*, y cosas tan sutiles que, a mi juicio, no podría percibir el mismo Linceo.

El desprecio al vulgo llega al colmo cuando tras trazar triángulos, cuadriláteros, círculos y otras figuras matemáticas, amontonados unos sobre otros y arremolinados en una especie de laberinto, despliegan en línea todo el ejército de letras del alfabeto, volviéndolas luego a colocar en filas más cerradas, como queriendo echar polvo a los ojos de los más ignorantes. No faltan tampoco los que predicen el futuro consultando a las estrellas, prometiendo milagros, más que maravillosos. ¡Y tienen la suerte de encontrar todavía gente que los crea! [69]

[53] Mejor fuera pasar por alto a los teólogos, y *no agitar esa charca, ni tocar esa hierba pestilente*. Gente tan puntillosa e irritable pudiera caer sobre mí en tromba con seiscientas conclusiones, obligándome a cantar la palinodia, y caso de negarme, me llamaría a voces hereje. Pues con este sambenito suelen aterrorizar a aquéllos que no les son propicios. Ciertamente, no hay nadie que reconozca con menos agrado mis favores, aunque también ellos me estén obligados por diversos títulos nada despreciables. Sobre todo y principalmente porque su amor propio les hace vivir felices como en un tercer cielo, permitiéndoles mirar desde arriba al resto de los mortales como ovejas que se arrastran por el suelo, despreciándolos y compadeciéndose de ellos. Están tan pertrechados de definiciones escolásticas, conclusiones, corolarios, proposiciones explícitas e implícitas, conocen tan bien todos los *subterfugios*, que ni las mismas redes de Vulcano serían capaces de atraparlos. A fuerza de distingos lograrían burlarlas, cortando los nudos mejor que el hacha de dos filos de Ténedos. ¡Así de provistos están de neologismos y de términos misteriosos!

Además no se paran en barras hasta querer explicar los misterios más arcanos: cómo, por qué y para qué fue creado el mundo; por qué canales se filtró a la posteridad el pecado original; por qué medios, en qué medida y durante cuánto tiempo se formó el cuerpo de Cristo en el vientre de la Virgen; y finalmente cómo pueden subsistir los acci-

[68] Otro de los personajes sobre los que estulticia derrama su gracia son los abogados. Compárese con el tratamiento que hace del tema *Utopía*, ed. cit., pág. 97.

Roca de Sísifo: Sísifo fue condenado a subir una roca a la cima de la montaña para volver a caer de nuevo una vez llegado a la cima; *Bronces de Dodona*: Dodona, lugar de un oráculo de Júpiter en que los sacerdotes interpretaban el son o tintineo de las ollas de bronce en el aire, suspendidas de un árbol; *Estentor*, heraldo griego, cuya voz superaba a la de cincuenta hombres, *Ilíada*, V, 785.

[69] Tema preferido en la crítica de los humanistas fue la escolástica y los escolásticos.

Quiddidades: es la esencia o naturaleza de entes reales o posibles; *Ecceidades*: término de la filosofía escotista que interpreta la naturaleza individual y concreta de las cosas.

dentes sin la sustancia en la Eucaristía. Pero esto es pan comido. Hay otros temas sólo dignos de grandes teólogos, que ellos llaman «iluminados», y que cuando surgen, les ponen alborotados. Tales son: ¿Hay un instante en la generación divina? ¿Hay varias filiaciones en Cristo? ¿Es posible la proposición: Dios Padre odia al Hijo? ¿Podría Dios haber tomado la forma de mujer, de diablo, de calabaza, de guijarro? En ese caso, ¿de qué manera la calabaza podría haber predicado, hacer milagros y ser crucificada? Si Pedro hubiese consagrado mientras el cuerpo de Cristo estaba en la cruz, ¿qué habría consagrado? Durante ese mismo tiempo: ¿se podría llamar hombre a Cristo? ¿Y después de la resurrección podríamos comer o beber? ¡Tan preocupados están ya de su hambre y sed futuras!

Quedan todavía innumerables *sutilezas,* mucho más refinadas, sobre nociones, relaciones, formalidades, quiddidades, ecceidades, que sólo los ojos de Linceo, cuya mirada percibía entre oscura tiniebla cosas que nunca existieron, podría distinguir. Añádanse a éstas sus «*máximas*», tan *paradójicas,* que las sentencias morales de los estoicos, conocidas vulgarmente como *paradojas,* nos parecen burdos juegos de palabras. Valga como ejemplo la siguiente: «Es un delito menor matar mil hombres que remendar una sola vez el zapato de un pobre en domingo.» Y esta otra: «Es preferible dejar que se hunda el mundo con todo lo que hay en él —según la expresión vulgar— que decir una leve mentirijilla.»

En estas refinadísimas sutilezas, entran en juego los diversos escolásticos. Te resultará más fácil salir del laberinto que del embrollo mental de realistas, nominalistas, tomistas, albertistas, escotistas. Y no he nombrado más que los principales. En todas ellas reina tal erudición y tal complejidad de dificultades que me imagino que los mismos apóstoles necesitarían otra vez del soplo del Espíritu Santo, si tuvieran que discutir hoy sobre estos temas con la nueva generación de teólogos.

San Pablo nos dio, quizás, ejemplo, pero cuando afirma: «Es la fe anticipo de lo que se espera, prueba de realidades que no se ven» *, su definición es poco escolástica. De la misma manera, si su caridad es eminente, se muestra poco dialéctico cuando la define y la divide en la primera a los Corintios, 6.13. Cierto es también que los apóstoles consagraban, con piedad, la Eucaristía, pero preguntados sobre el término *a quo* y el término *ad quem,* sobre la transustanciación, cómo el mismo cuerpo puede estar en lugares diferentes —cuál es la diferencia del cuerpo de Cristo en el cielo, en la cruz y en la Eucaristía—, en qué momento se realiza la transustanciación —pues la oración consecratoria está compuesta de palabras separadas en el tiempo—, no habrían podido responder, a mi juicio, con la misma agudeza que los escotistas cuando disertan y definen estas cosas.

Los apóstoles conocieron a la madre de Jesús, pero ¿se les ocurrió a alguno de ellos demostrar, tan filosóficamente como nuestros teólogos, cómo se vio libre de la mancha de Adán? Pedro recibió las llaves de manos de Aquel que no las hubiera entregado a quien no mereciera su confianza. Ahora bien, dudo que entendiera y menos llegara a captar alguna vez la sutileza que supone disponer de la llave de la ciencia sin poseer la ciencia. Los apóstoles bautizaban por doquier, y no se les ocurrió explicar la causa formal, material, la eficiente y final del bautismo. Tampoco dejaron ninguna mención sobre su carácter deleble e indeleble. Adoraban, es cierto, pero en espíritu y en verdad, según el dicho evangélico: «*Dios es, espíritu. Y los que lo adoran han de dar culto con espíritu y verdad.*» **

Pero no aparece en ningún sitio que les fuese revelado que se deba adorar con igual veneración a una imagencilla mediocre pintada a carbón en la pared que al mismo Cristo, con tal de que tenga dos dedos abiertos, larga cabellera, y una aureola con tres rayos que salen del cogote. ¿Quién que no haya machacado no menos de treinta y

* *Hebreos,* 11, 1.
** San Juan, 4, 24.

seis años estudiando la física y la metafísica de Aristóteles y de Escoto podría reparar en tales detalles?

De modo semejante los apóstoles insisten en la gracia, pero nunca distinguen entre gracia actual y gracia santificante. Exhortan a las buenas obras sin distinguir entre *opus operantis* y *opus operatum.* En todo momento están inculcando la caridad, pero no separan la infusa de la adquirida, ni tampoco explican si es accidente o sustancia, creada o increada. Detestan el pecado, pero, por mi vida, que nunca podrían definir eso que llamamos pecado, si no nos mentalizasen los escotistas. No se me alcanza cómo san Pablo —cuya erudición es exponente de la de todos— pudo condenar los altercados, disputas, genealogías y *logomaquias,* como él mismo las llama, de haber sido versado en tales argucias. * Todas las discusiones y polémicas de su tiempo habría que considerarlas hoy pueblerinas y zafias, comparadas con las sutilezas de nuestros maestros, más agudas que las de Crisipo.

Como personas modestas que son, nuestros teólogos no condenan, sino que tratan de interpretar benévolamente algo que los apóstoles pudieron escribir sin elegancia, poco académico. Y lo hacen, supongo, por la deferencia debida tanto a la antigüedad como al nombre de los apóstoles. Sería injusto pedirles orientaciones sobre temas de los que su mismo maestro no les había hablado ni una palabra. Pero si aparecen semejantes expresiones en el Crisóstomo, Basilio o Jerónimo, apostillan al margen: «Inaceptable».

De la misma manera, los apóstoles refutaron a los filósofos paganos y judíos —obstinados por naturaleza—, pero lo hicieron más con el ejemplo de su vida, y con los milagros, que con silogismos. Nadie, en efecto, de aquellos a quienes se dirigían, hubiera podido meterse en la cabeza ni una de las cuestiones «*Quodlibetanas*» de Escoto. Hoy, en cambio, no hay pagano ni hereje que no ceda inmediatamente ante tan finas sutilezas. A no ser que se trate de gente tan torpe que no pueda entenderlas, o tan

* Carta a Timoteo.

desvergonzada que las silbe, o tan ducha en la esgrima que luche con espadas iguales, como de mago a mago. Y esto sería como tejer y destejer la tela de Penélope.

Pienso que los cristianos obrarían cuerdamente si en lugar de enviar contra turcos y sarracenos esos nutridos ejércitos, que desde un tiempo a esta parte operan con diversa fortuna, mandasen allá, junto a la turba de sofistas, a los gritones escotistas, a los testarudísimos ocamistas y a los invictos albertistas. Os aseguro que presenciarían la lucha más divertida y una victoria nunca vista. ¿A quién, en efecto, por insensible que fuese, no le espolearían sus aguijones? ¿Quién tan estúpido que no reaccione ante sus ataques? ¿Y quién tan lúcido que no se hundiese en sus densísimas tinieblas?

Quizás alguien piense que estoy hablando como en broma. No me extraña, pues entre los mismos teólogos hay personas más doctas que no aguantan lo que ellos llaman frívolas argucias de teólogos. Otros juzgan como una forma de sacrilegio condenable y la peor clase de impiedad hablar de cosas tan santas —más dignas de reverencia que de explicación— con una lengua tan procaz. Tampoco consienten que se las discuta con argumentos profanos propios de gentiles, se las defina con tanta arrogancia y se manche la divina majestad de la teología con términos y principios tan triviales e incluso indignos.

Ellos, sin embargo, siguen satisfechos de sí mismos, aplaudiéndose mutuamente. Ocupados, día y noche, con estas embelesadoras memeces, no les queda ni un momento de ocio para dedicarlo a leer siquiera una vez el Evangelio o las cartas de san Pablo. Y mientras malgastan el tiempo en estas solemnes tonterías de escuela, piensan que sostienen con sus argumentaciones a la Iglesia —que de otro modo se derrumbaría—, lo mismo que según los poetas Atlas sostiene el Universo sobre sus hombros.

Podéis imaginaros finalmente lo felices que son cuando modelan y remodelan según su talante los pasajes más oscuros de la Escritura, como si fueran de cera. Cuando pretenden que sus conclusiones, suscritas de antemano por algunos escolásticos, tengan más peso que las leyes

de Solón y se antepongan a los decretos papeles. O cuando se constituyen a sí mismos jueces del mundo y exigen retractación si algo no cuadra con sus conclusiones explícitas o implícitas. Como si fueran un oráculo, dictaminan: «*Esta proposición es escandalosa; ésta poco reverente; ésta, huele a herejía; ésta, suena mal.*» En conclusión: ni el bautismo, ni el Evangelio, ni Pablo o Pedro, ni san Jerónimo, san Agustín ni el mismo santo Tomás, *el aristotélico por antonomasia*, pueden hacer a un hombre cristiano sin que den su aprobación los bachilleres. ¡Tan sutiles son sus juicios! ¿Quién hubiera pensado, si esos sabios no lo hubieran dicho, que no era cristiano el que pronunciara estas dos frases: «Orinal, apestas», «el orinal apesta»; y éstas: «hervir en una olla» y «hervir la olla»? ¿Quién habría librado a la Iglesia de tan grandes tinieblas de errores —que por otra parte nadie hubiera detectado— si ellos no los hubieran publicado con el sello de las escuelas? Y al hacer esto, ¿no son totalmente, plenamente, felices? Describen al infierno con tantos detalles y tan a lo vivo que se diría han pasado varios años en aquella república. Otras veces dan rienda suelta a su imaginación y fabrican nuevas esferas añadiendo al final una más extensa y hermosa, por si los bienaventurados carecen de espacio para pasear confortablemente, o celebrar un banquete o jugar a la pelota.

Sus cabezas están tan atiborradas e hinchadas con estas y otras mil necedades semejantes, que pienso que ni el mismo cerebro de Júpiter estaba tan grávido cuando pidió el hacha de Vulcano para poder parir a Palas Atenea. No os extrañéis, por tanto, que en las discusiones públicas aparezca su testa cuidadosamente cubierta con el birrete, porque de no hacerlo así les estallaría. Yo misma me suelo reír a menudo de ellos, pues se consideran más teólogos cuanto más bárbaro y sucio es su lenguaje. Barbotan de tal manera que nadie sino un tartamudo puede entenderlos, y llaman «agudeza» lo que el vulgo no llega a entender. Afirman no ser digno de la grandeza de la Escritura someterse a las leyes de la gramática. Privilegio singular el de los teólogos, el de poder hablar incorrectamente,

aunque este privilegio lo compartan con muchos zapateros remendones. Finalmente, se creen unos semidioses cuando alguien con reverencia casi religiosa los llama «nuestros maestros», que es para ellos lo que «el Tetragrammaton» para los judíos.

En consecuencia, no es lícito escribir «Magister Noster» sino en letras mayúsculas. Y si alguien cambia el orden y dice «Noster Magister», echa por tierra de un golpe todo el prestigio de los teólogos [70].

[54] Casi pareja a la felicidad de éstos va la felicidad de los que así mismos se llaman comúnmente *Religiosos* y *Monjes*. Ambos nombres son evidentemente falsos, ya que buena parte de ellos viven alejados de la religión, y a nadie se encuentra más en todas partes. No creo que hubiera gente más desdichada que ellos, si yo no acudiera a socorrerlos de muchas maneras. Tan mal vista es esta clase de hombres que el simple encuentro casual con uno de ellos es tenido como signo de mal agüero; ellos, sin embargo, están altamente satisfechos de sí mismos. En primer lugar, porque creen que la mejor forma de piedad es estar tan alejados de la educación que no saben ni leer. Después, cuando en la iglesia cantan los

---

[70] En el c. 53 se resume todo lo que el humanismo cristiano pensaba de los teólogos y de la teología medievales.

Charca camarina: alusión a una charca, que limpiada por las órdenes de Apolo, hizo posible el saqueo de la ciudad por sus enemigos; *Redes de Vulcano*: Vulcano empleó una red invisible para envolver a su infiel mujer Venus y a su amante Marte (*Odisea*, 8, 270ss.); *Ténedos*: alusión al hecho de que en la isla de Ténedos el verdugo mantenía un hacha de dos filos detrás de cada sentenciado, castigándolo si su declaración era falsa; *Opus operantis*: término teológico usado para designar el valor de la acción personal según las disposiciones morales del agente; *Opus operatum*: término teológico que expresa la acción intrínseca de la gracia sacramental en el que la recibe independientemente del esfuerzo personal; *Quodlibetanas*: disputas sobre temas libres tenidas en las universidades medievales en que el resultado se dejaba a libre discusión *(quod libet)*; *Tomistas, escotistas, ocamistas*, escuelas de la escolástica medieval basadas en el pensamiento de santo Tomás de Aquino, Scoto y Ockham, respectivamente; *Tetragramatom*: son las cuatro consonantes del nombre hebreo de Dios: *J,h,w,h*.

salmos, rebuznando como asnos, repitiéndolos de carrerilla, sin entenderlos, están convencidos de que alagan los oídos de los coros celestiales. Hay también algunos de ellos que explotan su suciedad y mendicidad, pidiendo posadas, carruajes y barcos con gran perjuicio de los demás pobres. Así es como estos hombres mansos, llenos de mugre, ignorantes, ordinarios y descarados pretenden ofrecernos la imagen de los apóstoles.

¿Puede haber algo más divertido que ver cómo todo lo hacen por obediencia, como si se guiaran por unas leyes matemáticas que sería sacrílego traspasar? Miden, por ejemplo, el número de nudos del calzado, el color del cíngulo, clase de colores del hábito, la largura de la correa, la forma y la capacidad de la cogulla, cuántos dedos de ancha la tonsura, cuántas horas de sueño. ¿Quién no ve la desigualdad en esa pretendida igualdad, con tanta variedad de cuerpos y de talentos? Y por estas pequeñeces, no sólo se sienten superiores a los demás, sino que se desprecian unos a otros. Hombres que hacen profesión de caridad apostólica declaran la guerra a los que llevan el hábito más o menos ceñido, o de un color un poco más oscuro. Verás a algunos tan austeros en su observancia religiosa que por todo vestido exterior llevan un cilicio, y por debajo finísima lana milesia; otros, en cambio, por fuera visten de lino, y de lana en el interior. Verás también a otros a quienes horroriza el simple contacto del dinero, como si se tratara de un veneno, pero no se privan del vino y de las mujeres.

En suma, que todos ellos se esfuerzan por vivir su propia vida, sin preocuparse por parecerse a Cristo, y sí de ser diferentes de los demás. Consiguientemente, buena parte de su felicidad la ponen en los nombres que los distinguen. Unos se complacen en llamarse «los del cordón» (franciscanos) y entre éstos los hay recoletos, menores, mínimos, observantes. Otros se llaman benedictinos, bernardos, brigidenses, agustinos, guillermistas y jacobitas, como si fuera poco llamarse cristianos. La mayor parte de ellos confían tanto en sus ceremonias y pequeñas tradiciones que piensan que un cielo es poco premio a sus

grandes méritos. No se dan cuenta que Cristo, despreciando todo esto, sólo se fijará en si han cumplido su único precepto, el de la caridad. Un fraile le mostrará su pobrecito vientre, hinchado con toda clase de peces; otro derramará a sus pies cien sacos de salmos, y otro le enumerará miles de ayunos, y contará que tiene su estómago a reventar por no haber hecho más que una sola comida al día. Otro, a su vez, le presentará tal cantidad de ceremonias, que apenas siete barcos serían suficientes para transportarlas. Este se gloriará de haber vivido sesenta años sin que sus manos tocaran el dinero, pero con dos pares de guantes. Aquél llevará la cogulla, tan sucia y llena de grasa, que ni un marinero la consideraría digna de su persona. Uno hará memoria de que durante más de once lustros ha vivido como una esponja sin moverse de su sitio. Otro aducirá la ronquera de su voz de tanto cantar; otro el embrutecimento causado por la soledad, y otro, finalmente, su lengua trabada por la regla del silencio.

Pero Cristo interrumpirá esta sarta interminable de méritos, para decir: ¿De dónde sale esta nueva raza de judíos? Sólo reconozco como mío un mandamiento, y es el único que no he oído. Hace ya mucho tiempo que prometí, sin ambages y sin acudir al velo de las parábolas, el reino de mi Padre, no a la cogulla, a las oracioncillas, o abstinencias, sino a las obras de caridad. No reconozco a hombres que tan prendados están de sus obras, esos que quieren aparecer más santos que yo. ¡Que se vayan si quieren a vivir al cielo de los abraxianos, o que se hagan construir un nuevo cielo por aquellos que anteponen sus tradiciones a mis preceptos! Cuando oigan esto y vean que simples marinos y cocheros van por delante de ellos, ¿imaginais con qué cara se mirarán unos a otros? Pero de momento son felices, gracias a las esperanzas que yo pongo en ellos.

Nadie se atreve a despreciar a esta clase de gente, sobre todo a los mendicantes, por apartados que estén del mundo. Conocen todos los secretos de todos por medio de eso que llaman confesiones. Saben que no les es lícito divulgarlos a no ser cuando beben y quieren entretenerse

con historietas amenas, pero siempre sin mencionar nombres, y dejando los hechos a la conjetura. Pero que nadie se atreva a perturbar a este enjambre de zánganos, porque la venganza será inmediata y cumplida en sus sermones. Insinúan y aluden tan arteramente al enemigo, que nadie deja de conocerlo, a no ser el que no sepa de qué va. Y no dejarán de ladrar hasta que les echen un bocado a la boca.

¿Os imagináis a un comediante o charlatán de feria que pueda compararse con ellos en la retórica de sus sermones? Resulta absurdo y completamente risible verles imitar las reglas de los maestros de la retórica. ¡Cielos! ¡Cómo gesticulan! ¡Qué cambios de voz! ¡Qué tonos! ¡Qué manera de pavonearse! ¡Qué de contoneos de un lado para otro del público! Y todo envuelto en gritos. Este estilo de oratoria se transmite de un frailecillo a otro, como si se tratara de un arcano. Yo no soy una iniciada en él, pero, diré algo basándome en conjeturas.

Comienzan con una invocación, norma tomada de los poetas. Después, si quieren hablar de la caridad, comienzan su exordio por el Nilo de Egipto. O si quieren recordar el misterio de la cruz se remontan con toda naturalidad a Bel, * el dragón babilónico. Cuando quieren hablar del ayuno, comienzan por los doce signos del zodíaco. Y cuando enfocan el tema de la fe, comienzan a hablar largamente sobre la cuadratura del círculo. Yo misma pude oír en cierta ocasión a un loco egregio —miento, quería decir a un sabio— que en un sermón muy célebre, quiso explicar el misterio de la Trinidad. Desplegando las dotes excepcionales de su saber y queriendo halagar los oídos de los teólogos, ensayó un nuevo método: comenzó con las letras del alfabeto, las sílabas y la oración, para pasar después a tratar de la relación del nombre con el verbo y del adjetivo con el sustantivo. Sus oyentes estaban profundamente desorientados, hasta el punto de que algunos iban susurrándose al oído aquel verso de Horacio **: ¿A

* Alusión al libro de Daniel, 14.
** Horacio: *Sátiras,* II, 7, 21.

qué viene tanta pretensión? Para terminar, finalmente, afirmando que el símbolo de la Trinidad se halla claramente expreso en rudimentos de la gramática de tal manera que ningún matemático podría trazar una figura tan claramente en la arena. Ocho meses de sudores costó el sermón a este «eminente teólogo», hasta el punto de que hoy mismo está más ciego que un topo, sin duda porque la agudeza de la vista la acumuló en la punta del cerebro. A nuestro hombre, sin embargo, no le apena mucho la pérdida de la vista; sigue pensando que fue poco precio para tan gran gloria.

Tuve también ocasión de oír a un octogenario tan teólogo, que lo hubieras tomado como la reencarnación del mismísimo Escoto. Tratando de explicar el nombre de Jesús, demostró con admirable agudeza que todo lo que se podía decir de él se encontraba ya en las letras de su nombre. Del hecho de que el nombre de Jesús tiene en latín sólo tres casos, deducía un símbolo evidente de la Trinidad divina. El primer caso (Jesús) termina en *s,* el segundo (Jesum), en *m,* y el tercero (Jesu) en *u,* lo que entraña un misterio *inefable*: que Jesús, según estas tres letras, es lo sumo, lo medio y lo último. Haciendo un análisis matemático, estas letras escondían un misterio todavía más profundo. Dividió la palabra Jesús en dos partes iguales, dejando en el medio la *s.* Demostró después que esta letra era idéntica a la hebrea que se pronuncia *syn. Syn* en escocés significa, según creo, *pecado.* Era evidente, pues, que Jesús era el que quitaba los pecados del mundo. Este exordio tan novedoso dejó boquiabiertos a los oyentes, especialmente a los teólogos allí presentes, que a poco quedan de piedra, como Niobe. A mí, en cambio, me dio por reír, sucediéndome un poco como a aquel Príapo de madera de higuera que tuvo la desgracia de ser testigo de los sortilegios nocturnos de Canidia y Sagana *. Y no sin motivo, pues ¿cuándo Demóstenes pensó en griego y Cicerón en latín un exordio

* Horacio: *Sátiras,* I, 8.

como éste? Estos oradores tenían por vicioso un exordio extraño al tema —cosa que los mismos porqueros observan sin otra maestra que la misma naturaleza—. Nuestros sabios piensan, sin embargo, que su preámbulo —así lo llaman— será más perfectamente retórico cuanto menos relación tenga con el tema a desarrollar, de modo que el oyente, maravillado, murmure para sí: «¿Pero adónde quiere éste ir a parar?» *

En tercer lugar, y a modo de exposición, ofrecen, como de pasada, una rápida interpretación de un pasaje evangélico, cuando en realidad éste debería ser su objeto principal. En cuarto lugar, en un rápido cambio de personaje, plantean una cuestión teológica que a veces nada tiene que ver ni con el *cielo ni con la tierra.* Ahora bien, están convencidos de que esto también es una prueba más de su arte. Es precisamente en este momento cuando, frunciendo su teológico entrecejo, bombardean los oídos de los oyentes con nombres tan sonoros como doctores solemnes, doctores sutiles, doctores sutilísimos, doctores seráficos, doctores santos y doctores irrefutables. Y es ahora también cuando vomitan sobre el vulgo ignorante silogismos mayores y menores, conclusiones, corolarios y divagaciones necias, amén de falacias superescolásticas.

Viene, por fin, el quinto acto de este drama, en el que un artista conviene que se supere así mismo. Es aquí donde narran cualquier fábula tonta y bufa tomada, me imagino, del *Espejo de la historia* ** o de las *Gestas de los Romanos,* *** interpretándola de una manera alegórica, tropológica y analógica. Y de este modo, despachan su sermón, monstruo que ni el mismo Horacio pudo concebir cuando escribió aquel verso «*Humano capiti*», **** etcétera. Oyeron decir a no sé quién que las palabras iniciales de la oración deben ser mesuradas y muy tranquilas. Por eso mismo, comienzan su discurso tan suavemente que ni ellos oyen su propia voz, como si mereciera la pena pronunciar lo que nadie entiende. Oyeron también que las emociones se suscitan por el uso frecuente de las exclamaciones, por ello, sin que a veces haga falta, de una forma pausada de hablar, pasan de repente a gritos estentóreos y furibundos. Uno juraría que nuestro hombre está necesitando una dosis de eléboro, como si no tuviera importancia levantar la voz en un momento u otro del discurso. Y como, además, han oído decir que el sermón se ha de ir calentando a medida que avanza, después de recitar las partes introductorias de una forma tranquila, lanzan de repente un chorro de voz incluso en temas sin importancia, para acabar exhaustos hasta caer sin aliento. Han aprendido, finalmente, que la risa aparece en los tratados de retórica, y sin duda por ello se esfuerzan por aparecer chistosos y graciosos. Pero, chistes, *Afrodita amada,* de tanta gracia y tan oportunos como el «*asno tocando la lira*».

Acuden a veces a la ironía, pero es tan ingenua que cosquillea más que hiere y nunca son más serviles que cuando están preocupados *por dar impresión de que hablan con el corazón en la mano.* Uno juraría, al oír su discurso, que han recibido lecciones de charlatanes de feria, que son muy superiores a ellos. La verdad es que se parecen tanto que nadie sabría decir si han aprendido la retórica unos de otros.

Y, sin embargo, hay todavía gente que gracias a mí, se embelesan oyéndolos, como si fueran nada menos que Demóstenes y cicerones. Tales son los mercaderes y mujercillas, cuyos oídos halagan con particular interés. Los mercaderes, si se les sabe adular, suelen repartir algunas migajas de sus mal adquiridos bienes. Y las mujeres son particularmente devotas de los frailes entre otras muchísimas razones porque cuando andan tramando algo contra sus maridos, lo confían al seno de los frailes.

Os dais cuenta, supongo, de lo mucho que me debe esta clase de personas que, con sus gestos ridículos, sus gritos y vaciedades imponen una especie de tiranía sobre

* Virgilio: *Bucólicas,* III, 19.
** *Speculum Quadruplex,* Historia Universal impresa en 1473 y escrita por Vicente de Beauvais.
*** Texto de historia universal escrito en el siglo XIII.
**** Horacio: *Arte Poética,* V, 1.

los mortales, y se creen cual otro san Pablo y san Antonio [71]

[55] Dejo ya gustosamente a estos histriones tan malos disimuladores de mis beneficios, como pésimos impostores de la piedad. Tenía ganas de meterme un poco con los reyes y cortesanos quienes me rinden culto sincero, con ese candor que uno espera de personas de noble cuna. ¿Puede haber vida más triste y deleznable que la suya, caso de tener tan sólo media onza de buen sentido? Nadie que quiera ser un verdadero rey creería que vale la pena conseguir el poder a costa del perjurio o del parricidio, teniendo en cuenta la carga que se echa sobre sus hombros. Quien toma las riendas del gobierno se ha de entregar a los asuntos del Estado, no a los suyos propios, y ha de pensar solamente en el bienestar de su pueblo. No se puede desviar ni lo ancho de un dedo de las leyes que él mismo ha promulgado y de las que es ejecutor, y ha de garantizar personalmente la integridad de los magistrados y funcionarios. Expuesto a las miradas de todos puede ser o astro benéfico que, con su integridad, lleva la máxima dicha a los problemas humanos, o cometa de muerte que causa la ruina total. Los vicios de otros hombres ni son tan conocidos ni tan extensos en sus efectos. La posición, empero, del soberano es tal que si se aparta lo más levemente del camino recto, su mal ejemplo se extiende como una plaga a mucha gente. El mismo oficio de rey le depara infinidad de posibilidades que le apartan del recto camino, por ejemplo, los placeres, la libertad de que goza, la adulación, el lujo, obligándole todo ello

---

71 *Cielo de los abraxianos*: secta gnóstica que creía en las 365 esferas o cielos, resultado de la combinación numérica de las letras de la palabra abraxas (ver *Utopía,* ed. cit., pág. 112); *Miobe*: sus siete hijos fueron muertos por los dardos de Apolo y sus siete hijas por Diana, quedando ella misma convertida en piedra como testigo a su desprecio de Leto, madre de Apolo y Diana; *Priapo*: dios hecho de palo de higuera que presidía los ritos nocturnos de Canidia y Sagana (ver Horacio, *Sátiras,* 1, 8); *Doctores solemnes*: alusión a los títulos, tratamiento, honores tributados a los doctores en teología; *san Pablo y san Antonio*: ermitaños del siglo IV.

a esforzarse y a tomar precauciones que le impidan apartarse lo más mínimo de sus obligaciones. En resumen, y para no hablar de complots, odios y demás peligros y temores, ha de tener en cuenta que sobre su cabeza está aquel verdadero rey que le ha de pedir cuenta en breve de sus acciones más mínimas y tanto más severamente cuanto mayor haya sido el poder ejercido.

Digo, pues, que si el gobernante pensase en estas y otras muchas cosas —y, ciertamente, las ponderaría si tuviera buen juicio— ni podría conciliar el sueño ni comer con tranquilidad. Pero, con mi ayuda, abandonan todos estos cuidados a los dioses, viven una vida de molicie y no reciben en audiencia a nadie que no les diga cosas agradables, para no tener preocupaciones. Se convencen a sí mismos de que cumplen con honestidad su función de príncipes yendo de caza con frecuencia, criando hermosos caballos, vendiendo magistraturas y prefecturas en beneficio propio, y maquinando siempre nuevos métodos para menguar el dinero de los ciudadanos, y engordar su propio fisco. Y todo lo hacen con la debida forma, alegando pretextos que encubran el expolio por injusto que sea, bajo la capa de equidad. En el momento oportuno saben halagar al pueblo, para obtener de algún modo el favor popular. Imaginaos al príncipe, como esos que hoy vemos por ahí: Hombre ignorante en leyes, enemigo del progreso del pueblo, dedicado a sus propios gustos, rodeado de placeres, enemigo de la cultura, de la libertad y de la verdad, atento a todo menos a los asuntos del país, ya que mide todas las cosas con el rasero de sus gustos y caprichos. Completadlo con un collar de oro, símbolo y conjunto de todas las virtudes; añadidle una corona, labrada con piedras preciosas, que le recuerda que está por encima de los demás en todas las virtudes heroicas. Dadle, además, el cetro, símbolo de la justicia y de un corazón limpio. Y, finalmente, ponedle la púrpura como emblema de su entrega exquisita a su pueblo. Si ahora el príncipe confrontara toda esta parafernalia con su vida, estoy convencida de que quedaría abochornado ante sus mismos

atributos. Y temería que un observador agudo convirtiera este trágico boato en risa y burla [72].

[56] ¿Qué os puedo decir que ya no sepáis de los cortesanos? Los más sumisos, serviles, estúpidos y abyectos de los hombres, y sin embargo quieren aparecer siempre en el candelero. En una sola cosa no son pretenciosos: se contentan con cubrir su cuerpo de oro, piedras preciosas, púrpura y demás emblemas de virtud y de sabiduría, y dejan a los demás el esfuerzo de adquirirlos. Se sienten muy felices al poder llamar al Rey *mi señor,* saber saludarle en tres palabras, y explicar el tratamiento correcto de su *Alteza,* su *Majestad* y su *Magnificencia.* Poner siempre buena cara y adular con gracia, tales son las artes que hacen al noble y al cortesano. Pero si miramos más de cerca su estilo de vida, nos encontraríamos con vulgares feacios y pretendientes de Penélope... Bueno; el resto del poema ya lo conocéis, * y os podría recordarlo Eco mejor que yo. Duermen hasta el mediodía; oyen la misa casi desde la cama, que un curilla a sueldo les dice deprisa y corriendo. Viene luego el desayuno, que apenas terminado, reclama la comida. Siguen a continuación los dados, el ajedrez, juegos de azar, parásitos, bufones, cómicos, cortesanos, chistes y pasatiempos. Todo ello entre sorbete y sorbete. Por fin, la cena, y tras ella, rondas de bebidas, no pocas, por Júpiter. Así, transcurren horas, días, meses y siglos sin ningún tedio de la vida.

Yo misma me marcho asqueada cuando veo en ocasiones a estos *megalómanos.* Cuando cada una de las ninfas se considera tanto más cercana a los dioses cuanto más larga es la cola que arrastra, o cuando los nobles se abren paso a codazo limpio, para parecer más cerca de Júpiter,

[72] Puede resultar interesante comparar estos juicios sobre los *reyes* y los que se vierten en el capítulo 56 sobre los *cortesanos.* El tema de reyes y cortesanos aparece también en Moro, *Utopía,* ed. cit., págs. 78ss.). Los humanistas trataron de educar al príncipe y a los cortesanos partiendo de la distopía ofrecida por las cortes europeas del siglo XVI.

* Horacio: *Epístolas,* I, 2, 27ss.

y, en fin, cuando cada uno se siente tanto más satisfecho cuanto más peso tiene la cadena que lleva al cuello, están haciendo ostentación no sólo de riqueza sino también de fuerza [73].

[57] Esta vida de príncipe hace ya mucho tiempo que la vienen celosamente imitando pontífices, cardenales y obispos y, a fe mía, que casi la superan. Cada uno de ellos tendría que preguntarse por el significado de su vestimenta de lino, más blanca que la nieve, símbolo de una vida del todo irreprochable. Qué exige la mitra bicorne, cuyas puntas unidas por un mismo lazo, simbolizan el perfecto conocimiento del Antiguo y Nuevo Testamento. Qué suponen los guantes que cubren las manos, sino una administración de los sacramentos pura y exenta de todo el contagio de los negocios mundanos. Qué enseña el báculo, sino el cuidado vigilante de la grey. Qué el pectoral, sino la victoria sobre los afectos humanos. Si uno de ellos, repito, se preguntara sobre todo esto y otras muchas cosas, ¿no creéis que su vida estaría impregnada de tristeza y angustia? Hacen bien, pues, en apacentarse a sí mismos. Por otra parte, el cuidado de las ovejas lo entregan a Cristo, o a los llamados *Frailes,* o a sus vicarios. No se acuerdan que el nombre de *Obispo* que llevan significa trabajo, vigilancia y solicitud. Sí son obispos cuando se trata de coger dinero y *no vigilan en balde* [74].

[58] ¿Qué pasaría si los cardenales pensaran que son sucesores de los apóstoles, y que se les exigen las mismas virtudes que brillaron en ellos? ¿Qué si advirtieran que no son señores sino administradores de los bienes espirituales, de los que en breve habrán de dar cuenta exacta? ¿No podrían preguntarse alguna vez durante el culto sobre el significado de la blancura de los ornamentos? ¿No significa, por ventura, el ardentísimo amor de Dios? Y la

[73] *Vulgares feacios* (*Odisea,* 6, 8): hombres conocidos por su vida licenciosa.

[74] *Obispo: epíscopos* en griego, significa supervisor, vigilante.

purpúrea capa exterior, tan amplia y capaz de tapar la mula entera de su Eminencia Reverendísima, y de cubrir al mismo tiempo a un camello, ¿no significa la caridad sin límites que va en ayuda de todos, esa caridad que enseña, exhorta, consuela, reprende, amonesta, evita la guerra, se enfrenta a los príncipes malvados, y da no sólo el dinero sino la misma vida? Pero ¿qué necesidad tienen de dinero unos hombres que hacen las veces de unos apóstoles pobres? Si meditaran en todo esto, digo yo, no irían tras ese puesto e incluso renunciarían a él de grado y llevarían una vida de trabajo y de celo, como lo hicieron los primeros apóstoles [75].

[59] Si los Sumos Pontífices, vicarios de Cristo, se propusieran alguna vez imitar su vida, pobreza, fatigas, doctrina, cruz y desprecio del mundo; si pensaran en lo que significa Papa, es decir, Padre, o en el título de *santísimo,* ¿habría alguien más angustiado? ¿Habría alguien que quisiera tal cargo por todos los medios posibles, y una vez conseguido, lo defendiera con la espada, el veneno y toda clase de violencia? A cuántas comodidades tendrían que renunciar si por una vez mostraran una chispa de sensatez. ¿Sensatez, he dicho? Sí, sería suficiente aquella pizca de sal de que habla Cristo *, para liberarlos de tantas riquezas, honores, territorios, victorias, cargos, prebendas, tributos, indulgencias, caballos, mulos, satélites y comodidades. (Habréis observado que en pocas palabras he metido un gran mercado, una gran cosecha y todo un mar de bienes.) La sensatez, en cambio, aportaría vigilias, ayunos, lágrimas, oraciones, predicaciones, estudios, suspiros y otras mil cosas parecidas. Pero no olvidemos lo que esto traería consigo: se moriría de hambre una turba de escribanos, copistas, notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, caballerizos, banqueros y rufianes

[75] Repetidas veces aparece en las obras de Erasmo la idea de que el obispado, cardenalato, papado, etc., no son un estado sino una función o servicio al pueblo, cosa que desmienten con su conducta los eclesiásticos.

* Mateo, 5, 13.

—y todavía añadiría algún otro nombre más expresivo, pero temo herir vuestros oídos—. En suma, toda una caterva onerosa para la iglesia de Roma, me he colado, quería decir *honrosa.* Sería un crimen horrendo y abominable; pero más execrable todavía sería que los príncipes de la iglesia, las lumbreras del mundo, tuvieran que recurrir al cayado y al zurrón. Hoy, sin embargo, casi todo lo que supone trabajo se lo encomiendan a san Pedro y san Pablo, que tienen tiempo para ello, reservándose para sí todo lo que significa boato y comodidad. Como consecuencia —y gracias a mí— no hay clase social que viva tan placentera y cómodamente como ellos. Piensan que Cristo está satisfecho de ellos, si saben hacer su papel de obispos, impartiendo bendiciones y anatemas, desplegando su escénico y misterioso atuendo, sus ceremonias, y sus títulos de beatitud, reverencia y santidad. Les parece anticuado y poco actual hacer milagros; enseñar al pueblo, penoso; interpretar la Sagrada Escritura, propio de escolásticos; rezar, perder el tiempo; derramar lágrimas, despreciable y mujeril; ser pobre, degradante; sufrir la derrota, una desgracia, que no puede encajar quien apenas permite a los reyes más soberanos besar sus santos pies; por fin, la muerte, intolerable; y la crucifixión, una ignominia.

Sólo les quedan, como únicas armas esas dulces bendiciones que menciona san Pablo, * y que tan espléndidamente prodigan: entredichos, suspensiones, excomuniones y anatemas, sambenitos, y, sobre todo, ese rayo fulminador, en cuya virtud lanzan las almas de los mortales al más profundo tártaro. Estos santísimos padres en Cristo —y vicarios suyos— contra nadie fulminan con tanta ira sus rayos vengadores como contra aquellos que movidos por el diablo intentan disminuir o erosionar el patrimonio de san Pedro. Por este nombre entienden ellos: tierras, ciudades, señoríos, soberanías, aunque sus palabras en el Evangelio digan: «Lo dejamos todo y te hemos seguido.» ** Quemados por el celo de Cristo, luchan a sangre

* Romanos, 16, 18.

** Mateo, 19, 27.

y fuego, por defender estos bienes, creyendo defender de forma apostólica a la Iglesia, esposa de Cristo, por medio del exterminio de los que llaman sus enemigos. ¡Como si los impíos pontífices no fueran los peores enemigos de la Iglesia que, con su silencio, dejan que Cristo quede desfigurado, que lo maniatan con sus leyes de mercenarios, lo adulteran con interpretaciones forzadas y lo yugulan con su vida nauseabunda!

Sabido es que la Iglesia cristiana fue fundada con sangre, fortalecida con sangre y con sangre propagada. Ahora bien, estos todo lo resuelven a punta de lanza como si Cristo estuviera definitivamente muerto y no pudiera ya proteger a los suyos, como él quiere y sabe. Sabido es también que la guerra es tan cruel que es más propia de fieras que de hombres; tan falta de sentido que los mismos poetas la imaginan como engendro de las Furias; tan letal que trae la infección de todas las costumbres; tan injusta que es sabiamente administrada por la peor calaña de bandidos; tan impía que nada tiene que ver con Cristo. Y, sin embargo, los papas lo dejan todo para dedicarse a ella. Podemos ver a ancianos decrépitos descollar por su ardor juvenil, no reparar en gastos, no cansarse por las fatigas ni arredrarse por nada con tal de cambiar de arriba a abajo las leyes, la religión, la paz, en fin todos los asuntos humanos. Ni faltan tampoco eruditos aduladores que llaman celo, piedad y valor a esta vesania manifiesta. Parecería que, según ellos, se puede conciliar el uso de un arma mortal para hundirla en las entrañas de su propio hermano, sin la pérdida de la caridad, que según la enseñanza de Cristo todo cristiano debe a su prójimo [76].

[60] Lo cierto es que todavía no tengo muy claro si fueron los papas los que sirvieron de ejemplo a algunos

---

[76] Toda esta descripción de los papas se centra en la figura de Julio II considerado por Erasmo como el papa mundano por excelencia. Y mundano porque hace la guerra, que es totalmente contraria al espíritu de Cristo y el Evangelio. Julio II quedó excluido por esto del cielo en el diálogo erasmiano de corte lucianesco *Julius exclusus,* escrito en 1513.

obispos alemanes, o más bien éstos lo tomaron de ellos. Porque estos obispos han abandonado sin más el culto, las bendiciones y demás ceremonias para dedicarse a vivir como sátrapas, hasta el punto de considerar cobarde y poco digno de un obispo entregar su valerosa alma a Dios si no es en el campo de batalla. Por eso, los curas de a pie consideran pecado desdecir de la Santidad de sus prelados, y hay que ver cuán aguerridamente defienden su derecho a los diezmos con espadas, dardos, piedras y toda clase de armas; cómo agudizan la vista para sacar de pobre gente y obligarle a pagar algo más que el diezmo. Nunca, sin embargo, reparan en los muchos textos que hablan del servicio que deben prestar al pueblo. Ni la misma tonsura les sirve de recordatorio de que el sacerdote ha de estar libre de ambiciones mundanas y que debe pensar solamente en las del cielo.

Pero estos hombres amables están totalmente convencidos de que cumplen con su deber, mascullando de cualquier forma sus oracioncillas, que, por Hércules, no hay dios que las oiga ni entienda, ya que ni ellos mismos las oyen ni las entienden, a pesar de decirlas a voces. Tienen, no obstante, algo en común con los laicos y es que todos están pendientes de hacer su agosto, y todos saben muy bien sus derechos. Por lo demás, si surge una carga, la rechazan hábilmente hacia hombros ajenos pasándola como pelota de mano en mano.

De la misma manera que los príncipes de este mundo delegan la administración del reino a su vicario, y éste a su vez a otro vicario y otro, así los clérigos delegan todo el cuidado pastoral, sin duda por modestia, al pueblo. Este a su vez lo encomienda a los llamados *eclesiásticos*, como si el pueblo no perteneciera a la Iglesia, y como si las promesas del bautismo no significaran nada. Por su parte, los sacerdotes, que a sí mismos se llaman *seculares* —como si estuvieran consagrados al mundo y no a Cristo—, descargan su obligación sobre los *regulares,* los regulares la pasan a los monjes; los monjes menos austeros a los más observantes. Y todos, a su vez, cargan sobre los

mendicantes, los mendicantes sobre los cartujos, entre los que se esconde la piedad, y tanto se esconde que apenas es dado verla.

En el mismo sentido, los pontífices, tan diligentes en la recolección de dinero, delegan en los obispos los trabajos demasiado apostólicos, los obispos en los curas, los curas en sus vicarios y los vicarios en los frailes mendicantes. Y éstos, a su vez, los ponen en manos de los que esquilan la lana de las ovejas. Pero no es mi propósito arremeter contra la vida de pontífices y sacerdotes. Que nadie crea que estoy tramando una sátira en vez de un elogio, ni nadie piense que al censurar a los buenos príncipes, estoy alabando a los malos. Lo que he querido dejar claro, al tratar brevemente todo esto, es que no hay mortal que pueda vivir feliz, si no está iniciado en mis misterios, y no me tiene propicia [77].

[61] ¿Podría ser de otro modo, si la misma Rhamnusia, dispensadora de la suerte en los asuntos humanos, está de acuerdo conmigo, y ha sido siempre la enemiga más acérrima de los sabios, mientras que dispensa toda clase de favores a los insensatos, incluso cuando duermen? Todos conocéis el caso del general ateniense Timoteo, el significado de su nombre, y el dicho que corría sobre él: «*Hasta cuando duerme, su red pesca*» [78]. O aquel otro: «La lechuza es ave de mal agüero» y aquellos otros adagios que cuadran a las mil maravillas a los sabios: «*Nació con mala estrella*»; «*tiene el caballo de Seyo*», o «*posee

[77] La locura ataca aquí la falta del llamado «cuidado pastoral» del clero. Los pastores no son ni quieren ser pastores y delegan su misión a otros y éstos a otros. El concilio de Trento atacará a fondo este problema obligando a la residencia y a un único puesto pastoral.

[78] *Rhammusia, Némesis*: personificación de la justicia vengadora, que presidía el castigo por orgullo e injusticia en el mundo; *Timoteo* (siglo IV a.C.): general ateniense cuyo nombre significa favorecido de Dios; negó que sus victorias fueran debidas a la fortuna, y por ello tuvo castigo inmediato.

oro de Tolosa*». Pero *dejémonos de refranes,* no piense mi amigo Erasmo que estoy plagiando sus *Adagios* [79].

Volviendo a nuestro tema, vemos que la fotruna ama a los insensatos, a los más arriesgados, a hombres que lo «*apuestan todo a una carta*». La sabiduría, en cambio, hace a los hombres tímidos, y esa es la causa de que con frecuencia los sabios vivan asociados a la pobreza y al hambre, arrinconados, sin fama, mal vistos. El dinero, en cambio, corre a las manos de los tontos; ellos tienen las riendas del Estado y, en definitiva, prosperan en todos los aspectos. Porque si alguien centra su felicidad en agradar a los príncipes y en codearse con estos semidioses llenos de joyas, ¿no advertirá que no hay nada tan inútil como la sabiduría o tan despreciado por esta clase de personas? Imaginaos, por ejemplo, que alguien quiere hacerse rico. ¿Podrá amontonar dinero, dejándose guiar por la sabiduría? Es claro que se detendrá ante el perjurio, se sonrojará si se le coge en mentira y si presta la más mínima atención a los escrúpulos que tanto atormentan a los sabios ante robos y usuras. Quien corra tras el placer, advertirá que las muchachitas protagonistas de esta comedia, se pirran por los tontos y huyen y se horrorizan del sabio como de un escorpión. En suma, que todo el que quiere vivir con un poco de alegría y buen humor cierra la puerta al sabio y se la abre a cualquier otro ser viviente.

Y, ya, resumiendo, os diré que se mire por donde se mire —pontífices, príncipes, jueces, magistrados, amigos, enemigos, grandes, pequeños— todo se arregla con el dinero. Y como el sabio desprecia al dinero, por eso éste tiene buen cuidado de huir de él.

Tendré que terminar, aunque mis alabanzas no tengan modo ni fin. Y quiero terminar no sin antes haber de-

[79] *Adagios*: obra de Erasmo, reeditada y aumentada varias veces durante la vida del autor. Muchos de los dichos del *Elogio de la locura* están tomados y comentados en los *Adagios*, como son los siguientes: *Nacer con mala estrella o en el cuarto mes* (presagiaba trabajos y pruebas); *El caballo de Seyo* (traía mala suerte a sus propietarios); *Oro de Tolosa* (todo aquel que lo tocaba entraba en la agonía).

mostrado que ha habido autores respetables que me han celebrado en sus escritos y en su vida. No quiero que se piense que soy tan necia que sólo trato de complacerme a mí misma, o que los leguleyos me calumnien diciendo que no presento prueba alguna en mi favor. Siguiendo su ejemplo, aduciré pruebas que *nada tienen que ver con el asunto.*

[62] Recordaré, de entrada, un dicho que todos aceptan: «*Donde no hay hechos, lo mejor es fingirlos.*» * Sin duda por ello se enseña tan pronto este verso a los niños: «*Pasar por loco a tiempo, es el colmo de la sabiduría.*» ** Vosotros mismos os imagináis ya el sumo bien de la insensatez, puesto que su falsa sombra e imagen suscita tantas alabanzas en boca de los sabios. Todavía con más franqueza nos manda mezclar «la insensatez con la cordura», ese cerdo lustroso y orondo salido de la piara de Epicuro, si bien desbarra un tanto, al decir «sólo por un rato». En otra parte escribe: «Es agradable, a veces, pasar por loco.» Y en otro lugar dice que «*prefiere pasar por necio y paleto, que por sabio y displicente*». En Homero, Telémaco, a quien por tantos títulos alaba el poeta, recibe el nombre de «tontuelo», calificativo que los mismos trágicos aplican gustosos a los niños y a los adolescentes, como signo de buen augurio. ¿De qué trata ese divino poema de la Iliada sino de las iras insensatas de pueblos y reyes? ¿Hay un elogio más redondo que el de Cicerón *** cuando dijo que: «El mundo está lleno de majaderos? Nadie ignora, en efecto, que cuanto más difundido está un bien, tanto más excelente es [80].

[63] La autoridad de los pensadores que acabo de citar, quizás sea de poco peso para los cristianos. Si os parece,

[80] *Salido de la piara de Epicuro*: palabras de Horacio sobre sí mismo (*Epístolas*, 1, 4, 16; *Odas*, 4, 12, 27, 28); *Es agradable pasar por loco: Epístolas*, 2, 2, 126.
* Dístico de Diominio Catón, muy conocido en la Edad Media.
** Horacio: *Epístolas*, I, 4, 16.
*** *Epistolae ad familiares*, 9, 22, 4.

pues, acudiré al testimonio de las letras sagradas, o mejor dicho, como quieren los doctos, me basaré en ellas para justificar mis alabanzas. Antes quiero pedir permiso a los teólogos para estar seguro de su aprobación. Y después, dado que acometemos una empresa difícil, y dado que quizá sea imposible hacer emprender a las musas tan largo viaje desde el Helicón para un tema que no les interesa, pienso que mientras desempeño mi papel de teólogo, y camino por estos andurriales llenos de espinas, sería mejor que el alma de Escoto —espinosa como puercoespín y erizo— saliera un poco de su Sorbona y se introdujera en mi pecho. Podría irse donde quisiera, hasta *al cuerno.* ¡Quién me diera poder cambiar de cara y tener talante teológico! Pero me temo que al verme con tanta teología, se me acuse de plagio, como si hubiera estado escudriñando en secreto el atril de *nuestros maestros.* A nadie debe extrañar que tras continuado y estrecho trato con los teólogos se me haya pegado algo de su ciencia. El mismo dios Príapo, tallado en madera de higuera, pudo aprender y recordar algunas palabras griegas, mientras su maestro leía. Y el gallo de Luciano * no tuvo dificultad para entender el lenguaje humano, tras haber vivido mucho tiempo con los hombres. Pero entremos ya en materia con buen pie [81].

En el capítulo primero del Eclesiastés leemos lo siguiente: «El número de los necios es infinito.» ** Al afirmar que el número es infinito, ¿no parece abarcar a todos los hombres, con excepción de un puñado de ellos, que dudo que alguien haya logrado ver? Mucho más explícito es todavía Jeremías cuando en su capítulo 10 dice: «El hombre con su saber se embrutece.» *** Sólo a Dios atribuye la sabiduría, dejando la insensatez a todos los hombres.

[81] Erasmo hace aquí gala de su conocimiento de la Escritura y de su oficio de teólogo. Sirviéndose del mismo privilegio de los malos teólogos trata de acomodar la Escritura a su idea de que la locura es la máxima sabiduría y felicidad.
* Epigramas, LXIX, *Priapeus.*
** *Eclesiastés*, 1, 15.
*** *Jeremías*, 10, 14.

Y un poco antes: «No se gloríe el sabio en su saber.» * ¿Por qué, buen Jeremías, no quieres que el hombre se ufane de su sabiduría? Es claro —responderá él—, porque no tiene la sabiduría. Volvamos al Eclesiastés: Cuando exclama: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» **, ¿qué debemos entender sino —como ya dijimos— que la vida humana no es más que el deporte de la insensatez? ¿Con ello no hace más que añadir su voto a la alabanza que me tributa Cicerón y que acabo de citar: «el mundo está lleno de majaderos».

Cuando aquel sabio del Eclesiástico dice: «El necio es mudable como la luna, el sabio permanente como el sol» ***, ¿qué quiere sugerir sino que todos los mortales son insensatos y que sólo a Dios le cuadra el nombre de *Sabio*? La luna se ha de interpretar como la naturaleza humana, el sol, la fuente de toda luz, que es Dios. Viene a corroborar esto lo que Cristo dice en el Evangelio, que «nadie es bueno sino Dios» ****. Si, pues —según el parecer de los estoicos—, el que es sabio no es estúpido, y el que es bueno es también sabio, en buena lógica debemos deducir que la estulticia abarca a todos los hombres.

Salomón a su vez dice en el capítulo 15 de *Proverbios*: «Al necio divierte su falta de juicio» *****, con lo que manifiesta a las claras que sin la insensatez nada hay agradable en la vida. A esto mismo se refiere aquel otro texto: «A más sabiduría más pesadumbre, y aumentando el saber se aumenta el sufrir.» ****** ¿No confiesa lo mismo tal egregio predicador en el capítulo 7: «El sabio piensa en la casa en duelo, el necio piensa en la casa en fiesta.»******* Sin duda por eso pensó que no le era suficiente conocer la sabiduría sin conocerme a mí. Y si no dais crédito a mis

* *Jeremías,* 10, 14.
** *Eclesiastés,* 1, 2; 12, 8.
*** *Eclesiástico,* 27, 12.
**** Mateo, 19, 17.
***** *Proverbios,* 15, 21.
****** *Eclesiastés,* 1, 18.
******* *Eclesiástico,* 7, 4.

palabras, leed lo que escribe en el capítulo 1: «Me puse a examinar la sabiduría, la locura y la necedad.» * Conviene advertir aquí que es un elogio para mí el que haya citado en último lugar a la necedad. Dice el Eclesiastés —y éste es el estilo eclesiástico, según sabéis— que el que mayor dignidad tenga ocupe el último lugar, recordando en esto al menos el precepto evangélico **. Así lo manifiesta también el *Eclesiástico* *** —cualquiera que sea su autor— en el capítulo 44, cuando afirma que la Insensatez va por delante de la sabiduría. Pero, por favor, yo no citaré sus palabras antes que vosotros ayudéis con vuestra respuesta adecuada a mi discurso, como hacen en Platón los que disputan con Sócrates. Ahora, os pregunto yo: ¿Qué se ha de guardar más: las cosas raras y de valor, o las viles y baratas? ¿Calláis? Aun cuando os encojáis de hombros, hay un proverbio griego que responderá por vosotros: «*El cántaro a la puerta.*» **** Y para que nadie lo rechace impíamente, sepa que lo dijo Aristóteles, el dios de nuestros maestros. ¿Alguno de vosotros es tan estúpido que deja el oro y las joyas en la calle? Estoy seguro de que no. Escondéis estos tesoros en el cuarto más secreto, y por si esto fuera poco, los depositáis en los rincones de cajas de máxima seguridad, mientras abandonáis la basura en la calle. Pues bien, si lo que tiene valor se guarda, y lo vil se deja a la vista, ¿no está claro que la necedad que él manda ocultar es menos apreciable? Aquí están sus mismas palabras: «Mejor es el que oculta su locura que el que oculta su sabiduría.» ***** Las Escrituras reconocen además una bondad de espíritu a los necios, mientras que los sabios no reconocen a nadie por encima de ellos. Así es como interpreto yo lo escrito en el capítulo 10 del Eclesiastés: «El falto de seso va por su camino llamándolos necios a todos.»******

* *Eclesiastés,* 1, 17.
** Mateo, 19, 30.
*** *Eclesiástico,* 44. No es clara la cita.
**** Aristóteles: *Retórica,* I, 6.
***** *Eclesiástico,* 20, 31.
****** *Eclesiastés,* 10, 3.

¿No creéis que es honradez de alma pensar que todos son iguales a ti mismo, y en un mundo en que todos se creen superiores a los demás, compartir con todos tus propios méritos? El mismo rey Salomón no se avergonzó de este calificativo, pues en el capítulo 30, dice: «Yo soy un necio, menos que hombre.» * También san Pablo, maestro de los gentiles, acepta de grado el nombre de necio, en su carta a los Corintios **: «Si se trata de hacer el 'loco' —dijo—, yo más», como si fuera una vergüenza ser aventajado por alguien en insensatez.

Ya veo venir a esos pedantes helenistas que con ojos de lechuza intentan ofuscar a tantos teólogos de este momento, esparciendo humo a su alrededor con sus comentarios. En este gremio, mi amigo Erasmo —y le llamo por su nombre muchas veces para honrarle—, si no es Alfa, sí es Omega. Qué cita más chusca —dicen—, propia de la *estulticia.* El pensamiento del Apóstol está muy lejos de lo que tú sueñas. Con estas palabras no quiso dar a entender que era más necio que los demás. Lo que dijo fue: ¿Que sirven a Cristo? Yo más. Como si quisiera vanagloriarse al igualarse a los demás, se apresura a corregirse a sí mismo diciendo: «Yo más», consciente de que no sólo era igual en su ministerio a los demás apóstoles, sino incluso superior. Quería convencer de esto, pero sin que sus palabras sonaran a arrogantes y ofensivas. Y para ello se parapetó tras el pretexto de la insensatez: «Voy a decir un desatino», sabiendo que es un privilegio de los necios decir la verdad sin ofender.

Dejo a la discusión de estos helenistas lo que pensaba san Pablo al escribir esto. Yo sigo a esos grandes, lustrosos, gordos y famosísimos teólogos, con los que la mayor parte de los doctores, *¡voto a Júpiter!,* prefiere equivocarse a estar de acuerdo con tales sabios trilingües. En efecto, ninguno de ellos hace más caso a estos pedantes helenistas que a simples grajos, sobre todo cuando un insigne teólogo, cuyo nombre me callo para que nuestros

* *Proverbios,* 30, 2.
** 2 *Corintios,* 11, 23.

pequeños grajos no clamen contra él aquel denuesto de «*el burro de la flauta*», expone este pasaje de forma magistral y teológica. Comenzando con las palabras: «*Voy a decir un desatino, yo más*», abre un nuevo capítulo, y gracias a un esfuerzo dialéctico, hace una nueva división que interpreta de este modo (citaré sus propias palabras, tanto en su fondo como en su forma): «*Voy a decir un desatino, esto es, si os parece que soy un insensato al equipararme a los falsos apóstoles. todavía os pareceré más necio al colocarme por encima de ellos.*» Poco después, sin embargo, parece olvidarse de sí mismo, pasando a otro tema.

[64] Pero ¿por qué me empeño en defenderme con un solo ejemplo, cuando a los teólogos se les reconoce el derecho de estirar el cielo, esto es, la Sagrada Escritura, como si fuera una piel? Vemos, en efecto, que en san Pablo, las palabras de la Escritura ofrecen algunas contradicciones, si bien san Jerónimo, aquel «maestro de cinco lenguas» [82], no encuentra contradicción alguna en su contexto. Estando el Apóstol en Atenas vio una inscripción en un altar y cambió su significado convirtiéndolo en argumento a favor de la fe cristiana. Dejó de lado las palabras que no eran del caso, conservando las últimas: «*el Dios desconocido*» *. Incluso cambió un tanto el texto, ya que la inscripción completa rezaba así: «*A los Dioses de Asia, de Europa y de Africa, a los dioses desconocidos y extranjeros.*» Este ejemplo lo siguen a todas horas «los hijos de los teólogos». Cogiendo de aquí o de allí cuatro o cinco palabrejas de diferentes contextos, violentan su significado para acomodarlo a su propósito, si es preciso, aunque las que preceden y las que siguen no tengan nada que ver o resulten contradictorias con el asunto. Y lo hacen con tal impudencia que, a menudo, los mismos teólogos son objeto de envidia de los jurisconsultos.

[82] *Maestro en cinco lenguas*: san Jerónimo, traductor de la edición llamada *vulgata* o latina de la Biblia, dominaba cinco lenguas (latina, griega, hebrea, dálmata, caldea).
* Hechos, 17, 23.

No sé hasta dónde pueden ir ya a parar cuando ese gran maestro —casi me sale su nombre, pero una vez más me detiene el dicho griego— ha conseguido extraer un significado de ciertas palabras de san Lucas tan compatible con el espíritu de Cristo como el fuego con el agua. La hora del máximo peligro es cuando los vasallos leales cierran filas y luchan «codo a codo» con su dueño con todos los medios a su disposición. Ahora bien, Cristo trataba de que sus discípulos no confiaran en tales ayudas. Y por eso les preguntó si les había faltado algo al ser enviados desprovistos de provisiones para el viaje, sin calzado que defendiera sus pies de las espinas y chinas del camino, y sin zurrón contra el hambre. Al responder ellos que no les había faltado nada, prosiguió: «*Pues ahora, el que tenga bolsa, que la coja, y lo mismo la alforja; y el que no tenga, que venda el manto y se compre un machete.*» * Si la doctrina de Cristo no inculca otra cosa que la mansedumbre, la tolerancia y el desprecio de la vida, ¿quién no ve claro el sentido de este pasaje? Cristo quería desarmar todavía más a sus enviados: que no se preocuparan del calzado y del zurrón, que se desprendieran de su túnica para entregarse desnudos y liberados a la labor del evangelio. Y provistos tan sólo de una espada —pero no esa espada de que se sirven ladrones y asesinos, sino la espada del espíritu que penetra hasta lo más hondo del pecho y que de un solo tajo cercena todas las pasiones, no dejando en el corazón más que la piedad—.

Os ruego que veáis vosotros mismos la distorsión que hace del texto nuestro afamado teólogo: Interpreta la espada como defensa contra la persecución, y con el zurrón o alforjas se cubren todas y cada una de las necesidades de la vida.

Como si Cristo hubiera cambiado de idea y, convencido de haber enviado a sus discípulos poco *regiamente* pertrechados, tratara de retractarse de su anterior mandato. O como si se hubiera olvidado de lo dicho anteriormente: que serían dichosos sufriendo ultrajes, vituperios

* *Lucas,* 22, 35, 36.

y suplicios *, no resistiendo a los malos tratos, pues la bienaventuranza es de los mansos no de los violentos. Como si olvidado de que les había invitado a seguir el ejemplo de los pájaros y de los lirios, ** no quisiera ahora verlos partir sin espada. Y por eso les mandaba ahora comprarla a trueque de tener que vender la túnica, prefiriendo que fuesen desnudos a desprovistos de armas. Opina además que así como la palabra espada designa todo lo que necesita para repeler la agresión, así con la bolsa se alude a todas las necesidades de la vida.

De este modo, el intérprete del pensamiento divino hace salir a los apóstoles bien pertrechados de lanzas, ballestas, hondas y bombardas a predicar al Crucificado. Les carga también con cajas, maletas y paquetes como si tuvieran que salir de la posada con el estómago vacío. Ni siquiera detiene a nuestro hombre el hecho de que Cristo ordenara con anterioridad comprar una espada, para mandar poco después envainarla ***. Nadie, en efecto, ha oído nunca que se dijera a los apóstoles que empuñaran la espada o el escudo contra la fuerza de los paganos, cosa que hubiesen hecho de haber tenido Cristo la intención que éste le atribuye.

Por respeto a su honor no voy a nombrar a otro teólogo, por cierto, de los no menos renombrados. De las tiendas a que alude Habacuc —«agobiadas veo las tiendas de Cusán»— **** toma pie para referirlas a la piel de san Bartolomé desollado. No ha mucho que yo misma asistí a un debate teológico, cosa que hago con frecuencia, en el que uno preguntó con qué autoridad de la Escritura se ordenaba quemar a los herejes, en lugar de convencerlos por la razón. Cierto anciano ceñudo, cuya arrogancia me hizo ver que era teólogo, respondió, no sin cierta irritación, que había sido el apóstol san Pablo cuando dijo: «*Al que introduzca división, llámalo al orden hasta dos*

* *Mateo,* 5, 3; 10, 17, 22-23; *Lucas,* 12, 4.
** *Lucas,* 12, 27; *Mateo,* 6, 28.
*** *Mateo,* 26, 52; *Juan,* 18, 11.
**** *Habacuc,* 3, 7.

veces; luego no tengas que ver con él.» * Repetía una y otra vez con voz de trueno estas palabras, hasta el punto que muchos se preguntaron qué le pasaba al hombre. Terminó explicando que hay que apartar *de la vida* al hereje. Algunos rieron, pero no faltaron quienes vieran en su explicación una sólida prueba teológica. Como algunos no estuvieran de acuerdo, se levantó uno de esos que llaman *tenedios,* abogado y autor irrefutable. «Escuchad», dijo, «lo que está escrito: *'y ese profeta o vidente de sueños será ejecutado'.»* ** Todo hereje es un malhechor: luego, etc. Todos los presentes se maravillaron del ingenio de nuestro hombre y se pasaron a pie juntillas a su bando. A ninguno, sin embargo, se le ocurrió que tal ley se aplicaba solamente a brujos, tahures y magos, a quienes los hebreos llaman *Mekaschephim* (malvados). De no ser así, habría que castigar también con la pena de muerte a fornicadores y borrachos [83].

[65] ¡Para qué, tonta de mí, proseguir con tan innumerables ejemplos que ni en los volúmenes de Crisipo o de Dídimo podrían tener cabida! Sólo quería recordaros que si a estos santos maestros se les conceden tales licencias, es justo también que a mí, aprendiz de teólogo, no se me tome en cuenta si mis citas no son del todo precisas. Vuelvo, pues, a san Pablo que dice de sí mismo: «Porque vosotros soportáis con gusto a los insensatos.» *** Y en otro lugar: «Aceptadme, aunque sea como insensato.» Y «no hablo según Dios, sino disparatando». Dice también: «Nosotros, locos por Cristo.» **** Advertid ¡qué gran elogio de la insensatez por tan gran autor! ¿Y qué decir cuando abiertamente se pronuncia a favor de la estupidez, como la cosa más necesaria y saludable? «El que se las da de listo entre vosotros al modo de este mundo, vuélvase

[83] *Tenedios*: hombre de Ténedos, persona sombría y severa; *Mekaschephim*: *malefici,* malvados.
* *Tito,* 3, 10.
** *Deuteronomio,* 13, 5.
*** *2 Corintios,* 11, 19; 16, 17.
**** *1 Corintios,* 4, 10.

necio para ser listo de veras.» Y Jesús, en san Lucas *, llama «necios», torpes, a los dos discípulos que se le juntaron en el camino. ¿Nos sorprenderemos de esto, si el mismo san Pablo atribuye a Dios su pizca de locura? «Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres» **, dice. Aunque Orígenes niega que esta locura se pueda entender como la de los hombres, según el texto: «El mensaje de la cruz para los que se pierden, resulta una locura.» *** Pero ¿por qué me afano en aducir tantos textos si Cristo mismo se dirige a su Padre con estas palabras de los Salmos: «Tú conoces mi ignorancia»? ****. No es fortuito el que a Dios le gusten tanto los insensatos. Y me imagino que la razón es que los grandes príncipes ven con malos ojos y como a enemigos a hombres demasiado inteligentes. Tal fue el caso de Julio César respecto a Bruto y Casio —sin que temiera al borracho de Antonio—, el de Nerón con respecto a Séneca, y el de Dionisio con Platón. Se deleitan, en cambio, con ingenios más torpes y sencillos. Cristo mismo rechaza y condena a esos *sabios,* que confían siempre en su prudencia. Y los rechaza san Pablo sin embages: «Lo necio del mundo se lo escogió Dios.» ***** Por eso tuvo a bien salvar a los que creen con esa locura que predicamos, pues no podían ser redimidos por la sabiduría ******. Dios mismo lo afirma bien claro por boca del profeta: «Fracasará la sabiduría de sus sabios, y se eclipsará la prudencia de sus prudentes.» ******* Cristo da gracias por habérseles ocultado el misterio de la salvación a los sabios, y por haber sido descubierto a los niños, esto es, a los estultos, pues en griego la palabra *nepíos* significa niño y loco a los que opone los sabios (Sofoi). Esto nos ayuda a comprender las invectivas que Cristo dirige en el Evangelio a escribas, fariseos y doc-

* *Lucas,* 24, 25.
** *1 Corintios,* 3, 18.
*** *1 Corintios,* 1, 25.
**** *Salmos,* 69, 5.
***** *1 Corintios,* 1, 18.
****** *1 Corintios,* 1, 26.
******* *Isaías,* 29, 14.

tores de la ley. Mientras que defiende celosamente a los ignorantes. ¿Qué significa: ¡Ay de vosotros escribas y fariseos! si no: Ay de vosotros, sabios? No parece sino que Cristo encontraba sus delicias en estar con los niños, las mujeres y los pescadores *. Y de los mismos animales los que más le gustaban eran los más alejados de la astucia de la zorra. Por eso quiso montar sobre un asno **, pudiendo, de haberlo querido, ir sin riesgo a lomos de un león. El Espíritu Santo descendió en forma de paloma ***, no de águila ni de halcón. En la Escritura, además, se menciona con frecuencia a ciervos, venados y corderos. Y Jesús llama *«sus ovejas»* **** a los destinados a la vida eterna. Ahora bien, no hay animal más simple que éste. Así lo atestigua el dicho de Aristóteles que habla del «espíritu borreguil», tomado sin duda de la estupidez de este animal, y que, según él, solía aplicarse como injuria contra zafios y majaderos. Pues bien, éste es el rebaño del que Cristo se proclama pastor. Y hasta él mismo se complace con el nombre de *cordero,* como cuando Juan le presenta: «Este es el Cordero de Dios.» ***** Y este calificativo aparece muchas veces en el Apocalipsis.

¿Qué nos están indicando todos estos hechos sino que todos los mortales son insensatos, incluso los piadosos? El mismo Cristo que acude en ayuda de la insensatez humana se hace necio a pesar de ser la sabiduría del Padre, al asumir la naturaleza de hombre y aparecer en forma humana. Se hizo pecado para poder curar los pecados. Y no quiso curarlos sino por la insensatez de la cruz ******, y por apóstoles rústicos y simples. A éstos les predica la insensatez, y les enseña que se aparten de la sabiduría, llamándolos a imitar a los niños, a los lirios, el grano de mostaza, y a los pájaros; todos ellos seres sencillos, sin pretensiones, que se dejan guiar por el instinto, sin artificio y cuidado alguno. Les prohíbe además que se preocupen de lo que habrán de decir ante los jueces, y que no traten de averiguar los tiempos y ocasiones, que vale tanto como decir que no deben confiar en su propia inteligencia, sino sólo en El. Esto explica también por qué Dios prohibió al hombre comer del árbol de la sabiduría, como si el conocimiento fuera veneno para la felicidad *. No es de extrañar que san Pablo repruebe la ciencia que hincha y lleva a la perdición. Y san Bernardo es de su misma opinión cuando interpreta el *monte de la ciencia* como aquel en que Lucifer estableció su asiento.

Y no se debe pasar por alto el hecho de que la insensatez siempre ha encontrado a los cielos propicios, pues sólo a ella se concede el perdón de los pecados, mientras que al sabio no. Los que piden perdón, aunque hayan pecado con plena conciencia, de alguna manera se amparan y pretextan insensatez. Si no recuerdo mal, así es como Aarón pide en el libro de los Números, el perdón de su esposa: «Perdón; no nos exijas cuentas del pecado que hemos cometido insensatamente.» ** Saúl, por su parte, usa las mismas palabras cuando pide perdón a David por su culpa: «He sido un necio, me he equivocado totalmente.» Y en otra parte, David aplaca así al Señor: «Señor, perdona la culpa de tu siervo, porque he hecho una locura.» *** Como si sólo pudiera obtener el perdón, declarando su insensatez e ignorancia. Más convincente es el argumento empleado por Cristo en la cruz cuando pide por sus enemigos: *«Padre, perdónales»*, sin dar más excusa que la de su ignorancia: *«porque no saben lo que hacen»* ****. En el mismo sentido escribe san Pablo a Timoteo: «Como lo hacía con la ignorancia del que no cree, Dios tuvo misericordia de mí.» ***** ¿Qué signi-

---

* *Mateo,* 23, 13-15; 23-7.
** *Mateo,* 21, 2.
*** *Mateo,* 3, 16.
**** *Juan,* 10.
***** *Juan,* 1, 29; 36.
****** Los textos aquí citados son: *1 Corintios,* 18 y 24; *Filipenses,* 2, 7; *2 Corintios,* 5, 1; *1 Corintios,* 1, 21.

* Los textos de este párrafo son: *Mateo,* 18, 3; 6, 28; 13, 31; 10, 29; 10, 18; *Hechos,* 1, 7; *Génesis,* 2, 17; *1 Corintios,* 8, 1.
** *Números,* 12, 11.
*** *1 Reyes,* 29, 21; *2 Reyes,* 24, 10.
**** *Lucas,* 23, 34.
***** *Timoteo,* 1, 13.

fica «lo hacía con la ignorancia», sino actuar de un modo insensato y no por malicia? ¿Y qué es «Dios tuvo misericordia de mí», sino que no la hubiera conseguido de no haberse amparado en la insensatez? También está a nuestro favor el Salmista, a quien se me olvidó citar a su debido tiempo: «No te acuerdes de los pecados y delitos de mi juventud.» * Habréis podido notar dos excusas que le sirven de pretexto: la juventud —que siempre es mi compañera— y los delitos o errores —en plural— para que veamos la fuerza enorme de la insensatez.

[66] Resumiendo —pues no quiero hacer el tema inacabable —diré que la religión cristiana tiene cierto parentesco con la insensatez, sin que tenga nada que ver con la sabiduría. Si queréis pruebas de ello, observad cómo niños, ancianos, mujeres y personas simples, son los que más gozan con las ceremonias sagradas y religiosas, y cómo están siempre lo más próximos a los altares, elevados, sin duda, por el simple impulso natural. Veréis después que los primeros pilares de la religión, amigos de la simplicidad, fueron acérrimos enemigos de las ciencias. Finalmente, no hay locos más rematados que aquellos que están poseídos por el ardor de la piedad: entregan lo que tienen, olvidan las injurias, se dejan engañar, no distinguen entre amigos y enemigos, aborrecen los placeres, abundan en ayunos, vigilias, lágrimas, sufrimientos y desprecios; desprecian la vida y sólo ansían la muerte. En una palabra: parecen haber perdido el sentido común, como si su espíritu viviera en otra parte y no en el cuerpo. ¿Y qué es esto más que locura? Lo que por otra parte no ha de maravillar, si los mismos apóstoles fueron tenidos por borrachos de mosto, y si Pablo fue considerado como loco por Festo **.

Pero ya que me he metido en la «piel de león», permítaseme decir lo siguiente: La felicidad que los cristianos buscan con tanto trabajo no es otra cosa que una especie de locura e insensatez. No os molestéis por las palabras, buscad más bien su sentido.

* *Salmos*, 25, 7.
** *Hechos*, 2, 13; 26, 24.

En primer lugar, hay una coincidencia entre cristianos y platónicos en que el alma está inmersa y atada por los lazos del cuerpo, que por su misma pesadez la impide remontarse a la contemplación y al gozo de la verdad. En segundo lugar, Platón define la filosofía como preparación para la muerte porque aparta al alma de las cosas visibles y corporales, y eso es lo que hace la muerte. Ahora bien, mientras el alma hace un uso correcto de los órganos del cuerpo decimos que aquélla está en sus cabales, pero cuando empieza a romper sus cadenas y a conseguir su libertad, como si tratara de huir de la cárcel, se la llama demente. Si esto es fruto de una enfermedad o defecto orgánico, todos convienen en llamarla locura. A pesar de ello, vemos cómo esos hombres predicen el porvenir, saben lenguas y ciencias nunca aprendidas anteriormente, y llevan la impronta de lo divino. Tal acaece, sin duda, porque el alma está comenzando a verse libre del cuerpo mostrando así su vigor natural. Pienso que esto explica por qué los que se debaten con la muerte experimentan con frecuencia algo semejante, llegando a hablar cosas maravillosas como si estuvieran inspirados. Quizás es fruto de un celo religioso, aunque no sea el mismo tipo de locura, pero es tan afín que la mayor parte de la gente la estima como la misma demencia. Ese es el caso especial de unos pocos hombrecillos que hacen su vida al margen del uso común de los mortales.

Les sucede a éstos algo parecido a lo que acaece en el mito de Platón. * Los encadenados en la cueva, contemplan las sombras de las cosas. Un hombre que consigue escapar, vuelve a la caverna y anuncia a sus compañeros que ha visto las cosas verdaderas, advirtiéndoles que están muy equivocados si creen que no existen más que las miserables sombras. Este hombre que ha conseguido la sabiduría se compadece de sus compañeros y deplora su locura; ellos a su vez se ríen de él como de un chiflado y lo echan fuera. De la misma manera, el común de los mortales siente admiración sólo por las cosas del cuerpo

* *República*, VII.

y casi cree que son las únicas que existen. Por el contrario, la gente piadosa desprecia todo lo relativo al cuerpo, para entregarse más a la contemplación de las cosas invisibles. El hombre común da el primer puesto a las riquezas, el segundo a los placeres corporales, y el último al alma que, como no se ve con los ojos, muchos ni siquiera creen que existe. El piadoso, por el contrario, se apoya primeramente en Dios, Ser simplicísimo, y después en el alma, en estrecha relación con él. No piensan en el cuidado del cuerpo, miran con desdén el dinero y lo rechazan como inmundicia. Obligados a tratar estos asuntos, lo hacen con repugnancia y asco, teniendo como si no tuvieran y poseyendo como quien no posee.

Pero aún entre ellos hay diferencias muy notables en muchos casos. Para comenzar, digamos que si bien todos los sentidos tienen cierta afinidad con el cuerpo, algunos son más groseros, por ejemplo, el tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto. Otras facultades están más separadas de la materia, como la memoria, la inteligencia, la voluntad. Por tanto, la fuerza del alma la defenderá de sus tendencias. Si toda la fuerza del hombre piadoso se dispara hacia aquello que más alejado está de los sentidos más materiales, lógicamente éstos se debilitan y entumecen. Sucede, en cambio, que el vulgo se concentra mucho en los sentidos y muy poco en las facultades espirituales. Ello explica lo que hemos oído de algunos santos varones que bebieron aceite por vino. Por lo que se refiere a las afecciones del espíritu, es claro que algunas tienen más relación con la bajeza del cuerpo que otras, tales como la libido, la apetencia de la comida y el sueño, la ira, la soberbia y la envidia. Contra éstas, el hombre piadoso entabla una guerra sin cuartel, mientras que el vulgo cree que no hay vida sin ellas. Vienen después las que podríamos llamar afecciones intermedias y cuasi naturales, tales como el amor patrio, el afecto a los hijos, familiares y amigos. La gente vulgar estima grandemente todos estos sentimientos mientras que las personas piadosas tratan de desarraigarlos de su alma o, cuando menos, los subliman en la parte más alta de su espíritu. Quieren amar a su padre no

como padre —¿ha engendrado él algo más que el cuerpo, que también se debe a Dios padre?—, sino como a un hombre bueno en el que se refleja la imagen de la mente suprema, a la única que llaman Summum Bonum (Bien Supremo), fuera del cual nada merece amarse ni buscarse. Con esta misma regla miden los demás menesteres de la vida, de manera que todo lo visible, sino se ha de despreciar totalmente, sí se ha de valorar menos que las cosas invisibles. Dicen asimismo que en los sacramentos y en los ejercicios de piedad se encuentran cuerpo y espíritu. Dan poca importancia a la abstención de carnes y de cena, hecho considerado por el vulgo como ayuno absoluto. Este debe ir dirigido al dominio de las pasiones, de modo que la ira y la soberbia campen menos por sus respetos. Y así el espíritu no sienta tanto el peso de la materia del cuerpo y pueda aspirar a gustar y paladear los bienes celestiales. Lo mismo piensan respecto a la Eucaristía. Sostienen que, si bien no se ha de rechazar lo que se realiza en el rito, no aprovecha y hasta puede ser nocivo, si no se llega hasta el elemento espiritual que representan los signos visibles. Representa la muerte de Cristo, que los mortales deben expresar a través del dominio y la extinción de sus pasiones carnales, enterrándolas de alguna manera en la tumba, a fin de que puedan resurgir a una nueva vida, donde puedan vivir unidos con él y con sus hermanos. Así obra el hombre piadoso y a esto tiende. La masa, en cambio, piensa que el sacrificio de la misa no significa más que agolparse en torno al altar, oír el estrépito de las voces, y ser mero espectador de otras ceremonias semejantes. No sólo en los ejemplos que he puesto, sino en todo, el hombre piadoso se remonta de las cosas corporales de su vida hacia las eternas, invisibles y espirituales. Lógicamente, como quiera que en todas las cosas hay un total desacuerdo entre ambas partes, mutuamente se tachan de locos. Aunque este apelativo —pienso yo— cuadro mejor al hombre piadoso que al vulgo [84].

[84] Es conocida la vinculación de los humanistas cristianos con Platón. Una prueba de ello puede ser este capítulo en que parecen

[67] Lo que acabo de decir quedará todavía más claro, si, como he prometido, demuestro en pocas palabras que el cielo —ese premio supremo— no es más que una especie de locura. Debéis tener en cuenta, en primer lugar, que ya Platón soñó algo semejante cuando escribió que «la locura de los amantes es la más feliz de todas». * De hecho, el que ama apasionadamente ya no vive en sí sino en el objeto de su amor, y cuanto más se aparta de sí mismo para entregarse a su amor, más feliz es. Ahora bien, cuando el alma trata de peregrinar fuera de su cuerpo y de no servirse de sus órganos naturales, se piensa, y no sin razón, que se le puede llamar loca. ¿Qué es lo que quieren decir si no los dichos populares: «está enajenado», «vuelve en ti» o «ha vuelto en sí»? Por tanto, cuanto más perfecto es el amor, mayor es la locura, y mayor la felicidad.

En consecuencia, ¿cuál puede ser esa vida bienaventurada a la que aspiran con tanto afán tantas almas piadosas? El espíritu será más fuerte y dominará y arrastrará al cuerpo. Y lo hará más fácilmente por haber purgado y debilitado en parte el cuerpo en esta vida con miras a su transformación. Después, el alma será absorbida por el Espíritu Supremo, como más fuerte que sus infinitas partes. De este modo el hombre llegará a estar fuera de sí, y será feliz no por otra causa más que porque está tan enajenado que compartirá de forma inefable el supremo bien, que atrae hacía sí todas las cosas. Cierto que esta felicidad sólo alcanzará su plena perfección cuando las almas, recuperado su primitivo cuerpo, alcancen la inmortalidad. Ocurre, sin embargo, que estas personas piadosas, cuya vida es una contemplación y anticipación de la otra, sienten a veces como un pregusto y saboreo de ese premio. Es una gota de bienaventuranza si se compara con el goce eterno, pero excede con mucho a todos los placeres

establecerse ciertas semejanzas entre platonismo-cristianismo. Se juega aquí con ideas-apariencias, la realidad sensible, y la realidad transcendente.

* *Fedro,* 245 b.

del cuerpo. Puestos juntos todos los placeres, los mortales no podrían igualar esa suprema felicidad. ¡Tan superior es lo espiritual a lo material, lo invisible a lo visible!

Nada, pues, ha de extrañar lo que promete el profeta: «Jamás oído oyó ni ojo vio un Dios fuera de ti, que hiciera tanto por el que espera en él.» * Es esa parte de necedad que no desaparece por el cambio de la vida, sino que se perfecciona. Así pues, los que han podido saborearla de antemano, y han sido muy pocos, experimentan algo que se parece mucho a la locura. Hablan de una manera bastante incoherente, no natural, emiten voces sin sentido, cambiando súbitamente la expresión de su rostro. Pasan de la exaltación a la depresión, ora lloran, ora ríen o suspiran; en una palabra, están totalmente enajenados. Y cuando, finalmente, vuelven en sí, afirman no conocer dónde han estado, en el cuerpo o fuera de él, si estaban despiertos o dormidos. No recuerdan lo que han oído o visto, qué han dicho o hecho, como si estuvieran en una nebulosa o sueño. Sólo saben que fueron felicísimos durante este éxtasis. Se lamentan de haber vuelto a la razón, ya que nada desean más que vivir perpetuamente esta clase de locura. ¡Y no es más que una pequeña degustación de la dicha futura!

[68] Pero hace tiempo que, olvidándome de quién soy, *estoy pasándome de la raya.* Si os he dicho algo con excesiva petulancia o locuacidad, tened en cuenta que ha sido la Estulticia la que os ha hablado, que además es mujer. No olvidéis tampoco aquel dicho griego: «*Con frecuencia hasta el loco dice la verdad*», a menos que penséis que esto no se aplica a las mujeres.

Veo que estáis esperando un epílogo. Pero sería tonto suponer que yo pueda recordar algo, después del torrente de palabras que he pronunciado. Hay un dicho antiguo

* *Isaías,* 54, 4.

que dice: «*Aborrezco el invitado de buena memoria.*» * Y este otro: «*Odio al oyente que recuerda.*» ¡Que os divirtáis, pues! ¡Aplaudid, vivid, bebed, seguidores celebérrimos de la Insensatez! [85]

[85] *Estoy pasándome de la raya*: el último capítulo comienza con una cita de Luciano *(El gallo).*

* Marcial: *Epígramas,* I, 27, 7.

Erasmo de Rotterdam saluda a Martín Dorp, eximio teólogo [86]

Un amigo mío de Amberes me mostró una copia de tu carta —no el original— sin haber podido yo averiguar cómo se hizo con ella. Veo que lamentas lo poco afortunado de la publicación de la *Moría,* que aplaudes calurosamente mi entrega a la restauración del texto de san Jerónimo y que no estás a favor de una edición del Nuevo Testamento [87].

[86] Martín Dorp (1485-1525). Humanista y teólogo lovaniense. Rector de la Universidad de Lovaina. De talante moderado y conciliador.

En septiembre de 1514 escribió una carta a Erasmo por la que queda vinculado a Erasmo y a *Moría.* En ella expresa los tres puntos que sirven de réplica a la carta que Erasmo le escribiera en 1515. Desde entonces esta Carta se ha publicado como apéndice de la *Moría.*

[87] En mayo de 1515 Erasmo contestó puntualmente a estos tres puntos de la carta de Dorp: lo poco afortunado de la publicación de la *Moría*; alabanza y estímulo a la publicación de las obras de san Jerónimo; rechazo de la nueva traducción y edición del Nuevo Testamento.

La carta, pues, contiene estas tres partes fundamentales. Es la

Tu carta, lejos de ofenderme, mi querido Dorp, hace que me seas mucho más querido que lo habías sido nunca. ¡Tal es el encanto de tu consejo, la amistad de tus observaciones y el tono cordial de tu crítica! La caridad cristiana tiene el don de mantener su dulzura natural aun en medio de su severidad. Diariamente recibo muchas cartas de eruditos que me llaman la gloria de Alemania, el sol y la luna, y amontonan por puro cumplimiento títulos espléndidos hasta sentirme abrumado. Juro por mi vida que ninguna de ellas me ha causado tanta alegría como la carta de censura de mi amigo Dorp. Como bien dijo Pablo, la caridad no falla nunca *: si alaba, busca hacer el bien, si reprende, su intención es la misma.

Quisiera, pues, contestar a tu carta despacio, sabiendo que tengo un gran amigo. Estoy muy interesado por tu aprobación a cuanto yo hago, pues tengo en tan alta estima tu condición casi divina, tu excepcional saber y tu acertadísimo criterio que prefiero el voto de Dorp al de mil otras personas. Estando como estaba todavía enfermo por el cruce del canal y cansado de la andadura del caballo y ocupado en ordenar mi equipaje pensé que sería mejor responder a un amigo de la forma que fuese que dejarle en semejante opinión. Pues no quiero pensar si tu carta es algo personal o te la metieron otros en la cabeza, obligándote a escribirla, ocultos tras un disfraz ajeno.

Comenzando por lo primero, quiero ser franco y decirte que casi me arrepiento de haber publicado la *Moría*. Ese librito me ha dado fama, o si lo prefieres cierto renombre. Pero yo no suelo mezclar la gloria con el odio, y bien

mejor introducción para comprender la *Moría* y, en general, la obra de Erasmo.

Para comprender mejor la polémica Erasmo-Dorp, léase también la Carta de Tomás Moro a Dorp, en que el inglés sale en defensa de su amigo Erasmo. El texto parcial de la carta de Moro puede verse en *Obras escogidas de Erasmo,* págs. 1382ss., Aguilar, Madrid, 1964.

* *1 Cor.,* 13, 4-8.

sabe el cielo que lo que el pueblo llama fama no es otra cosa que una palabra vana y un legado pagano.

Todavía quedan por ahí varias de estas expresiones entre los cristianos que llaman inmortalidad al renombre que uno deja a la posteridad, y virtud al gusto por cualquiera de las artes. Mi único propósito en la publicación de todos mis libros ha sido siempre hacer algo útil con mi trabajo. Y caso de no conseguirlo, por lo menos no dañar a nadie. Tenemos ejemplos de grandes hombres que abusaron de su saber para servir a sus pasiones: uno canta sus locos devaneos; otro echa mano de la adulación para conseguir un favor; éste, provocado por el insulto, hace de su pluma un arma, y aquél hace sonar su propia trompeta y canta sus propias alabanzas dejando tamañitos a Tasón o Pirgopolinice [88].

Sé que mi ingenio es romo y mi doctrina no sólida, pero al menos siempre he querido hacer cuanto bien me es posible, o al menos no herir a nadie. Sabido es que Homero se ensañó con Tersites, trazando una caricatura cruel en la Ilíada. Platón criticó por su nombre a infinidad de personas en sus diálogos ¿Y a quién perdonó Aristóteles, que no se compadeció siquiera de Platón ni de Sócrates? Demóstenes desfogó su ira sobre Esquines, Cicerón sobre Pirro, Salustio y Antonio. Y muchos de los nombres citados por Séneca son víctimas del ridículo y del desprecio [89].

Si miramos a los ejemplos recientes, Petrarca [90] hizo de

88 *Tasón* es el soldado fanfarrón del *Eunuco* de Terencio; *Pirgopolinice* es el soldado brabucón de Plauto.

89 El ataque de Homero a Tersites se encuentra en la *Ilíada,* 2, 215ss. La falta de respeto de *Aristóteles* por Platón y Sócrates es una calumnia que carece de fundamento. *Esquines* fue acusado por Demóstenes de haber sido sobornado por dinero. Las víctimas de Cicerón fueron enemigos suyos, especialmente Antonio contra quien escribió las *Filípicas.*

90 *Petrarca* escribió una invectiva *Contra un Médico* para defenderse de los ataques de éste. Son famosas las controversias y ataques epistolares y verbales en el siglo XV de estos humanistas citados por Erasmo.

su pluma un estilete contra un médico, Lorenzo contra Poggio y Policiano contra Scala. ¿Puedes citarme un autor por apacible y modesto que sea que haya dejado de arremeter airado contra otro? Incluso san Jerónimo, tan austero y piadoso no dejó de atacar a Vigilancio, contender con Joviniano y gritar desaforadamente contra Rufino [91]. Ha sido siempre costumbre de los sabios confiar al papel sus alegrías y tristezas, como amigo fiel en cuyo pecho se puede vaciar toda la turbulencia del corazón. Se pueden encontrar, en efecto, personas cuya sola intención al escribir un libro es verter todas sus emociones y así transmitirlas a la posteridad.

Pero volviendo a mi caso, ¿me puedes decir a quién he dañado o rebajado en lo más mínimo su reputación con los muchos libros que he publicado? ¿A qué país, clase de personas o individuo he tachado por su propio nombre? Y apenas te das cuenta, mi querido Dorp, de las veces en que he estado en trance de hacerlo bajo la provocación de insultos que nadie toleraría. Siempre, no obstante, he vencido mi rencor y mi amargura más de lo que la posteridad pudiera creer y más de lo que la baja calidad de mis detractores merecería. Si los demás conocieran los hechos como yo los conozco, nadie me juzgaría un censor tan mordedor sino más bien justo, comedido y razonable. Y me pregunto, ¿por qué, entonces, se meten en mis sentimientos? ¿Y por qué cualquier crítica mía ha de influir en otros países y tiempos lejanos? Tendré que hacer lo que yo considere justo, no ellos.

No tengo, por otra parte, enemigo a quien no quisiera hacer mi amigo, si ello me fuera posible. ¿Por qué habría de cerrarle el camino o habría de escribir contra un enemigo cosas que podría lamentar más tarde como escritas contra un amigo? ¿Por qué manchar con mi pluma a un personaje que, aun cuando lo merezca, ya nunca podré limpiar? Prefiero equivocarme, alabando al que no lo merece, que castigar al que es digno de vituperio. La alabanza inmerecida pasa por ingenuidad en quien la hace. Pero si se pinta con verdaderos colores a alguien que no merece otra cosa que la censura, esto se atribuye a tu juicio equivocado, no a sus faltas. No quiero hablar aquí de cómo a veces puede estallar una guerra muy seria como resultado de unas injurias que terminan en represalias, y de cómo se propaga un peligroso incendio merced a los insultos de una y otra parte. Pero si no es cristiano volver injuria por injuria, es igualmente indigno actuar por resentimiento intercambiando ultrajes al estilo mujeril.

[91] *Vigilancio* (siglo IV) atacó el culto de las reliquias de los mártires y los milagros. Fue atacado duramente por san Jerónimo.

Razones como éstas son las que me han guiado a retirar de mis escritos toda malicia y causticidad, no nombrando en ellos a los que obran mal. Mi propósito en la *Moría* fue exactamente el mismo que en mis demás obras. Tan sólo el estilo fue diferente. En el *Enchiridion* traté simplemente de exponer la vida cristiana. En mi librito *Educación del príncipe cristiano* adelanté unas sinceras orientaciones para la instrucción de un príncipe. En mi *Panegírico* hice lo mismo bajo el velo de la loa que había hecho de forma explícita en otra parte. Y en la *Moría* expresé las mismas ideas que en el *Enchiridion,* pero en broma. Quise aconsejar, no morder; hacer el bien, no insultar; trabajar, pero no contra los intereses de los hombres.

Un filósofo tan serio como Platón aprueba las célebres rondas de bebedores en los banquetes porque está convencido de que ciertos vicios no los corrige la austeridad sino la alegría del vino *. Y Horacio piensa que una advertencia en broma es tan eficaz como una en serio **. «¿Quién puede impedir —dice— que burla burlando se digan las verdades?» Así lo entendieron también los antiguos sabios que prefirieron ofrecer los más saludables consejos en forma de fábulas aparentemente infantiles. Porque la verdad puede parecer dura al no estar adornada; pero si lleva por delante algo agradable, puede penetrar más

* Platón: *Simposio.*
** Horacio: *Sátiras,* 1, 1, 24-5.

fácilmente la mente de los mortales. Esta es sin duda la miel que los expertos en Lucrecio recomiendan untar en la copa de ajenjo que prescriben para los niños *.

¿No hicieron lo mismo los príncipes antiguos al introducir los bufones en sus cortes con el propósito de exponer y corregir ciertas faltas por medio de su palabra sincera e inofensiva? Quizás no sea propio añadir a esta lista al mismo Cristo. Pero si hemos de comparar en un todo las cosas divinas a las humanas, sus parábolas tienen ciertamente alguna afinidad con las viejas fábulas. La verdad del Evangelio penetra más dulcemente en el espíritu y se asienta mejor en él si va revestida de atractivos. Es algo que ya confirma ampliamente san Agustín en su obra *Sobre la Doctrina Cristiana.* Yo mismo fui testigo de la desorientación del vulgo a causa de las opiniones más disparatadas en todos los aspectos de la vida. Quise encontrar el remedio más que el éxito. Y por fin creí haber encontrado un medio de introducirme en ese mundo de espíritus demasiado débiles y de curarlos de una forma placentera. Me había dado cuenta de cómo un método alegre y atrayente como éste da felices resultados en muchos casos.

Si me respondes que el personaje representado por mí es demasiado frívolo para dar pie a una discusión de problemas tan serios, estoy dispuesto a admitir que me equivoqué. Protesto contra el cargo de ser demasiado severo, no del de loco o necio. Aunque podría defenderme también de éste con sólo citar el ejemplo de los muchos varones serios a quienes escuché en el breve prólogo a la obra [92].

¿Podía hacer yo otra cosa? Acababa de volver de Italia, y era huésped de mi amigo Moro cuando un ataque de riñón me imposibilitó salir fuera de casa durante varios días. Mis libros no habían llegado todavía, y aunque hubieran llegado mi enfermedad no me permitiría aplicarme

[92] Véase *Prólogo.*

* Lucrecio: *De Rerum Natura,* 1, 935, 55.

a estudios serios. Sin nada que hacer por delante comencé a distraerme con el elogio de la locura, sin idea de publicarlo, sino como distracción del dolor que me aquejaba. Una vez comenzada, dejé que algunos amigos echaran una mirada al manuscrito para así aumentar la distracción compartiendo la broma. Quedaron encantados y me animaron a seguir. Hice lo que me pedían y en una semana, más o menos, terminé la tarea. Demasiado tiempo para un tema tan liviano.

Después, los amigos que me habían animado a escribir la obra se la llevaron a Francia, donde se imprimió, si bien tomándola de una copia llena de faltas y mutilada. No sé si agradó o no; lo cierto es que en el espacio de unos meses se imprimió siete veces, y en diferentes lugares. Yo mismo quedé asombrado de la aceptación del público. Si a esto lo llamas estulticia o necedad, mi querido Dorp, entonces me confieso culpable o, al menos, no me defiendo. Hice el loco cuando no tenía nada que hacer, empujado por los amigos, y es la primera vez que lo he hecho en mi vida. ¿Quién es cuerdo en todo momento? Tú mismo admites que mis demás obras han sido recibidas calurosamente en todas partes por hombres piadosos y sabios. Pero, dime: ¿quiénes son esos hombres tan duros, o mejor, esos areopagitas que no perdonan a un hombre que una sola vez se deslizó hacia la insensatez? ¿Pueden ser tan quisquillosos como para sentirse ofendidos por un librejo ridículo y retirar inmediatamente el crédito a un escritor que lo ha conseguido tras innumerables horas de penoso trabajo? Podría presentar otras muchas necedades tomadas de otras fuentes más necias que la mía. Incluso de teólogos de renombre que inventan polémicas tediosas, invitan a la lucha dialéctica y pelean entre sí como si lucharan *pro aris et focis.*

Representan además sin máscara alguna todas estas farsas ridículas, más absurdas que las mismas de Atella. Yo, en cambio, soy mucho más modesto. Cuando quise hacer el loco lo hice en el personaje de la locura. Y así como en Platón, Sócrates enmascara su rostro a fin de cantar las



alabanzas del amor, así yo me enmascaré en mi comedia [93].

Dices que incluso las personas a quienes no agrada el tema admiran mi talento, mi saber y mi elocuencia, pero se sienten heridos por mi excesiva mordacidad. Tus críticas son para mí cumplidos superiores a los que yo querría. No estoy acostumbrado a alabanzas como éstas, viniendo como vienen de aquellos en quienes no veo ingenio, erudición ni elocuencia. Si estuvieran mejor dotados, mi querido Dorp, no se picarían tanto por bromas que buscan hacer el bien más que ser una exhibición erudita e ingeniosa. En nombre de las musas te pido que me digas qué clase de ojos, oídos y gusto tiene esta gente cuando se ofende por la mordacidad de semejante libro.

Y, en primer lugar, ¿qué mordacidad puede haber cuando no se nombra a nadie, ni se ataca a nadie en particular, excepto a mí? Deberían recordar lo que siempre repite Jerónimo, a saber: que una acusación general de las faltas no hiere a ningún individuo particular. Y si alguien se ofende, no tiene por qué echar la culpa al autor. Puede pedirse cuentas a sí mismo, si le place, pues se delata a sí mismo, ya que en las palabras dirigidas a cualquiera, no a un particular, ve un ataque personal. ¿No está claro que en todo momento he procurado no mencionar por su nombre a personas y pueblos a los que no quería criticar con demasiada acritud?

En el pasaje donde paso revista a las formas de amor propio que son peculiares a cada país, atribuyo la gloria militar a los españoles, la cultura y la elocuencia a los italianos, las buenas maneras y la comida exquisita a los ingleses, etc.; es decir, todo lo que cada uno puede reconocer en sí mismo sin desagrado o lo que realmente puede oír con una sonrisa. Después, cuando hago un repaso a todos los tipos de hombres —siguiendo el plan que me había trazado para la obra— y voy anotando las faltas

[93] *Areopagitas*: alusión al célebre tribunal del Areópago, que pasó a la historia por su severidad; *Atella*: ciudad célebre por sus danzas, llamadas atelanas (farsas licenciosas).

Sócrates enmascara... alusión al comienzo del diálogo de Platón, *Fedro*.

propias de cada uno, ¿he dejado caer alguna vez una plabra venenosa o desagradable al oído? ¿Dónde encubro la ciénaga de los vicios? ¿O dónde agito la secreta camarina de la vida humana? [94].

Todos sabemos cuánto se podría decir contra pontífices indignos, obispos y sacerdotes corruptos y príncipes viciosos, en suma, contra cualquier clase social, si siguiendo a Juvenal no me avergonzara de confiar al papel cosas de que muchos no se avergüenzan. Me he limitado a registrar lo que hay de cómico y de absurdo en el hombre, no lo repugnante. Pero de tal manera que, de paso, toco cosas serias y oriento en lo que creo que la gente debe oír.

Sé que no tienes tiempo para descender a estas nimiedades, pero te ruego que, cuando tengas tiempo, trates de fijarte en estas bromas absurdas de la locura. Estoy seguro que las encontrarás mucho más acordes con las ideas de los evangelistas y apóstoles que las elucubraciones de ciertos teólogos, que ellos estiman espléndidas y, como tales, dignas de los grandes maestros. Tú mismo reconoces en tu carta que la mayor parte de lo que escribo es cierto. Pero crees que no es bueno «rascar la herida del delicado oído con la verdad descarnada» *. Si piensas que nunca se debe hablar con libertad y que la libertad sólo se ha de decir cuando no ofende, ¿por qué los médicos prescriben drogas amargas y echan mano de la *hieraprica* [95] entre sus remedios más eficaces? Si los que curan las enfermedades del cuerpo usan estos métodos, no veo por qué no habríamos de emplear los mismos a la hora de curar las enfermedades del alma. «Te emplazo delante de Dios —dice san Pablo— a que arguyas y reprendas a tiempo y a destiempo **. Si el apóstol quiere atacar las faltas desde todos los flancos, ¿cómo quieres tú no tocar la herida, aun cuando se haga con tal delicadeza que nadie pueda molestarse a menos que quiera sentirse molesto él mismo?

[94] Ver el c. 53 de la *Moría,* donde se habla de la ciénaga Camarina y la nota correspondiente.

[95] *Hieraprica*: droga amarga de efectos maravillosos.

* Persio: *Sátiras,* 1, 107.

** *Tim.,* 4, 2.

Pues bien, si existe algún medio para que la gente corrija sus faltas sin herir a nadie, la forma más adecuada es no publicar sus nombres. Otra forma sería abstenerse de mencionar cosas que hieren los oídos de las personas sensibles. Porque, así como ciertas escenas de la tragedia son demasiado crudas para ser presentadas a los espectadores —y es preferible su simple narración—, de la misma manera, en la vida de los hombres hay situaciones de subida obscenidad para que puedan presentarse con decencia. Finalmente, si se ponen en labios de un personaje cómico de modo que agraden y diviertan, el mismo humor de la palabra excluye cualquier ofensa. ¿No hemos visto todos cómo una broma oportuna y a tiempo tiene eficacia sobre los mismos tiranos?

En efecto, ¿piensas que una súplica o razonamiento hubiera calmado mejor la ira del gran rey Pirro que la broma que le hizo el soldado? «Porque —dijo— si nuestra tinaja no nos hubiera delatado, habríamos dicho peores cosas de ti.» El rey rió y le perdonó [96]. Sus razones tuvieron los dos mayores oradores, Cicerón y Quintiliano * para formular las reglas de suscitar la risa. Es tan eficaz el poder del lenguaje con chispa y gracia que hasta podemos gozar de una indirecta bien hecha dirigida contra nosotros, como lo demuestra la historia de Julio César.

Si admites la verdad de lo que he escrito, si ves en ello una broma y no una obscenidad, ¿qué medio mejor se puede arbitrar para curar los males comunes de los hombres? En primer lugar, el placer es el que capta la atención del lector y el que la mantiene. En otros aspectos, dos lectores no buscan la misma cosa, pero el placer los domina a todos, a no ser que alguien sea tan estúpido que no sienta el placer de la palabra escrita. Esos que se ofenden por un libro donde no se mencionan nombres me parece que se asemejan a esas mujeres necias que se ofenden si alguien critica a una mujer de mala vida, como si el insulto fuera dirigido a todas ellas. Y por el contrario, si se dice una palabra de alabanza sobre las mujeres virtuosas se sienten halagadas como si una alabanza a una de ellas se aplicara a todo su sexo. ¡Ojalá que los hombres se vieran ajenos a esta tontería! ¡Y mucho más los que se dicen sabios! ¡Y sobre todo los teólogos!

Si se me inculpa algo de lo que no me siento culpable, no me ofendo, me congratulo conmigo mismo por haber escapado a los males de los que veo que tantos son víctimas. Pero si en algo me afecta y me veo reflejado en ello, no hay razón tampoco para sentirme ofendido. Si soy prudente, ocultaré mis sentimientos y no me delataré a mí mismo. Si soy honesto, actuaré con cautela asegurándome de que en adelante no se me haga un reproche personal que veo delatado en términos generales. ¿No podemos tratar a ese libro mío como el pueblo ignorante trata a las comedias populares? ¡Cuántos denuestos, y con qué desenvoltura, se lanzan contra monarcas, sacerdotes, monjes, mujeres, maridos! Y ¿contra quién no?

Y, sin embargo, puesto que nadie es atacado por su nombre, todo el mundo ríe y admite sin ambages u oculta con disimulo las propias debilidades. Los más violentos tiranos soportan a bufones y payasos, aunque algunas veces les hiera la desvergüenza de insultos directos. El mismo emperador Vespasiano no se inmutaba cuando alguien decía que su cara parecía como si estuviera defecando. ¿Quiénes son, entonces, esas personas tan quisquillosas que no soportan que la *Moría* se ría de la vida común de los hombres sin señalarles? Nunca hubiera sido silbada la Comedia Antigua si se hubiera abstenido de lanzar al aire los nombres de personas bien conocidas.

Por tu carta, querido Dorp, veo que mi libro de la *Moría* ha indispuesto contra mí a todo el cuerpo de los teólogos. ¿Por qué tuviste que atacar a los teólogos con tanta acritud? —me preguntas, deplorando la suerte que me espera. Hasta aquí, todo el mundo ansía leer tus libros y

[96] La Anécdota relativa a Pirro se encuentra en Plutarco *(Vida de Pirro)*; la Alusión a César puede verse en Suetonio *(Vida de los doce Césares)*.

* Cicerón: *De Oratore*; Quintiliano: *Institutio Oratoria*, 6, 3.

quiere verte en persona. Ahora la *Moría,* como Davo [97], lo ha revuelto todo.

Sé que dices esto con la mejor intención y quiero contestarte llanamente. ¿Crees realmente que todo el orden de los teólogos se molesta si se dice algo contra teólogos estúpidos o malos que no merecen tal nombre? Si esta fuera la norma a seguir, nadie podría decir una palabra contra criminales sin tener por enemiga a toda la humanidad. ¿Puede atreverse cualquier rey a negar que ha habido varios malos reyes, indignos del trono que ocuparon? ¿Y obispo tan arrogante que no admita esto mismo de su propio orden? ¿Son los teólogos la única corporación que puede gloriarse de no haber tenido en su seno ningún estúpido, ignorante y quisquilloso? ¿O es que hemos de ver que todos son Pablos, Basilios o Jerónimos?

Pienso, por el contrario, que cuanto más eminente es una profesión, menos son los que pueden responder a esta exigencia. Encontrarás mejores capitanes que príncipes, mejores doctores que obispos. Esto no es un reproche a un orden o cuerpo, más bien es un tributo a los pocos que se han portado con nobleza en el más noble de los órdenes. ¿Por qué, pues, habrían de sentirse ofendidos los teólogos —si es que realmente se han sentido— más que los reyes, los nobles o magistrados y más que los obispos, cardenales y sumos pontífices? ¿O más que los comerciantes, maridos, mujeres, amantes y poetas —pues la *Moría* no omite ningún tipo de mortal— a no ser que sean tan estúpidos que se apliquen a sí mismos cualquier tipo de crítica general dirigida a los malos hombres?

San Jerónimo dedicó un libro a Julia Eustoquio. En él hace el retrato de las malas vírgenes tan magistralmente que ni un segundo Apeles lo podría ver tan vivamente a sus ojos. ¿Se ofendió acaso Julia? ¿Se indispuso con Jerónimo por haber denigrado el orden de las vírgenes? Ni un pelo. ¿Y por qué no? Porque una virgen sensible nunca podía creer que la crítica de sus malas hermanas

[97] *El mismo emperador Vespasiano*: tomado de Suetonio *(Vida de los doce Césares)*; *Davo*: esclavo de Horacio (*Sátiras,* 2, 7).

se dirigía a ella. Debemos pensar más bien que agradeció tal admonición que prevenía a las buenas contra el peligro de deterioro, y por la que las malas podían aprender a cambiar sus caminos.

San Jerónimo escribió *Sobre la vida de los clérigos,* que dedicó a Nepociano. Escribió también *Sobre la vida de los monjes,* obra dedicada a Rústico. Hizo una viva pintura de ambos estamentos, con una crítica amarga y virulenta de sus vicios. Ninguno de los dos se sintió ofendido, pues sabía que nada se aplicaba a ellos. ¿Por qué William Mountjoy [98] —en ningún sentido el menor de la nobleza cortesana— no rompe su amistad conmigo por las numerosas bromas de la *Moría* sobre los cortesanos? Sencillamente porque es tan sensible como virtuoso, y piensa cuerdamente que la crítica de los nobles malos y estúpidos no tiene nada que ver con él. ¿Cuántas bromas no hace Moría a expensas de obispos malos y mundanos? ¿Por qué, entonces el arzobispo de Canterbury no se da por ofendido? Porque es un hombre modelo de todas las virtudes y ninguna de ellas va dirigida contra él.

No necesito extenderme en nombrar a los príncipes soberanos y demás obispos, abades, cardenales y sabios eminentes. Ninguno de los cuales ha mostrado el más ligero signo de desaprobación de la *Moría.* Por lo que a mí respecta, no puedo creer que algunos teólogos estén molestos por este libro, a no ser esos pocos que no lo entienden, o que son tan envidiosos o rencorosos por naturaleza que nada merece su aprobación. Hay algunos individuos entre ellos —de todos es sabido— tan mal dotados de talento y de juicio que son incapaces de cualquier estudio y menos de la teología. Cuando han aprendido unas cuantas reglas de gramática tomadas de Alejandro de Villa-

[98] *Julia Eustoquio*: joven a quien san Jerónimo dedicó su *Tratado sobre la Virginidad; Nepotiano*: joven oficial de la guardia imperial que se hizo monje; *Rústico*: monje galo que mantuvo larga correspondencia con san Jerónimo; *William Mountjoy*: joven aristócrata inglés, discípulo de Erasmo en París, después protector suyo, a quien debe Erasmo sus viajes y estancia en Inglaterra.

dieu [99] y a manejar cierto tipo de sofistería, pasan a memorizar sin comprenderlas diez proposiciones de Aristóteles y otros tantos tópicos sacados de Scoto o de Ockham. Esperan completar esta formación con el *Catholicon* el *Mammetrectus* y otros diccionarios del mismo estilo que les sirven como cuerno de la abundancia [100]. ¡Pero no quieras ver qué erguidas llevan sus cabezas! ¡Nada tan arrogante como la ignorancia!

Tales personas tienen a san Jerónimo por un simple gramático, pues no llegan a entenderlo. Se mofan del griego y del hebreo e incluso del latín y, aunque son más lerdos que cerdos, carecen de sentido común, imaginándose en la cumbre de la sabiduría. Censuran, condenan y sentencian todo; no tienen dudas ni vacilaciones y lo saben todo. Lo curioso es que estos dos o tres individuos crean con frecuencia problemas importantes. ¡Tan obstinada o tan descarada es su ignorancia!

Son éstos los que se empeñan en conspirar contra el verdadero saber. Aspiran a ser algo en el senado de los teólogos y les aterra la simple idea de que un renacimiento del saber a una nueva vida les va hacer aparecer totalmente ignorantes, ya que hasta aquí se les creía como conocedores de todo. Lo suyo es el grito y la oposición, el ataque sistemático a hombres que se consagran a la verdadera ciencia. Son esos a quienes rechaza *Moría* porque no saben griego ni latín. Si una palabra dura se alza contra estos falsos teólogos que sólo piensan en incordiar, ¿qué tiene eso que ver con los verdaderos teólogos, un orden de auténtica distinción? Si es su piedad lo que les indispone, ¿por qué su ira va especialmente dirigida contra la *Moría*? ¿No hay mucha más impiedad, indecencia e invectiva en los escritos de Poggio? [101]. Con todo, en todas

99 *Alejandro Villadieu*: compuso en exámetros una gramática que desde el siglo XIII fue usada como texto y que ya antes de 1500 se imprimió más de cien veces.

100 *Catholicon*: enciclopedia bíblica del siglo XIII, compuesta por el dominico Juan Balbi; *Mammetrectus*: glosario sobre la Biblia, las vidas de los santos y otros escritos devocionales.

101 *Gian Francesco Poggio* (1380-1459): laico al servicio de la curia vaticana, descubridor de importantes manuscritos antiguos.

partes se le aplaude como autor cristiano y se le traduce a casi todas las lenguas. ¿No ataca Pontiano [102] al clero con insultos y pullas? Y, sin embargo, se le lee por su elegancia e ingenio. ¿No hay más obscenidad en Juvenal? Y la gente piensa que da buenas lecciones incluso desde el púlpito. Tácito no perdonó insultos y Suetonio arremetió con hostilidad contra los cristianos. Plinio y Luciano se burlaron de la idea de la inmortalidad del alma. Y, sin embargo, todos les leen por su sabiduría. ¡Yo con razón! Sólo la *Moría* es inaceptable simplemente porque se divirtió a sí misma con sus ingeniosidades no a expensas de los verdaderos teólogos, sino contra vulgares disputas de ignorantes que ostentan el título absurdo de Nuestro Maestro.

Dos o tres de esos charlatanes, disfrazados con la teología a la moda, no cesan de segregar resentimiento contra mí, en base a que yo he maltratado y desfigurado al cuerpo teologal. Por mi parte, aprecio el saber teológico tan altamente que no doy el nombre de ciencia a ningún otro. Admiro y reverencio al orden teologal tanto que yo mismo soy miembro de él y no quiero pertenecer a ninguno otro, si bien la modestia me impide exhibir título tan distinguido. Conozco las exigencias del saber y la vida que exige el nombre de teólogo. Hay algo en la profesión de la teología que está por encima de la capacidad humana. Es un honor propio de obispos, no de personas como yo.

Me basta con saber la máxima de Sócrates de que «sólo sé que no sé nada» y con aplicar mis esfuerzos a ayudar a otros en la medida de lo posible en sus estudios. Y en verdad que no acabo de ver a esos dos o tres teólogos semidioses que tú dices me tienen tan poca simpatía. Desde la publicación de la *Moría* he estado en varios lugares, he vivido en universidades y grandes ciudades y nunca he encontrado ningún teólogo enfadado contra mí.

Aquí es recordado por sus famosas *Facetiae*: bromas, chistes satíricos, celebrados especialmente por los clérigos. Fueron traducidos y difundidos hacia 1500.

102 *Giovanni Pontiano* (1429-1503): latinista napolitano, célebre por sus diálogos al estilo de Luciano.

Aparte, naturalmente, de uno o dos de esos que son hostiles a los estudios liberales. Y aun éstos nunca han pronunciado una palabra de protesta a mis oídos. No me importa mucho lo que digan a mis espaldas, sobre todo cuando tengo a mi favor hombres de tanta valía. Si no temiera, mi querido Dorp, que esto pudiera sonar más a orgullo personal que a sinceridad citaría a numerosos teólogos, todos ellos eminentes por su santidad de vida, eminentes en su saber y de primera fila —algunos de ellos obispos que nunca me mostraron más afecto que a partir de la publicación de la *Moría*.

Diría también que este pequeño libro les gusta más que a mí. Podría citarlos por sus nombres y títulos en este momento si no temiera que tus tres teólogos alargaran su hostilidad a propósito de la *Moría* a hombres tan eminentes como éstos. Uno de los responsables de esta desgraciada situación está contigo según creo —y es sólo una sospecha— y si quisiera pintarlo con sus colores auténticos, nadie se extrañaría de que a ese individuo no le gustase la *Moría*. Y me disgustaría que no le gustase, pues tampoco me gusta a mí, pero me disgusta menos porque no guste a espíritus como el suyo. Doy más crédito a la opinión de teólogos sabios y eruditos que lejos de acusarme de severo hasta alaban mi sinceridad y el tacto con que he tratado un tema tan vidrioso sin sobrepasarme, divirtiéndome sin malicia con algo tan resbaladizo.

Y si me he de atener a los solos teólogos —pues dices que son los únicos ofendidos— todo el mundo sabe lo mucho que el mundo habla de los malos teólogos. La *Moría* no se mete con ninguno de ellos. Simplemente se divierte y pone en solfa su manera de perder el tiempo en discusiones vanas que ni siquiera reprueba. Más bien condena a hombres que se consideran «el no va más» en teología y que son tan dados a luchas verbales —como dice san Pablo— que no tienen tiempo de leer el Evangelio ni a los profetas ni a los apóstoles.

¡Ojalá que fueran pocos, mi querido Dorp, los que están libres de este cargo! Te podría presentar a quienes han pasado ya de los ochenta y que han perdido buena parte

de su vida en naderías de este jaez, sin siquiera haber abierto los Evangelios. Lo descubrí yo mismo y al final lo admitieron ellos también.

Pero ni siquiera en el personaje de la *Moría* me atreví a decir algo que oigo y que los teólogos deploran —y aquí me refiero a los verdaderos teólogos, esto es, a hombres honestos, serios e ilustrados que han bebido la enseñanza de Cristo en su misma fuente—. Cuando están entre personas ante las cuales pueden dar rienda suelta a sus pensamientos, deploran el nuevo género de teología aparecida en el mundo y lamentan que haya desaparecido la vieja teología, mucho más santa y sagrada, tan capaz de reflejar y recordar la doctrina de Cristo. No hablemos de su falta de base: monstruosa, bárbara, artificial, totalmente insensible a las artes liberales y a las lenguas clásicas.

Esta nueva teología está tan adulterada por Aristóteles, por insignificantes invenciones humanas y por las regulaciones humanas que dudo si conoce algo del puro y genuino Cristo. Al detener tanto sus ojos en la instrucción humana pierde de vista el arquetipo. En lógica consecuencia, los teólogos más prudentes se ven con frecuencia obligados a hablar en público de manera diferente a como piensan en sus corazones o a como dicen a sus amigos íntimos. Y hay veces que no saben qué respuesta dar a los que les consultan, sabiendo que Cristo dice una cosa y la enseñanza heredada del hombre prescribe otra. Te pregunto: ¿Qué tiene que ver Cristo con Aristóteles o los misterios de eterna sabiduría con la sutil sofistería? ¿Qué se busca con ese laberinto de temas a debate, que en su mayoría son una pérdida de tiempo o una ponzoña, sino la simple gresca y disensión que crean?

No niego que se hayan de dilucidar algunos puntos y que haya que tomar decisiones. Pero no se me negará que hay muchas y grandes cuestiones que es mejor ignorarlas que investigarlas, viendo como vemos que parte de nuestro conocimiento estriba en aceptar que hay algunas cosas que no podemos conocer, y otras muchas en que la incertidumbre es mucho más provechosa que la misma certeza.

Finalmente, si hay que tomar una decisión, me gustaría ver que se toma con reverencia, no con un sentimiento de superioridad, de acuerdo con las sagradas escrituras y no como producto de la simple mente humana. Hoy no tienen límite las investigaciones inútiles, raíz de todas las discordias entre sectas y facciones, y cada día una formulación destruye a otra. En suma, hemos llegado a un punto en que la base de la doctrina expuesta ya no se basa tanto en la doctrina de Cristo cuanto en las definiciones de los escolásticos y en el poder de los obispos. ¡Así están las cosas! En consecuencia, todo está tan complicado que no hay siquiera esperanza de volver a traer al mundo al verdadero cristianismo.

Todo esto y mucho más lo ven y lo deploran claramente esos teólogos eminentes por su santidad y ciencia. Y atribuyen la primera causa de todo al descaro e irreverencia de la clase moderna de teólogos. ¡Si pudieras entrar en mi alma, mi querido Dorp, y leer mis pensamientos, sólo entonces podrías apreciar mi cuidado para no hablar sobre este tema! Y la *Moría* tampoco aborda estos temas o lo hace muy superficialmente, pues no quería ofender a nadie. Igualmente cauto fui en los demás puntos, no queriendo escribir nada desagradable, difamatorio o provocativo, o lo que podría tomarse como un insulto a cualquier clase de gente.

Si algo se dice sobre la veneración de los santos, podrás advertir que siempre se hace alguna precisión que deja claro que lo que se critica es la superstición de los que veneran a los santos de forma equivocada. Algo parecido vale decir de cuanto he proferido contra los príncipes, obispos y monjes: nunca falta una indicación de que no se intenta un insulto a la institución, sino un reproche a sus miembros corruptos e indignos. Sólo así podía censurar sus faltas sin herir a ningún hombre bueno. Finalmente, al desarrollar mi tema por medio de bromas e ingeniosidades salidas de la boca de un personaje fingido y cómico, creí que incluso los críticos que normalmente son desabridos y mal dispuestos, lo echarían a buena parte.

En suma, que a tu juicio, se me condena no por exceso de severidad, sino por impiedad. ¿Pues cómo oídos piadosos van a aceptar que mi llamada a la felicidad de la vida termine en una especie de locura? Querido Dorp, tú eres comprensivo, y por lo mismo me gustaría saber quién te ha enseñado ese sutil método de falsear las cosas. Lo diré de otra manera: ¿Quién o qué maestro tan astuto ha sobornado tu natural honradez para lanzar este cargo insidioso contra mí?

El método adoptado por estos pervertidores de la verdad es escoger un par de palabras y sacarlas de su contexto, incluso cambiando a veces su significado e ignorando aposta cuanto pudiera matizar o explicar la frase que de otro modo pudiera parecer dura. Es un lema que Quintiliano apunta y enseña en sus *Instituciones* *. Nos dice que presentemos nuestra causa con toda clase de pruebas y apoyos, así como todo aquello que pueda atenuar o debilitar la contraria o por el contrario ayudar a nuestra causa. Por otro lado, se han de citar los argumentos del adversario, desprovistos de todo esto y en los términos más odiosos posibles.

Tus amigos han aprendido este lema, no de las enseñanzas de Quintiliano, sino de su mala disposición. Y ésta es la razón de por qué con frecuencia las palabras que nos hubiera gustado oír si se hubieran citado como fueron escritas, resultan ofensivas cuando se extrapolan. Te pido que vuelvas a leer el pasaje y te fijes en las etapas y desarrollo del argumento que lleva a mi conclusión de que la felicidad es una especie de locura. Toma nota también de las palabras que uso para explicar esto. Lo que tú puedas encontrar, lejos de ofender a oídos piadosos, les producirá un placer auténtico. Cuanto haya de ofensivo no está en mi libro sino en tu versión del mismo.

Cuando la *Moría* argumentaba que su nombre podía extenderse a todo el mundo y demostraba que la felicidad de todos los humanos dependía de ella, no hacía otra cosa que repasar la vida de todo tipo de hombres, terminando

* Quintiliano: *Instituciones,* L. 5.

en los reyes y pontífices. Pasó después a los apóstoles y al mismo Cristo, en quienes encontramos una especie de locura que le atribuyen las sagradas escrituras. No hay peligro para nadie en imaginar que los apóstoles y el mismo Cristo estaban locos en el sentido literal.

Pero en ellos hay también una especie de debilidad debida a los efectos humanos que comparados con la sabiduría eterna pueden parecer no totalmente prudentes. Esta es ni más ni menos la locura que triunfa sobre la sabiduría del mundo. Sin duda por eso, el profeta * compara la justicia de los mortales al paño sucio de la mujer menstruada. No porque la justicia de los hombres buenos esté manchada, sino porque por muy pura que sea la justicia humana sigue siendo un tanto impura si se la compara con la pureza inefable de Dios. Al presentar una necedad o moría que es cuerda, mostré también una locura que es sana, y una furia que mantiene sus sentidos.

Para suavizar un poco lo que seguía sobre la felicidad de los bienaventurados cité las tres formas de furia o locura descritas por Platón **, la más feliz de las cuales es la de los amantes, pues les saca de ellos mismos. En el caso de las personas piadosas, el éxtasis es tan sólo una pregustación de la felicidad futura en la que todos quedaremos absortos en Dios, estando más en él que en nosotros mismos. Pues bien, Platón llama locura cuando alguien es alienado de sí mismo y existe en el objeto de su amor, donde encuentra su felicidad. ¿Te das cuenta ahora de mi cuidado por distinguir en el pasaje siguiente entre tipos de insensatez y locura a fin de que un lector demasiado literalista no interpretara mal mis palabras?

Pero no es éste el problema real, y tú lo sabes muy bien. Son mis palabras o mi lenguaje lo que ofende a los oídos piadosos. Pero, ¿por qué no se ofenden también cuando oyen hablar a Pablo de la «locura de Dios» y de la «locura de la cruz»? ***. ¿Por qué no traen a cuento a

* *Isaías,* 64, 6.
** Platón: *Simposio.*
*** *2 Cor.,* 5, 21.

santo Tomás? Escribe del éxtasis de san Pedro que «en su piadosa locura comenzó el sermón de los tabernáculos» *. Por locura entiende la dicha santa y extática de Pedro; y sus palabras se cantan en las iglesias. Entonces, ¿por qué no citan una de mis propias oraciones en que yo aludía a Cristo como operador de ensalmos y encantamientos?

San Jerónimo llama a Cristo samaritano, aunque era judío. Pablo le llama también «pecado» —algo más fuerte que «pecador»— y también «maldición» **. Pero si se toma con el espíritu con que Pablo lo escribió, ciertamente es un piadoso tributo. De modo semejante, si alguien quisiera llamar a Cristo ladrón, adúltero, borracho o hereje, ¿no se taparían sus oídos los piadosos? Pero si lo expresa con un lenguaje adecuado, y si su razonamiento lleva, digamos, como de la mano a comprender cómo Cristo venció por la Cruz y devolvió a su Padre el cuerpo magullado por las dentelladas del infierno; cómo atrajo a sí a la sinagoga de Moisés, como la mujer de Uría, para que de ella pudiera nacer un pueblo pacífico; cómo ebrio con el mejor vino de la caridad se entregó libremente por nosotros; cómo introdujo una nueva forma de enseñanza, tan alejada al mismo tiempo de los postulados de los sabios y de los no sabios; ¿cómo —sigo preguntando— puede ofenderse alguien, especialmente cuando encontramos a menudo en las sagradas escrituras cada una de las palabras usadas en su buen sentido? Esto me recuerda que en *Chiliades* llamé a los apóstoles silenos. Dije, en efecto, que Cristo mismo fue una especie de sileno ***. Pues bien, habría sido intolerable que cualquier crítico lleno de prejuicios se hubiera despachado con una interpretación irreverente, siendo así que cualquier persona equilibrada y piadosa, si ve lo escrito por mí, advertirá inmediatamente el aspecto alegre.

* *Comentario a san Mateo,* 17, 5.
** *Gal,* 3, 13.
*** Alusión a su obra *Adagios*

Me sorprende realmente que tus amigos no hayan observado la cautela con que me expresé y el cuidado que puse para matizar mis palabras. Esto es lo que yo escribí: «Ya que me he vestido con la 'piel de león' permitidme decir otra cosa. La felicidad que los cristianos buscan con tantos trabajos no es más que una especie de locura y necedad. No os fijéis en las palabras, considerad más bien la realidad.» ¿Ves cómo desde el principio, cuando la *Moría* se dispone a hablar sobre algo tan sagrado, aligero el tono con el proverbio de «vestir una piel de león»?

Y no me refiero simplemente a la locura o insensatez, sino a cierta especie de «necedad y locura» para que se entienda que quiero significar una piadosa insensatez y una feliz locura, de acuerdo con la distinción que he tratado de hacer. No satisfecho con esto añado «cierta», para que quede claro que hablo figurativa, no literalmente. No satisfecho todavía, me guardo de cualquier ofensa que pueda surgir del tono mismo de las palabras, pidiendo que se preste más atención a lo que digo que a cómo lo digo. Así se hace constar expresamente en las palabras iniciales de mi razonamiento. Y luego, cuando desarrollo el tema, ¿uso palabras que no sean piadosas y comedidas y, de hecho, más reverentes de lo que conviene al personaje de la *Moría*? En este lugar, preferí por un momento olvidar la consistencia antes de echar por tierra la dignidad del tema. Preferí ofender a la retórica antes que herir a la piedad.

Finalmente, al acabar mi exposición —para no molestar a nadie, ya que hice hablar a un personaje cómico como la *Moría* sobre un tema tan sagrado— me excusé con estas palabras: «Pero me he olvidado de quién soy, y me he pasado de la raya. Si algo he dicho que parezca impudencia o garrulería, recuérdese que es la *Moría* y una mujer la que habla» .

Puedes observar que he sido siempre sumamente cauto para evitar lo que pudiera ser ofensivo. Pero las orejas de algunos sólo están abiertas a proposiciones, conclusiones y corolarios y no prestan atención a esto. ¿Qué pretendía yo con el prólogo del libro sino evitar equívocos? No dudo que satisfará saberlo a cualquier lector sin prejuicios. Pero, ¿qué hacer con esos que no quieren satisfacerse, sea por su natural obstinación, sea porque son tan romos que no entienden lo que les podía satisfacer? Simónides decía que los de Tesalia eran demasiado romos para poderlos engañar, y aquí tenemos gentes demasiado estúpidas para poderlas apaciguar. Y no ha de sorprender el que haya temas deformados si alguien se empeña en deformarlos. Si alguien lee las obras de Jerónimo con un espíritu similar, topará con cientos de lugares que se prestan a una interpretación errónea. Y hay pasajes que pueden calificarse de heréticos entre los más cristianos de todos los sabios de la Iglesia, por no mencionar ahora a Cipriano, Lactancio, y otros.

Finalmente, ¿cuándo se ha oído que un ensayo humorístico esté sometido al escrutinio teológico? Si tal es la práctica, ¿por qué no aplican esta regla a todos los escritos y malabarismos de los poetas modernos? En ellos encontrarán cantidad de obscenidades y mucho que huele a paganismo. Pero como quiera que no están catalogados en obras serias, ningún teólogo piensa que van con él.

No quisiera, sin embargo, parapetarme en un ejemplo como éste. No querría haber escrito nada, incluso en broma, que pudiera ofender en ningún sentido la piedad cristiana. Sólo pido que alguien quiera entender lo que he escrito, alguien honesto y abierto, que esté dispuesto a comprender sin prejuicios que le lleven a una falsa interpretación. Pero si tuviera que contar primero a los que carecen de capacidad y juicio, a los que nunca han estado en contacto con las bellas letras —infectados como están más bien de una doctrina limitada y confusa— y, finalmente, a los que son hostiles a cualquiera que sabe lo que ellos no saben, dispuestos como están a desfigurar todo lo que llega a su conocimiento, sólo entonces se podría estar seguro de escapar a la calumnia no escribiendo nada.

Hay también mucha gente que hace estas falsas acusaciones por el simple deseo de ganar reputación, pues nada

es tan fatuo como la ignorancia combinada con el propio saber. Y entonces, cuando su sed de fama no puede quedar satisfecha por medios honrados, en vez de una vida oscura prefieren imitar al joven de Esopo que buscaba llamar la atención prendiendo fuego a los faros más célebres del mundo. Como no pueden publicar nada digno de leerse, se dedican a hacer agujeros en las obras de los hombres famosos.

Entre éstos no me cuento yo, claro, pues soy nada. Y mi juicio sobre l*a Moría* es tan insignificante que nadie necesita suponer que estoy aburrido de ella. No me sorprende, pues, lo más mínimo que esa clase de personas que acabo de describir entresaque varios puntos de una extensa obra y los presente como escandalosos, irreverentes, impíos u olientes a herejía —errores, naturalmente, que introducen ellos y que no se encuentran allí—.

Sería mucho más conciliador y mucho más de acuerdo con la sinceridad cristiana apoyar y estimular la actividad de hombres eruditos. Y si se deslizan en el error, pasarlo por alto o interpretarlo con benevolencia más que adoptar una postura hostil hacia puntos criticables, considerándose como informador profesional más que como teólogo. Las cosas irían mucho mejor si pudiéramos enseñar o aprender combinando nuestras fuerzas —en frase de san Jerónimo— si pudiéramos contender en el campo de las letras sin herirnos mutuamente.

Lo que sorprende en esta clase de personas es que para ellas no hay término medio. En algunos de los autores que leen, pueden encontrar cualquier pretexto para defender incluso el más craso de los errores que llega a su conocimiento. Otros, por el contrario, tienen tantos prejuicios que no se puede decir nada con suficiente circunspección que escape a sus atronadoras acusaciones. ¡Cuánto mejor sería que en vez de rasgar las vestiduras a otros y a sí mismos, perdiendo su tiempo y haciéndolo perder a otros, aprendiesen griego y hebreo, o al menos, latín! El conocimiento de estas lenguas es tan importante para entender las sagradas escrituras que me parece un burdo descaro que alguien asuma el nombre de teólogo sin conocerlas.

Por eso, mi querido Dorp, te pido —y seguiré pidiéndote como hice ya— que por tu propio interés completes tus estudios con el aprendizaje del griego. Estás dotado de raro ingenio. Tienes un estilo enérgico y vigoroso y tu palabra fluye abundante. Es indicio de un espíritu fecundo y generoso en ideas. No sólo estás en la flor de la vida, sino también en la plenitud de tus facultades y acabas de terminar tu carrera con éxito. Si a tan distinguido comienzo añadieras el colofón del griego, te aseguro que podría prometerme a mí mismo y a los demás algo que no ha alcanzado hasta ahora ningún teólogo.

Quizá pienses que todo saber humano es despreciable comparado con el amor de la piedad verdadera, y creas que puedes llegar a tal sabiduría más rápidamente por la transformación en Cristo. Quizá puedas creer también que aquello que merece la pena entender se comprende mejor a la luz de la fe que por los libros de los hombres, y yo puedo compartir tu opinión. Pero te equivocas de medio a medio si piensas que el mundo actual puede comprender mejor la teología sin el conocimiento de las lenguas, especialmente la que nos ha transmitido la mayor parte de las sagradas escrituras.

Mi único propósito es convencerte de esto. ¡Tan grande es mi deseo como mi amor por ti y mi interés por tus estudios! Y tú sabes lo que te quiero, y el interés que pongo en tus estudios no tiene límites. Pero si no te convences, escucha al menos las razones de alguien lo suficientemente amigo para pedirte que hagas la prueba. Soportaré cualquier baldón con tal que admitas que mi consejo era amistoso y desinteresado. Si en algo estimas mi amor por ti, si piensas que debes algo a nuestra común patria —o a lo que no me atrevería a llamar mi saber, o por lo menos, a mi laboriosa preparación en las letras, o a mi edad, pues por los años podría ser tu padre— haz que se cumpla mi deseo y deja que mi disposición o mi buena voluntad te convenza, si es que no pueden hacerlo mis razones.

Has alabado con frecuencia mi elocuencia. Pues bien, no lo creeré si ahora no te convenzo. Si lo hicieres, sería-

mos ambos felices: yo por haber dado el consejo y tú por haberlo aceptado. Y si bien eres el más querido de los amigos, serás más querido todavía, porque he hecho que te aprecies más a ti mismo. Si fracaso, temo que a medida que vayas avanzando en edad y en experiencia llegues a apreciar el consejo que te di y a condenar tu actual actitud. Y por fin, como sucede generalmente, te darás cuenta de tu error cuando sea demasiado tarde. Podría darte los nombres de grandes personalidades que tuvieron que comenzar a aprender el griego como chiquillos cuando peinaban ya canas, porque a la larga se dieron cuenta de que toda erudición es manca y ciega sin él.

Me he alargado mucho sobre este tema. Volviendo a tu carta, veo que piensas que el único camino que me queda para apaciguar la hostilidad de los teólogos y recuperar su favor anterior es hacer una especie de «retractación» y encomio de la sabiduría en oposición a mi elogio de la locura. Me aconsejas y me pides que lo haga. Sabes, mi querido Dorp, que soy hombre que no desprecia a nadie más que a sí mismo y que no desea tanto como estar en paz con todo el mundo y que para ello no dudaría embarcarme en tal aventura si previera que tiene éxito. No sólo desaparecería cualquier tipo de animosidad surgida entre un puñado de personas llenas de prejuicios y sin educación, sino que creo que se fomentaría más. Es preferible dejar que duerman los perros y no remover esta Camarina [103]. Sería más prudente —no quiero equivocarme— dejar que el tiempo acabe con este mal.

Voy ahora a la segunda parte de tu carta. Admiras sobre manera mi cuidado en la restauración del texto de Jerónimo y me instas a que lleve adelante la obra. Bien, espoleas a un caballo fogoso, pero lo que yo necesito no es tanto ánimo como ayuda, pues el trabajo resulta muy difícil.

Pero no quiero que me creas en el futuro si ahora no digo la verdad: a tus teólogos tan ofendidos por la *Moría,*

103 Ver *nota* 94.

no les gustaría la edición de Jerónimo. Y no estarán mucho mejor dispuestos hacia Basilio, Crisóstomo o Gregorio Nacianceno, que lo están hacia mí, aunque su agresividad hacia mí no tiene límites. Sin embargo, en los momentos de más desesperación no dudan en lanzar insultos incluso a estas lumbreras del saber. Les aterran las buenas letras y son temibles por su tiranía. Déjame decirte que esto no es un juicio precipitado mío.

Cuando inicié la obra y comenzaban a correr noticias de ella, ciertos individuos que pasaban por eruditos serios y se consideraban teólogos eminentes corrieron a suplicar al impresor por todo lo más sagrado que no incluyera ni una palabra griega o hebrea. Estas lenguas estaban preñadas de inmenso peligro, no ofrecían ventaja alguna y sólo servían para satisfacer la curiosidad de los hombres. Anteriormente, estando yo en Inglaterra, tuve la oportunidad de comer con un franciscano, seguidor de Scoto —primero de ese nombre— con reputación de sabio entre la gente y, a su juicio, conocedor de todo lo que hay que saber.

Cuando le dije lo que estaba haciendo con el texto de Jerónimo, su asombro de que pudiera haber algo en los libros de este autor que los teólogos no entendieran, no puede expresarse con palabras. La verdad es que su ignorancia era tal que me sorprendería el que pudiera entender tres líneas seguidas de las obras de san Jerónimo. Este amable fraile llegó a decirme que si tenía alguna dificultad en mi introducción a Jerónimo, ya la había aclarado el Bretón en su comentario [104].

¿Qué se puede hacer con teólogos como éste, mi querido Dorp? ¿O qué se puede esperar de ellos sino que un buen médico les cure su cerebro? Y, sin embargo, es esta clase de hombres los que más gritan en la asamblea de los teólogos y los únicos que hacen afirmaciones de cristianismo. Les horroriza lo que creen un mal y un peligro mor-

104 *Scoto —primero de este nombre*: se refiere a Scoto Eriúgena, filósofo neoplatónico del siglo IX de tendencia monista; *Bretón*: teólogo dominico del siglo XIII.

tal, a saber: lo que san Jerónimo y Orígenes mismo en su ancianidad consiguieron con tanto trabajo para poder ser verdaderos teólogos. Y san Agustín siendo ya obispo y de edad avanzada lamenta en sus *Confesiones* que siendo joven no hubiera querido aprender algo tan útil para la interpretación de las Sagradas Escrituras [105]. Si hay peligro no temo correr ese riesgo buscado por hombres de tanta sabiduría. Si es cuestión de curiosidad no quiero ser más santo que Jerónimo. Y los que afirman que no hizo más que curiosidad que juzguen por sí mismos el servicio que le prestan.

Todavía está en vigor un antiguo decreto pontificio sobre el nombramiento de doctores para enseñar algunas lenguas en las universidades. Que yo sepa, sin embargo, no hay provisión semejante para la enseñanza de la sofística o de la filosofía de Aristóteles. Aparte de las dudas que ofrecen los decretos sobre la licitud de aprenderla o no. Y son muchos y grandes los autores que desconfían de estas materias como tema de estudio. ¿Por qué, pues, despreciar la orden pontificia y entregarnos a lo que está dudosamente recomendado o positivamente desaconsejado?

A pesar de todo, Aristóteles sufre el mismo sino que las sagradas escrituras. Por todas partes encontramos a Némesis, dispuesta a ejercer venganza por nuestro desprecio por las lenguas. Y también aquí los teólogos se entregan a sueños y fantasías, produciéndose curiosas anomalías, de modo que se pasan en unos puntos y no llegan en otros. Se debe a esos teólogos magníficos que de todos los escritores que Jerónimo cita en su *Catálogo,* apenas si sobrevive alguno, por la simple razón de haber escrito lo que nuestros maestros no pueden entender. A ellos debemos la condición corrupta y defectuosa en que actualmente tenemos a san Jerónimo, a fin de que otros tengan que

[105] *Orígenes* se entregó muy tarde al estudio del hebreo para poder comprender mejor la Escritura. *San Agustín*: es bien conocido su pensamiento acerca de las lenguas griega y hebrea para el estudio de la Escritura. Lamentó siempre no conocerlas bien.

trabajar más duramente para restaurar sus palabras, que lo hiciera él al escribirlas [106].

Paso ahora a la tercera parte de tu carta relativa al Nuevo Testamento. Y me pregunto qué es lo que te pasó y hacia dónde apuntaba tu ingenio, siempre tan agudo. No tienes por qué creer que yo haya hecho cambios, excepto allí donde el sentido podía ser más claro en el texto griego. Y no dejarás de admitir que hay lagunas en la versión que usamos llamada generalmente *Vulgata* [107]. Crees que es sacrílego hacer enmiendas en algo que ha sido confirmado por la aprobación de tantos siglos y de tantos concilios de la iglesia. Si tú, con todo tu saber, mi querido Dorp, crees estar en lo cierto, ¿puedes explicarme por qué las citas de Jerónimo, Agustín y Ambrosio difieren a menudo del texto que usamos nosotros? ¿Por qué Jerónimo critica y corrige palabra por palabra muchos de los pasajes que todavía aparecen en nuestra versión? ¿Qué harías tú frente a tal consenso de pruebas: cuando los textos griegos que Jerónimo cita dan diferente lectura, cuando los textos latinos ofrecen la misma lectura y cuando el sentido se aplica mejor al contexto general?

Creo que no puedes ignorar esto y seguir tu propio texto, que puede estar viciado por los errores del copista. Nadie afirma que todo lo que hay en la Escritura sea mentira —esta es la conclusión que sacas— y nada de esto

[106] *Catálogo*: obra de san Jerónimo sobre los *Hombres famosos.* Podrá apreciarse por esta última parte de su carta el fervor de Erasmo hacia san Jerónimo, por su conocimiento de la Biblia y por su conocimiento de las cuatro lenguas: latín, griego, hebreo y arameo. Todo ello hace del santo el prototipo de teólogo que Erasmo quiere ver en su tiempo.

[107] *Vulgata*: edición latina de la Sagrada Escritura. Su traducción al latín es de autor desconocido, si bien san Jerónimo hizo correcciones.

Erasmo intentó en su *Novum Instrumentum* una versión latina más fiel, basada en el texto griego. Publicó, pues, en 1516, una nueva versión latina del Nuevo Testamento junto con el texto griego. Esta edición hace de Erasmo uno de los primeros iniciadores de la restauración del texto bíblico como base para el conocimiento escriturístico.

tiene que ver con la disputa personal entre Agustín y Jerónimo. Pero la verdad exige —y esto lo ve hasta el más ciego— que hay con frecuencia pasajes que han sido mal traducidos por inexperiencia o descuido del traductor. Y con frecuencia una lectura verdadera y fiel ha sido viciada por copistas sin preparación —algo que vemos sucede cada día— o a veces incluso alterada por escribas medio conscientes de lo que hacen.

Entonces, ¿quién está dando pie a una mentira, el hombre que corrige y restaura estos textos o el que acepta un error pudiendo corregirlo? Sobre todo tratándose de algo característico de textos adulterados en que un error engendra otro. Añádase que las enmiendas hechas por mí se refieren principalmente a matices de un pasaje más que a su significado real, aunque se dan con frecuencia pasajes en que los matices alteran casi todo el significado, con lo que a veces todo el pasaje se viene abajo. En casos como éstos, ¿qué hubieran hecho Agustín, Ambrosio, Hilario y Jerónimo sino recurrir a las fuentes griegas? Y aparte de que esta práctica ya ha sido sancionada por decretos eclesiásticos, ¿se puede saber a qué viene ahora tu salida de tono, tratando de refutar o más bien tergiversar el argumento con sutilezas?

Dices que en su tiempo los textos griegos eran más fiables que los latinos, pero que ahora la situación ha cambiado, y que por lo mismo deberíamos confiar en los escritos de aquellos que no están de acuerdo con la enseñanza de Roma. Me resisto a creer que ésta sea tu opinión. ¿De verdad? Entonces, ¿no debemos leer las obras de los que no tuvieron la fe cristiana? ¿Por qué, pues, se presta tanta autoridad a Aristóteles, pagano que nunca tuvo que ver con la fe? Los judíos no aceptan la enseñanza de Cristo. ¿Es que los profetas y los salmos, escritos en su lengua, no tienen sentido para nosotros?

Señálame, por favor, los puntos en que los griegos difieren de las creencias latinas ortodoxas. Nada encontrarás que tenga su origen en las palabras del Nuevo Testamento o haga referencia a ellas. La disputa entre ambos se apoya en la palabra *hipóstasis,* en la procesión del Espíritu Santo, en las ceremonias de la consagración, la pobreza de los sacerdotes y el poder del romano pontífice [108]. Ninguna de ellas se apoya en textos adulterados. ¿Qué dirías al encontrar la misma interpretación en Orígenes, Crisóstomo, Basilio y Jerónimo? Sin duda que nadie ha alterado los textos griegos, incluso en su tiempo. ¿Ha encontrado alguien un solo pasaje en que los textos griegos hayan sido falsificados? ¿Por qué habrían de hacerlo cuando no los usan para defender sus creencias? Tenemos, además, el testimonio de Cicerón, no muy favorable a los griegos, pero que siempre admite que los textos griegos fueron más fiables que los que poseemos. Sus mismos caracteres, los acentos y la dificultad de escribir el griego, no permiten cometer tantas faltas, y se pueden corregir más fácilmente.

Cuando me dices que no debería apartarme de la versión vulgata que ha merecido la aprobación de tantos concilios, te portas como uno de esos teólogos populares que siempre dan autoridad eclesiástica a todo lo que ha venido a ser de uso común. ¿Puedes, sin embargo, aportar un solo concilio en que haya sido aprobada esta versión? ¿Quién la podrá aprobar cuando nadie conoce su autor? Que no fue Jerónimo, lo atestiguan sus mismos prólogos. Pero caso de que la aprobara cualquier concilio, ¿se negaría a permitir cualquier enmienda en consonancia con las fuentes griegas? ¿Significaría aprobar todos los errores que se hubieran colado de distintas maneras?

«Aprobamos esta versión aunque no conocemos a su autor. No permitimos cambio alguno aun cuando los más depurados textos griegos tengan una lectura diferente o Crisóstomo, Basilio, Atanasio o Jerónimo hayan leído algo diferente que se ajuste mejor al sentido de los Evangelios, aunque en los demás aspectos tengamos en alta estima su autoridad. Ponemos además el sello de nuestra aprobación sobre cualquier error o corrupción, sobre cualquier

---

108 Puntos de diferencia entre la Iglesia oriental y la Iglesia latina o romana. Obsérvese cómo Erasmo dice que ninguno de estos cuatro puntos se basa en la Escritura. Sin duda por eso las iglesias orientales son *cismáticas = separadas,* no *herejes.* Con razón, pues, se consideran y se llaman *ortodoxas*: de la fe recta o verdadera.

adición u omisión, que hubiese surgido por cualquier medio: por ignorancia o presunción de cualquier copista, o por su incompetencia, embriaguez o negligencia. No concedemos a nadie permiso para cambiar el texto una vez aceptado.»

Declaración absurda, dirás. Pero debe haber algo parecido a esto si te empeñas en traer un concilio que me impida realizar la tarea que me he propuesto.

¿Qué decir, finalmente, si vemos que hay variantes, incluso en las copias de esta versión? ¿Podría una asamblea aprobar realmente estas contradicciones, previendo sin duda las alteraciones que diferentes manos habían de hacer? Ojalá, mi querido Dorp, encontraran tiempo los romanos pontífices para formular saludables declaraciones sobre estos puntos que permitieran restaurar las nobles obras de los grandes autores y preparar y editar sus ediciones expurgadas.

No quisiera, sin embargo, tener como miembros de este consejo a esos que se dicen teólogos, indignos de tal nombre y cuyo único propósito es dar un status oficial a su propio saber. ¿Pero es que hay algo en su ciencia que no sea irrelevante y confuso? De triunfar estos déspotas, todo el mundo se vería obligado a rechazar las mejores autoridades y a considerar sus estúpidas afirmaciones como de inspiración divina. Aunque la falta de verdadera ciencia es tal que mientras no adquieran una mayor cualificación preferiría ser un humilde artesano al mejor de entre ellos. Son gente que no necesita cambios en un texto, por miedo a revelar su ignorancia. Son ellos los que se oponen a mí con la falsa autoridad de los concilios y exageran la seria crisis de la fe cristiana.

Difunden rumores sobre el peligro de la Iglesia —que piensan sostienen con sus espaldas, aunque harían mejor tirando de una carreta— y otras calamidades al oído del vulgo ignorante y supersticioso que les considera teólogos auténticos y está pendiente de sus labios. Temen que cuando citan mal la Escritura —y lo hacen con frecuencia—, alguien les haga frente con la autoridad de la ver-

dad en griego o hebreo, y aparezca entonces que los llamados oráculos no son más que necios y vagos.

San Agustín, que fue un gran hombre y un gran obispo, no desdeñó aprender de un niño de un año. Pero personas como éstas prefieren llevar a confusión antes que aparecer como ignorantes de cualquier detalle relativo al conocimiento absoluto, aunque no veo en esto nada que concierna a la sinceridad de la fe cristiana. Si lo hubiera, sería una razón más para mis trabajos.

Es claro que no puede haber peligro de que nadie abandone a Cristo por haber oído que algún pasaje de las Sagradas Escrituras ha sido adulterado por un copista ignorante o medio dormido o interpretado erróneamente por algún traductor. Hay otras razones para este peligro, pero me cuidaré de decir aquí nada de ellas.

Se mostraría un espíritu cristiano mucho mayor si cada hombre dejara a un lado sus razones y contribuyera sinceramente al bien común, deponiendo su orgullo para aprender lo que no sabe y cediendo en su altanería para enseñar lo que sabe. Si hay algunos sin demasiadas letras para poder enseñar o demasiado orgullosos para estar dispuestos a aprender, son pocos y pueden ser ignorados. Nuestra atención se fija más bien en aquellos que presentan buenas cualidades o, en todo caso, son prometedores. En alguna ocasión mostré mis anotaciones, sin revisar y todavía calientes de la fragua —como quien dice—, a ciertos hombres sin prejuicios. a teólogos eminentes y obispos ilustres. Todos ellos declararon que incluso estas notas elementales les fueron sumamente iluminadoras para su comprensión de las Escrituras.

Me dices a continuación que Lorenzo Valla emprendió este trabajo antes que yo. Lo sé; pero yo fui el primero en leer su *Notas sobre el Nuevo Testamento* [109]. Conozco también los comentarios de Jacques Lefèvre a las cartas de san

[109] Las Notas de Lorenzo Valla iniciaron a Erasmo en el estudio del texto bíblico, al que se debían aplicar las mismas reglas que a los textos profanos.

Pablo [110]. ¡Y ojalá que sus respectivos trabajos hubieran hecho innecesarios mis propios esfuerzos! Ciertamente, Valla merece los mejores elogios, si bien se han de atribuir más a su retórica que a su teología. Sabido es que en su trabajo sobre las Sagradas Escrituras se centró en comparar los textos griegos con los latinos. Aunque también es cierto que un buen número de teólogos no han leído seguido el Nuevo Testamento. Sin embargo, no estoy de acuerdo con él en sus conclusiones en varios puntos, sobre todo aquellos que se refieren a la teología.

Jacques Lefèvre se dedicó a escribir sus comentario, mientras yo preparaba mi trabajo, y fue una lástima que incluso en nuestras conversaciones más íntimas ninguno de los dos mencionara lo que estábamos haciendo. No supe lo que traía entre manos hasta que salió de la imprenta su obra. Admiro muy mucho su trabajo, aunque no estoy tampoco de acuerdo con él en varios puntos. Lo lamento, ya que quisiera identificarme con un amigo como él en todos los aspectos. Pero la verdad cuenta más que la amistad, sobre todo en lo que respecta a las Sagradas Escrituras.

Me pregunto, sin embargo, por qué quieres enfrentarme a estos dos autores. ¿Es que tratas de disuadirme de una tarea que crees ha sido ya realizada? Pero está claro que tuve buenas razones para llevar a cabo esta obra aun cuando lo hiciera después de tan grandes hombres. ¿O quieres indicar que los mismos teólogos desaprueban sus actividades? Yo personalmente no acabo de ver cómo Lorenzo pudo suscitar un resentimiento tan continuado. Y por lo que sé de Lefèvre, se le admira en todo el mundo.

¿Has pensado que yo trato de hacer algo diferente? Lorenzo se limitó a anotar ciertos pasajes —sin profundizar y como de pasada, según la expresión vulgar. Lefèvre, por su parte, sólo ha publicado comentarios a las cartas de san Pablo, que traduce a su estilo, añadiendo de paso notas, allí donde había puntos en disputa.

110 *Jacques Lefèvre d'Etaples*: humanista cristiano francés que, además de su traducción de Aristóteles, tradujo las cartas de san Pablo. Su trabajo sobre la Escritura no convenció a Erasmo.

Mi trabajo ha sido traducir el Nuevo Testamento de los textos griegos, poniéndolos enfrente, para una fácil confrontación. He añadido notas separadas del texto en que demuestro, en parte con ejemplos y en parte con el testimonio de teólogos primitivos, que no he cambiado nada en mi versión sin el cuidado debido. Espero que mi trabajo de corrección merecerá confianza y que mis enmiendas no puedan cambiarse fácilmente. ¡Ojalá que mi esmerado trabajo logre su éxito!

Por lo que respecta a mis relaciones con la Iglesia, no dudaría dedicar mi humilde trabajo a cualquier obispo o cardenal, o incluso a cualquier romano pontífice, con tal que sea como el que tenemos ahora [111]. Finalmente, aunque ahora me desanimas de su publicación, estoy seguro que te felicitarás tú también cuando la obra esté en la calle, dado el gusto que has mostrado por aprender y sin el cual es imposible un verdadero juicio sobre estas cuestiones.

Mi querido Dorp, te has hecho acreedor de una doble gratitud por este último servicio —la de los teólogos de los que te has hecho portavoz, y la mía, por haberme dado prueba clara de tu afecto en el tono amistoso de tu admonición—. Tú, a tu vez, estoy seguro que echarás a buena parte mi explicación sincera. Y si eres sensato como lo eres, estarás más dispuesto a oír mi consejo, que sólo deseo tu interés, que el de otros que sólo ansían atraer hacia sí un talento nacido para cosas más altas, pero que sólo quieren fortalecer su opinión arrastrando a tan distinguido líder. Que escojan un partido mejor, si pueden; pero si no pueden, tú mismo puedes elegir el mejor. Si no puedes hacer de ellos hombres mejores, como espero lo intentas tú, al menos espero que ellos no te hagan peor. Seguro que habrás de defender mi causa ante ellos con la misma con-

111 Las relaciones amistosas de Erasmo con León X, papa entonces, con Enrique VIII, Carlos V, y más tarde con Francisco I de Francia, son testimonio de la veracidad de esta frase. Sabido es que el *Novum Instrumentum* fue dedicado al papa León X y que éste leía con placer la *Moría*. Por encima de todo, a estos personajes tan diferentes les une su condición de humanistas.

vicción con que los defendiste ante mí. Y los aplacarás, en cuanto es posible, haciéndoles ver que actúo como actúo sin ninguna intención de insultar a los que no comparten mi saber, sino con el interés del bien de la comunidad. Es algo que quedará manifiesto a cualquiera que haga uso de él, si lo desea, sin obligar a nadie a que lo acepte. Diles también que si alguien se presenta con la capacidad o el deseo de ofrecer mejor dirección que yo, seré el primero en romper y destruir mi obra y en adoptar su manera de pensar.

Mis mejores deseos para Juan Desmarais. Hazle ver esta defensa de la *Moría,* a propósito del comentario sobre ella que le dedicó mi amigo Lijster [112]. Recuérdame con afecto ante el doctísimo Nevio y ante mi caro amigo Nicolás de Beveren, preboste de san Pedro. Sé el afecto que te une al abad Menard, y conociéndote como te conozco, no dudo de tu sinceridad. Ello hace que yo también tenga afecto y respeto por él y no quisiera olvidar su honorable mención en mis obras en la primera oportunidad.

Un fuerte abrazo de despedida para ti, mi amigo, el más querido de los mortales.

Amberes, año de 1515.

112 Los nombres a los que se alude en este párrafo eran personajes de las letras y de la aristocracia, amigos por diferentes razones de Erasmo. De entre ellos merece destacarse *Lijster,* estudiante de medicina en Basilea, que trabajó para el impresor Froben. Fue profesor de griego y escribió las notas del *Elogio de la locura,* base de todas las notas posteriores a esta obra.